

VARELA

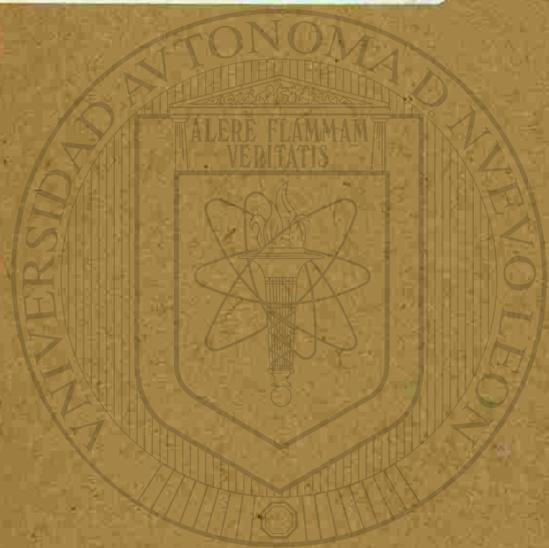
MEXICAN

F1213
B43

106860



1020001169



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



106860

ESCENAS

— DE LA —

VIDA MEJICANA

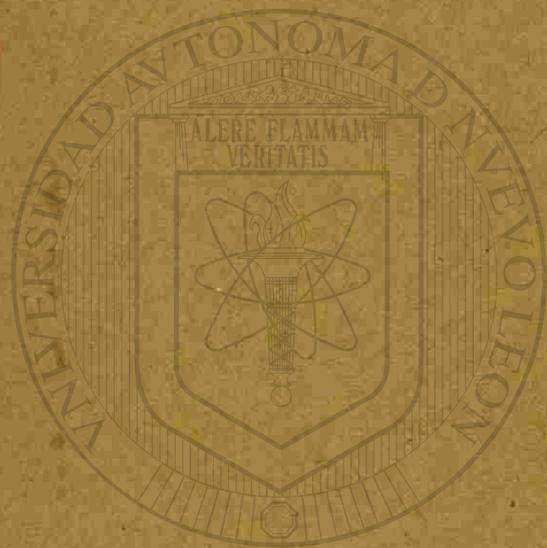
POR

LUIS DE BELLEMARE

TRADUCCIÓN

DE

L. García del Real



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

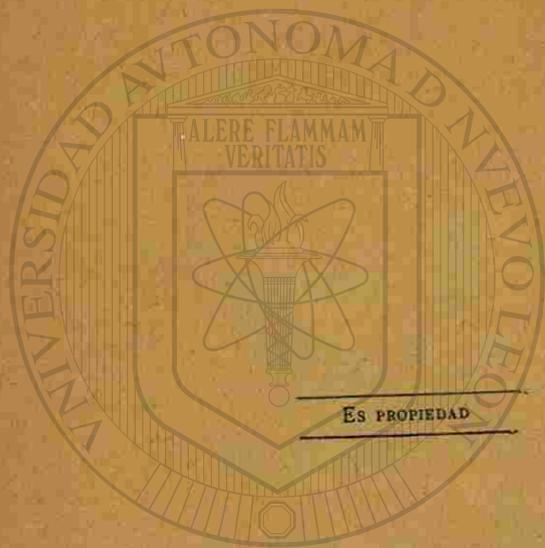
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ADMINISTRACIÓN

11 y 13, NUEVA DE SAN FRANCISCO, 11 y 13

BARCELONA

F1213

B43



FONDO
DE VANDO DIAZ RAMIREZ

#67

PERICO EL ZARAGATA

I

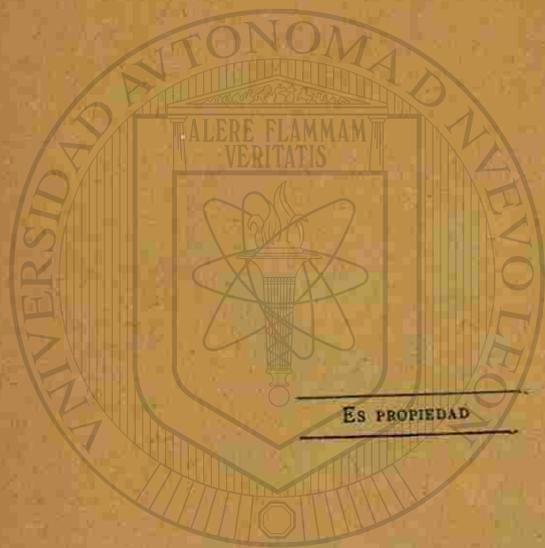
La «Jamaica» y el monte «Parnaso»

Es Méjico la más bella de las ciudades españolas del Nuevo Mundo, indudablemente, y Europa podría enorgullecerse de contarla entre sus capitales. El que quiera contemplar, en todo su esplendor, el raro y magnífico panorama de la ciudad de Méjico no tiene más que subir á una de las torres de la catedral, algo antes de la puesta del sol. A donde quiera que tienda la vista descubre en el horizonte las cumbres de la Cordillera, gigantes que la rodean en un espacio de más de sesenta leguas.

Al Sur los dos volcanes que dominan la sierra levantan sus cimas majestuosas, cubiertas constantemente de nieve, que los rayos oblicuos del sol tiñen de color de rosa purpurina. Uno de ellos, el Popocatepetl (montaña humeante) se destaca en forma cónica sobre el azul del cielo, que le sirve de fondo; el otro, el Iztaczihualt (la mujer blanca) ofrece una ima-

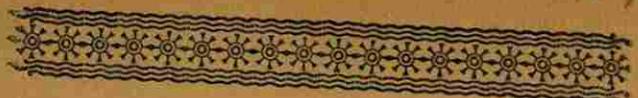
F1213

B43



FONDO
DE VANDO DIAZ RAMIREZ

#67



PERICO EL ZARAGATA

I

La «Jamaica» y el monte «Parnaso»

Es Méjico la más bella de las ciudades españolas del Nuevo Mundo, indudablemente, y Europa podría enorgullecerse de contarla entre sus capitales. El que quiera contemplar, en todo su esplendor, el raro y magnífico panorama de la ciudad de Méjico no tiene más que subir á una de las torres de la catedral, algo antes de la puesta del sol. A donde quiera que tienda la vista descubre en el horizonte las cumbres de la Cordillera, gigantes que la rodean en un espacio de más de sesenta leguas.

Al Sur los dos volcanes que dominan la sierra levantan sus cimas majestuosas, cubiertas constantemente de nieve, que los rayos oblicuos del sol tiñen de color de rosa purpurina. Uno de ellos, el Popocatepetl (montaña humeante) se destaca en forma cónica sobre el azul del cielo, que le sirve de fondo; el otro, el Iztaczihuatl (la mujer blanca) ofrece una ima-

gen femenina, acostada, recibiendo en su helado torso los últimos rayos solares.

Al pié de esos dos volcanes brillan, como espejos, tres lagunas, en las cuales se reflejan las nubes y se bañan los cisnes. Al oeste el palacio de Chapultepec, sitio de recreo de los vireyes de Nueva España, destaca las líneas de su regia mole; y en torno de la montaña sobre la cual está edificado el palacio, se extiende y ondula, cual un mar de verdura, un bosque de cedros diez veces seculares.

De la cima de esa montaña se precipita un torrente que, después de cruzar la llanura dentro de un acueducto de arcos macizos, va á la populosa ciudad á satisfacer todas sus necesidades. Del fondo del valle diríase que brotan en todas direcciones pueblecillos, cúpulas y campanarios. Multitud de caminos blanqueados por el polvo, se entrelazan como cintas plateadas, ya esparcidas sobre verde alfombra, ya ciñendo pequeñas lagunas.

El pimentero y el sauce llorón mecen suavemente sus ramas en forma de cabellera, al soplo de la brisa y una palmera aislada asoma su elegante y erguida cabeza por encima de una masa de olivos de hojas amarillentas.

Todo eso no representa, sin embargo, sino objetos lejanos y las grandes líneas del cuadro. Detened la vista sobre la ciudad, ó mejor dicho, mirad á vuestros pies.

Entre el inmenso tablero formado por los terrados de las casas y adornado de flores, se ven surgir los campanarios, las iglesias con sus cúpulas de loza amarilla y azul, las casas con sus fachadas de colores y las caprichosas cortinas de los balcones, que dan á las calles un aspecto de fiesta perenne.

En uno de los lados de la Plaza Mayor se eleva majestuosamente la catedral, edificio suntuoso cuyas torres domina el palacio de la Presidencia, y un pa-

lélógramo achatado, enorme, que encierra dentro de sus muros los cuatro ministerios del país, una cárcel, dos cuarteles y un jardín botánico. Otro lado lo ocupan las dos cámaras legislativas; el tercero las casas consistoriales y el Portal de las flores, espacioso bazar de mercancías; y por último en el cuarto se halla el Parian, otro gran bazar.

De modo que poder legislativo y ejecutivo, municipio y la principal representación del comercio se encuentran concentrados en algunos edificios y como á la sombra del templo. A la Plaza Mayor llevan una corriente humana que se renueva sin cesar las calles de santo Domingo, San Francisco, Tacuba, de la Moneda y de la Monterilla.

Basta permanecer algunos momentos entre esa muchedumbre para conocer la sociedad mejicana en sus más extraños contrastes de lujo y de miseria, de vicios y virtudes. Especialmente á la hora del Angelus, ginetes, carruajes y peones forman en la Plaza Mayor una mezcla chocante del oro, la seda y los harapos. Los indios regresan á sus pueblos, mientras que el populacho se dirige á los arrabales. El *ranchero* hace piafar su caballo entre la multitud, que le abre paso con indiferencia; el aguador atraviesa la plaza doblado bajo el peso de su *chochocol*, cántaro de tierra porosa; el corpiño encarnado de la mujer del pueblo alterna con las negras mantillas de las señoras, que con el abanico se defienden de los últimos rayos del sol, y gran número de religiosos con hábitos de varios colores penetran en todas direcciones entre la compacta concurrencia.

Excitan constantemente la ateneión del observador el sin número de incidentes que allí ocurren sin interrupción. Ora se oye el redoble de tambor, que llama á los soldados á la lista dentro de los cuarteles; ora se abre de repente, de par en par, las dos puertas del Sagrario, y sale un coche dorado, que lleva el Viáti-

co á algún enfermo; entonces la gente enmudece, se descubre y se arrodilla: á veces llega con gran pompa á la plaza un grupo de seis oficiales, precedidos de una música y seguidos de un piquete: es un bando de la autoridad suprema; y otras escenas de distinto caracter.

Terminado el día los *leperos* se hacen dueños de la ciudad, durante algunas horas.

Es el *lepero* un tipo de los más originales. Únicamente el observador, que no teme el silencio siniestro que allí suele envolver á la noche, es el que puede decir lo que hay de temible y singular en el caracter de ese *lazzaroni* mejicano. Valiente y cobarde á la vez, pacífico y violento, incrédulo y fanático, temiendo al Diablo más que á Dios, jugador eterno, pendenciero, sobrio hasta lo inverosímil, y en ocasiones de una intemperancia sin ejemplo, sabe el lepero amoldar su genio y su pereza á todas las situaciones de la vida. El se hace comerciante como empedrador, y caballista lo mismo que mozo de cuerda, desempeñando alternativamente toda clase de oficios. Pero ha nacido ladrón, lo es por instinto, y en todas partes roba. Su vida resulta una larga serie de altercados con la justicia, que tampoco se halla á cubierto de sus desmanes. En ganando por la mañana lo suficiente para pasar el día abandona en seguida el trabajo; de modo que así le falta á menudo lo necesario para el sustento.

Tiéndese en el rincón de una calle ó en el umbral de una puerta, envuelto en su raída manta. Muchas veces se desayuna con un rayo de sol, fuma un cigarrillo por cena y se duerme tranquilo sin pensar en mañana.

Yo nunca encontraba un lepero en todo el pintoresco destrozo de su traje sin sentir el deseo de observar de cerca esta clase de gitanos que me recordaban los héroes más interesantes de las novelas pica-

rescas; yo comparaba á ese hijo impuro de las grandes ciudades con los salvajes aventureros que había encontrado en los bosques y en las desiertas llanuras.

Al principio de mi permanencia en Méjico, valiéndome de un franciscano, amigo, logré conocer la vida íntima de un lepero de pura raza, llamado Perico el Zaragata. Pero á poco de haberme admitido en su intimidad el popular personaje estuve á punto de romper mis relaciones con él, por la desproporción que había entre la importancia de sus revelaciones y el número de pesos que me costaban. Ya iba á prescindir por completo de él, cuando una mañana entró en mi casa Fray Serapio, que así se nombraba el digno franciscano. Era domingo.

—Vengo, me dijo, para llevar á V. á los toros de la plaza de Necatitlan: hay una *Jamaica* y un *Monte Parnaso* que prometen una corrida muy interesante.

—¿Qué son una *Jamaica* y un *Monte Parnaso*?

—Va V. á verlo: vámonos, que están para dar las once, y luego nos costaría mucho trabajo hallar buen sitio.

Nunca me resistía al atractivo de una corrida de toros, y además en compañía de Fray Serapio podría cruzar con seguridad los arrabales que forman en torno de Méjico una barrera formidable. De todos esos arrabales el que está contiguo á la plaza de Necatitlan es sin disputa el más peligroso para quien viste de caballero. Así es que yo experimentaba zozobra cuando tenía que atravesarlo solo. Pero el capuchón del religioso era el mejor escudo.

Por primera vez contemplaba con mirada tranquila aquellas calles sucias sin aceras y sin empedrar, aquellas casuchas agrietadas y negruzcas, cuna y guardia de bandidos, y de rateros. Hasta los agentes de policía pasan intranquilos por allí. Únicamente el fraile va sin cuidado y el ligero roce de su sandalia inspira mucho más respeto que el ruido del sable del celador.

Como tigres domesticados acudían no pocos á besar la mano á Fray Serapio.

La plaza de Necatitlán ofrecía un espectáculo tan raro como nuevo para mí. Los palcos y tendidos de sol recibían de lleno sus rayos y detrás de los toldos y de las mantas extendidas para hacer sombra, el populacho apiñado se entregaba á un concierto abominable de gritos y silbidos. En la parte de la sombra los plumeros de los oficiales y los chales de seda mitigaban la impresión de la miseria y la desnudez de la otra parte.

Cien veces había presenciado esa diversión y había observado igualmente á esa muchedumbre, fatigada, pero no saciada de ver correr sangre, cuando al caer la tarde y terminar la corrida las gargantas estaban roncadas de gritar, cuando el olor de la sangre atraía á bandadas los buitres sobre la plaza: pero nunca hallara el redondel trasformado como aquel día.

Numerosos tablados llenaban el sitio destinado á las corridas. Cubiertos de yerba, de aromática retama y de flores, esos tablados mostraban un vasto campo de verdura, una especie de bosquecillo con avenidas misteriosas y varios senderos para la circulación. Había allí elementos suficientes para satisfacer la gastronomía mejicana, cenadores, pabelloncitos con las correspondientes cocinas y puestos de bebidas y de refrescos; en cuyos puestos brillaban, en medio de ramos de flores, vasos gigantescos llenos de líquidos encarnados, verdes, amarillos y azules.

—He ahí, me dijo el franciscano señalándome los numerosos convidados que ocupaban las mesas, lo que llamamos aquí una *Jamaica*.

—¿Y qué nombre da V. á aquello? le pregunté indicándole un árbol de cuatro ó cinco metros de altura plantado en el centro de la arena y empavesado de pañuelos de color que flotaban en todas sus ramas.

—Aquello es el *Monte Parnaso*.

—Tendremos acaso una ascensión de poetas.

—De leperos, y de los más incultos. Verá V. qué cosas más divertida.

Al darme el franciscano esa respuesta los gritos de «¡torol ¡torol!» se hicieron cada vez más atronadores, en un abrir y cerrar de ojos quedaron desiertos los puestos de comer y de beber, interrumpiéronse las comidas, y los pabelloncitos fueron deshechos al empuje de una bandada de leperos que se habían descolgado á la plaza desde la parte más alta con la ayuda de sus mantas.

Entre esos furiosos que aullaban y saltaban como endemoniados destruyendo las fáciles construcciones de ramaje, ví á mi antiguo conocido Perico. Sin él la fiesta no hubiera sido completa.

Como únicamente el *Monte Parnaso* campeaba con sus pañuelos de algodón entre los restos de toda especie que llenaban la plaza, bien pronto fué objeto preferente de la atención y de los esfuerzos de aquella gente. Todos trataron á la vez de trepar al *Monte* para apoderarse de aquellas prendas que excitaban su codicia; más los esfuerzos de los unos paralizaban los de los otros, y el árbol permanecía derecho sin que ninguno de los pretendientes pudiera asirse á su tronco.

En esto sonó el clarín y, abriéndose la puerta del chiquero, dió paso á un toro soberbio pero embolado.

La fiera corrió hacia el árbol y una parte de los leperos huyeron, mientras los otros, ya menos embarazados, pudieron trepar á las ramas.

El toro arremetió contra el tronco y después de algunas embestidas furiosas el árbol empezó á inclinarse bajo el peso de los hombres que sostenía.

Parecía inminente una catástrofe. En el momento en que Perico se ufanaba con los pañuelos que había recogido, el *Monte Parnaso* se vino á tierra arrastrando un enorme racimo de cuerpos humanos, no pocos de ellos entrelazados.

Los doce mil espectadores que llenaban la plaza reían y aplaudían con entusiasmo. El toro, por su parte, procuraba deshacer, á cornada limpia, aquel extraño racimo, y tuve la pena de ver á Perico lanzado á unos doce pies de altura por el bravo animal y volver á caer sobre la arena en un estado de inmovilidad que me quitaba toda esperanza de continuar mis estudios de costumbres populares bajo la dirección de tan hábil maestro.

Cuando le retiraban de la plaza resonaron mil voces, pidiendo un sacerdote. Fray Serapio, al oírlas, se acurrucó en un rincón del palco, pero sin embargo no pudo evadirse de cumplir con el deber que le imponía la voluntad del pueblo. El fraile entonces se levantó con una gravedad que ocultaba á los ojos del público la gran contrariedad que aquello le causaba, y me dijo en voz baja:

—Sígame V., que podrá pasar por médico.

—¿Se burla V.?

—No por cierto. Si el tunante vive todavía, además del confesor tendrá el consuelo de ver á su lado á una persona que le pulse.

Seguí, pues, al franciscano, con una gravedad proporcionada á la suya, y mientras bajábamos, las carcajadas y los ¡bravos! de los espectadores nos demostraron que así el público de la sombra, como el del sol, daban ya al olvido un accidente tan común.

Introdujéronnos en una pieza oscura practicada entre los corredores del piso bajo. Allí habían colocado á Perico, después de haberle aligerado de los pañuelos. Los asistentes nos dejaron solos, tal vez por respeto á la Iglesia y á la ciencia, pero lo más probable es que fuese por no perder el resto de la corrida.

Con la cabeza apoyada contra la pared, los brazos caídos y en el rostro la palidez de la muerte, el infeliz lepero estaba recostado sobre un camastro. El franciscano y yo nos miramos como quien no sabe que hacer.

—Creo que debe V. darle la absolución antes de todo.

—*Absolvete*, dijo Fray Serapio, empujándole suavemente.

A este movimiento el lepero pareció volver en sí, abrió poco á poco los ojos y murmuró:

—Creo en el Padre, en el Hijo, y en el... ¡ah! los pícaros me han robado los pañuelos... ¡Padre mío... me muerol

—¡Ánimo, hijo mío! Tal vez tengas todavía tiempo para decirme tus pecados y ganar la gloria. ¡Vamos, date prisa!

—¿Dura aun la corrida? Creo que no estoy tan grave como se figura V.

Al decir ésto reparó en mí Perico, volvió á cerrar los ojos cual si le viniese un nuevo desmayo, y poco después continuó con voz desfallecida:

—La verdad es que me siento malo, muy malo. Si V. quiere oír mi confesión acabaré pronto.

—Empieza, hijo.

El franciscano se arrodilló, inclinándose sobre él. Perico no tenía, al parecer, ninguna herida; acercándose cuanto pudo al oído del fraile principió su confesión, y yo me retiré un poco para no interrumpirles. Sin embargo, pude oír lo siguiente:

—En primer lugar, padre mío, me acuso de haber correspondido con la más negra ingratitud á los favores de ese caballero que está ahí, sacándole todo el dinero que pude: le suplico que me perdone y no me guarde rencor, pues á pesar de todo le estimaba mucho.

Hicele una señal de agradecimiento y continuó:

—Acúsome también de haber robado el reloj de oro del juez Sayosa la última vez que comparecí ante él.

—¿Cómo fué eso, hijo?

—El señor Sayosa quiso, ver la hora delante de mí.

y advirtió que se había olvidado en casa el reloj y la cadena. Entonces yo pensé que, si no me ahorcaban, podía dar un golpe maestro. Al efecto di mis instrucciones á un amigo á quien ponían en libertad en aquel momento. Conviene que V. sepa que el juez tiene gran afición á los pavos...

—¿Y qué?

—Que mi amigo compró un pavo magnífico y corrió á llevárselo á la señora de Sayosa, diciéndola que lo mandaba su marido, y que la encargaba que entregase al dador el reloj y la cadena que se había dejado olvidados, para llevárselos inmediatamente. Así fué como el reloj...

—Ya, ya... ¡grave pecado!

—Pues todavía resultó más grave de lo que V. se piensa, padre... al día siguiente robé el pavo á la señora del juez, mientras su esposo estaba en el tribunal. Ya comprenderá V. que uno no desea perder...

A duras penas pudo el franciscano contener una carcajada.

—¿Y qué delito te había llevado ante el juez?

—No quisiera recordarlo. Habíanme encargado de vengar á un habitante de esta ciudad por algunos pesos. Me enseñaron la persona á quien debía matar, que era un caballero joven y guapo, fácil de reconocer por una cicatriz que tenía encima de una ceja. Me puse en acecho á la puerta de cierta casa á la cual acostumbraba ir diariamente después del toque de oraciones. Aquella vez tardó mucho más; era ya casi media noche y aguardé. Habían transcurrido más de dos horas; no se veía en la calle bicho viviente; pero el caballero no salía. Me entró curiosidad por averiguar lo que allí le retendría tanto tiempo. La habitación era baja y miré por entre las rejillas de una ventana, entreabierta sin duda á causa del calor insufrible que hacía.

Fuera por debilidad, ó por otra cansa, al continuar

Perico su confesión parecía ceder á su pesar al ascendiente que el franciscano ejercía sobre él; semejaba el lepero uno de esos sonámbulos que descubren por fuerza sus pensamientos bajo el fluido magnético que les domina.

Pregunté con los ojos al confesor si debía alejarme, y me hizo seña de que me quedase. Entonces seguí escuchando lo que sigue.

—Debajo de un cuadro que representaba las almas del purgatorio dormitaba una vieja cuyo rebocío casi la tapaba los ojos. El bizarro caballero, á quien reconocí, estaba sentado en un sofá, mientras que, arrodillada en el suelo, una mujer joven y hermosa, apoyaba ligeramente la cabeza sobre sus rodillas, contemplándole apasionada. El joven deshojaba una rosa encarnada entre las trenzas de aquella mujer encantadora. Entonces comprendí por qué el tiempo le parecía tan corto. Confieso que sentí piedad al verme obligado á cortar el hilo de aquel amor.

—¡Desgraciado!... ¡le mataste! exclamó el franciscano.

—Senteme enfrente de la casa. Me hallaba tan conmovido y falto de valor que al poco rato, me dormí. El ruido de la puerta, al abrirse, me despertó, y ví salir por ella á un hombre. Entonces pensé que la palabra es cosa sagrada, que no era ocasión de hacer caso de mi natural sensibilidad; y me levanté.

En seguida me pegué á los talones del desconocido y á la vez se sintió un piano dentro de la habitación. La ventana acababa de cerrarse. Cualquiera hubiese adivinado que la ventura aumentaba la agilidad de los dedos que lo tocaban. ¡Pobre mujer, me decía, tu amante vá á morir, y tu cantas! Herí y cayó.

Al llegar aquí Perico exhaló un suspiro y la palabra espiró en sus labios.

—Sin duda el pesar había nublado mi vista, puesto que, al fulgor de un rayo de luna, que salía en aquel

momento, reconcí que no era mi hombre el que acababa de asesinar. Y le juro á Vd. que esta equivocación me causó gran placer. Se me había pagado para que matase y maté. Respecto á eso mi conciencia quedó tranquila. Corté un mechón de cabellos del desconocido para mostrárselo á quien había alquilado mi brazo, porque yo me dije: todos los cabellos se parecen, y así no dudará de que queda servido. Pero, por desgracia, también en eso me engañé: había matado á un inglés, cuyos cabellos eran azafra- nados.

Fray Serapio dió la absolución al asesino bajo promesa, de que si curaba, no volvería al crimen, y luego le dijo:

— Ahora pide perdón á ese caballero por haberle cobrado mucho más de lo debido.

Volvióse el lepero hacia mí y con acento muy compungido me dijo:

— Soy un gran pecador, y no me creería absuelto del todo si no contase con el perdón de Vd. Voy á morir, caballero, y no tengo con que hacerme enterrar. Sería un gran consuelo para mi pobre mujer el hallar en mi bolsillo unos cuantos pesos para la mortaja y entierro.

Dí el dinero, Perico, al recibirlo, cerró los ojos, y, volviendo el rostro, no pronunció una palabra más.

— *Requiescat in pace*, dijo Fray Serapio.

Y, cuando salimos de allí, aun conviniendo en que me habían costado muy caros los informes del lepero su interesante confesión me indemnizaba con creces de aquel gasto. Sin embargo, me equivocaba completamente al creer terminadas mis cuentas con tan buena pieza.



II

La Alameda.--El paseo de Bucaseli

EN Méjico hay pocas ciudades que no tengan su alameda; la de la capital es una de las más hermosas. En París no tenemos hasta ahora ningún pasco de esta clase.

La alameda de Méjico forma un cuadrilongo cercado de un muro de altura proporcionada para apoyarse cómodamente en él. En cada uno de sus ángulos hay una verja de hierro para el paso.

Multitud de álamos, fresnos y sauces forman la bóveda sombría del salón principal, destinado á los ginetes y á los coches, y sobre un piso igual y enarenado. No pocas calles de árboles, que convergen hacia centros adornados de fuentes, con juegos de agua caprichosos, interponen sus líneas de mirtos, rosales y jazmines entre los carruajes y los que pasean á pie, pero sin que priven de seguir con la vista los trenes elegantes y los hábiles ginetes. El zumbido de las abejas y el canturreo de los colibrís se mezclan al rumor de las fuentes.

momento, reconcí que no era mi hombre el que acababa de asesinar. Y le juro á Vd. que esta equivocación me causó gran placer. Se me había pagado para que matase y maté. Respecto á eso mi conciencia quedó tranquila. Corté un mechón de cabellos del desconocido para mostrárselo á quien había alquilado mi brazo, porque yo me dije: todos los cabellos se parecen, y así no dudará de que queda servido. Pero, por desgracia, también en eso me engañé: había matado á un inglés, cuyos cabellos eran azafra- nados.

Fray Serapio dió la absolución al asesino bajo promesa, de que si curaba, no volvería al crimen, y luego le dijo:

— Ahora pide perdón á ese caballero por haberle cobrado mucho más de lo debido.

Volvióse el lepero hacia mí y con acento muy compungido me dijo:

— Soy un gran pecador, y no me creería absuelto del todo si no contase con el perdón de Vd. Voy á morir, caballero, y no tengo con que hacerme enterrar. Sería un gran consuelo para mi pobre mujer el hallar en mi bolsillo unos cuantos pesos para la mortaja y entierro.

Dí el dinero, Perico, al recibirlo, cerró los ojos, y, volviendo el rostro, no pronunció una palabra más.

— *Requiescat in pace*, dijo Fray Serapio.

Y, cuando salimos de allí, aun conviniendo en que me habían costado muy caros los informes del lepero su interesante confesión me indemnizaba con creces de aquel gasto. Sin embargo, me equivocaba completamente al creer terminadas mis cuentas con tan buena pieza.



II

La Alameda.--El paseo de Bucaseli

EN Méjico hay pocas ciudades que no tengan su alameda; la de la capital es una de las más hermosas. En París no tenemos hasta ahora ningún paseo de esta clase.

La alameda de Méjico forma un cuadrilongo cercado de un muro de altura proporcionada para apoyarse cómodamente en él. En cada uno de sus ángulos hay una verja de hierro para el paso.

Multitud de álamos, fresnos y sauces forman la bóveda sombría del salón principal, destinado á los ginetes y á los coches, y sobre un piso igual y enarenado. No pocas calles de árboles, que convergen hacia centros adornados de fuentes, con juegos de agua caprichosos, interponen sus líneas de mirtos, rosales y jazmines entre los carruajes y los que pasean á pie, pero sin que priven de seguir con la vista los trenes elegantes y los hábiles ginetes. El zumbido de las abejas y el canturreo de los colibrís se mezclan al rumor de las fuentes.

Las carrozas doradas del país se cruzan incesantemente con los vehículos europeos, y los ricos arneses de los caballos mejicanos resaltan al lado de la silla inglesa, que resulta mezquina al lado de ese lujo oriental.

Las señoras de la alta sociedad, muellemente recostadas en los almohadones, lucen sus encantos entre los cuales lo que más admira al hombre del Norte es aquel diminuto pie, que deben á sus abuelas las españolas. Detrás de los cristales, medio corridos siempre, se descubren sus hermosas diademas de caballo negro, cuyo brillo sedoso hacen resaltar algunas flores naturales; y el extranjero contempla extasiado su seductora sonrisa y sus inimitables gestos en que la viveza se une tan graciosamente á la negligencia.

Al retirarse toda esa muchedumbre cruza por delante de una ventana cerrada por fuertes barrotes de hierro, y por donde es preciso pasar para llegar al paseo de Bucaseli.

A no haberlo visto, nadie podría figurarse el cuadro repugnante que se ofrece cada día tras de aquellos barrotes, roídos por el orín, y á dos pasos del primer paseo de Méjico. Aquella ventana pertenece al sitio lúgubre donde se depositan los cadáveres hallados en la vía pública, los asesinados y los suicidas: aquello es la *morgue* mejicana, y apenas pasa un día sin que reciba nuevos huéspedes.

La solicitud de la justicia parece que no empieza hasta aquel instante, y esos cadáveres de hombres y de mujeres yacen allí medio desnudos, ensangrentados y revueltos.

En cuanto al paseo de Bucaseli, tan próximo, no tiene más adornos que una doble fila de árboles y tres fuentes cargadas de estatuas alegóricas.

Era al oscurecer del mismo día de la corrida de toros cuando me hallaba entre el gran número de ocio-

sos que cubren ordinariamente el espacio comprendido entre la alameda y Bucaseli. Ardían ya algunos faroles y el público empezaba á regresar á sus casas. El toque de oración, ruidosamente repetido por el sinnúmero de campanas de las iglesias y de los conventos, dominaba el murmullo de la gente; parte de la cual se paraba con respeto religioso, mientras el resto se precipitaba en la misma dirección, como torrente al cual no puede detener ningún obstáculo.

El último fulgor del día, penetrando por entre los barrotes del depósito, apenas dejaba distinguir las víctimas que yacían sobre un lecho de ladrillo con grandes manchas de sangre. Algunas mujeres exhalaban gritos de dolor ante las rejas, y aunque varios soldados las instaban á abandonar aquel sitio ellas no acababan de obedecer, redoblando sus gemidos.

De rodillas, con la cabeza descubierta y teniendo en su mano la brida de un caballo ricamente enjaezado, un hombre rezaba con fervor, también delante de las rejas. Por su aspecto echábase de ver que pertenecía á la clase acomodada de tierra afuera, y tanto el traje como los pintorescos arneses del caballo armonizaban perfectamente con su varonil fisonomía y la distinción de su figura.

El desconocido mostraba sobre la ceja derecha una larga y delgada cicatriz, formando como una raya blanca en su frente descubierta. Sin duda sería el bizarro joven que mencionó Perico en su confesión.

En aquellos momentos un caballo rebelde á los esfuerzos del jinete que lo montaba fué á chocar contra una escala encima de la cual un sereno encendía el farol fijo al muro del cuartel de La Acordada.

El jinete era yo y el sereno cayó de una altura de quince pies, quedando en el suelo tendido y sin movimiento. Excuso manifestar al lector mi pena y mi confusión.

Todo el mundo conoce las benévolas costumbres

del populacho de las grandes ciudades para con aquellos que por fatalidad cometen tan aciagas torpezas. Sin embargo, pocos podrán formarse cabal idea de la actitud del pueblo mejicano en un percance de esa especie, sobre todo tratándose de un extranjero.

Inmediatamente me vi rodeado de un numeroso grupo de leperos que disputaban acerca del suplicio que debía imponérseme. Por un instante llegué a envidiar la suerte del sereno, insensible al menos á los pisotones que recibía de aquella multitud, que iba engrosando de manera alarmante.

Pero la suerte me envió dos auxiliares, con uno de los cuales, sobre todo, estaba muy lejos de contar. El primero fué un alcalde que, escoltado por cuatro soldados, se abrió paso hasta mí, diciendo que bien veía yo que había causado la muerte á un ciudadano mejicano.

Por toda respuesta me incliné silenciosamente. Obedeciendo las órdenes del alcalde colocaron el cuerpo del sereno en una camilla; me invitó enseguida á bajar del caballo, y me dijo que siguiese á pie la camilla por el camino de la cárcel, que no estaba lejos. Cual se comprenderá, resistí el obedecer esa intimación, tratando de demostrar á aquel funcionario que el hecho no autorizaba aquel procedimiento contra mí.

Por mi desgracia el alcalde estaba dotado de una tenacidad á toda prueba y contestaba á todas mis razones que cediese á la costumbre del país. Entonces busqué con la vista alguna persona que pudiera servirme de fianza, fijándome con preferencia en el sitio donde había visto arrodillado al interesante caballero. Este había desaparecido, pero la casualidad me deparó el segundo auxiliar.

El nuevo personaje, que vino á interponerse entre el alcalde y yo con paso majestuoso estaba embozado en una capa de paño color de aceituna, cuyo em-

bozo cubría casi completamente su rostro. Por entre las numerosas roturas de la capa se descubría una levita de paño no menos deteriorada. Llegado ante el alcalde, después de abrirse paso con mucho trabajo por entre la apiñada multitud, este personaje se quitó su raído sombrero sin desembozarse, sacando la mano por uno de los agujeros. Sobre su negra y rizada cabellera se veían pegados algunos cigarrillos, un billete de lotería y una estampa de la virgen de Guadalupe.

Puede imaginarse mi sorpresa al reconocer en ese respetable ciudadano á mi conocido Perico, á quien creía difunto.

—Señor alcalde, dijo, este caballero tiene razón; como ha ocasionado la muerte al sereno involuntariamente no debe confundírsele con los malhechores; además yo estoy aquí para responder de él, pues tengo el honor de conocerle íntimamente.

—¿Y de ti quién responde? preguntó el alcalde.

—Mis antecedentes, repuso Zaragata modestamente, y este caballero añadió señalándome.

—Pero si tu respondes de él, ¿como se arregla...?

—No importa: yo respondo de este caballero, y este caballero responde de mí. Por consiguiente son dos garantías, en vez de una, y su señoría debe darse por satisfecho.

Confieso que, colocado entre la justicia del alcalde y la fatal protección de Perico hube de vacilar un tanto. La autoridad no parecía muy convencida del singular razonamiento expuesto con grande aplomo por el lepero.

Al cabo me acerqué al alcalde y le dije al oído las señas de mi casa.

—Corriente, dijo el alcalde retirándose, acepto la garantía del amigo de V., el de la capa, y en seguida iré á casa de V. donde espero encontrarle.

Ya se habían alejado el funcionario y los soldados.

pero la multitud continuaba amenazadora. Perico dió un silbido y se pusieron á sus órdenes unos cuantos: inmediatamente cogió mi caballo por la brida, y me alejé poco á poco de aquellos grupos siniestros, no poco intranquilo respecto al desenlace de mi aventura y bajo la impresión penosísima de la desgracia que involuntariamente causara.

—¿Cómo es que le encuentro á V. tan bueno, dije á mi guía, cuando ya le tenía por muerto?

—Dios ha obrado un milagro en favor mío, respondió levantando devotamente los ojos: pero parece, caballero, que mi resurrección le causa á V. pena.

—Bien comprenderá V. que mi sentimiento no es por eso; al contrario, celebro su resurrección. ¿Cómo se ha obrado el milagro?

—No lo sé, pero ocurrió á tiempo de que pudiese volver á ocupar mi puesto en la plaza, y aun intentar una nueva ascensión. Acababa de ser confesado y de recibir la absolución, ¿qué mejor coyuntura para volver á arriesgar la vida sin comprometer mi alma? Y la suerte me favoreció, pues á pesar de haberme tenido el toro en sus astas y de haberme volteado, caí de pie con grande aplauso del público que me obsequió con una lluvia de pesetas y medias pesetas. Hallándome, gracias á eso y á la generosidad de V. con el bolsillo bastante repleto, he querido satisfacer mi propensión á la elegancia, y he comprado en una prendería este traje, que me da el aspecto de persona respetable. Ya ha visto V. con que atención me ha tratado el alcalde de barrio. No hay como ir bien vestido para ser respetado.

Era evidente que el astuto lepero me había engañado otra vez, y que así su fingida agonía como su confesión habían sido medios excelentes para sacarme algunos pesos. No obstante al ver la cómica gravedad con que se pavoneaba, envuelto en su capa agujereada, disimulé mi enojo, pero resuelto á librarme de su importuna compañía, le dije:

—Si no me equivoco, las enfermedades de los hijos de V., el parto de la mujer y la mortaja me han costado un centenar de duros poco más ó menos, y creo que con esa suma queda igualmente bien pagado el servicio que acaba V. de prestarme. Le doy nuevamente las gracias y me marcho á casa.

—¡A casa de V., caballero! ¿Lo ha pensado usted bien? A estas horas debe estar cercada por los soldados, mientras que le buscan á V. en casa de todos sus amigos. ¿Sabe V. con qué alcalde tiene que habérselas?

—¿Le conoce V.?

—A todos los alcaldes conozco, y el que le persigue á V. ahora es el más rapáz y el más pillo de todos.

Aunque el retrato me pareciese exagerado, era posible que en la relación hubiese algún fundamento. Perico me habló enseguida de la dicha que experimentarían su mujer y sus hijos en ofrecer un asilo á su bienhechor por aquella noche; y, puesto en el caso de escoger entre dos protectores igualmente interesados, me dejé convencer por aquél cuya codicia me parecía más barata.

Seguí al lepero. La noche iba cerrando. Atravesábamos calles sospechosas y callejones desiertos, sitios desconocidos para mí, en los que reinaba una densa obscuridad. Me veía como arrastrado hacia esos arrabales, casi inaccesibles á la justicia, y á merced de un hombre de cuyos labios había oído una terrible confesión. A la verdad los crímenes de Zaragata, reales ó supuestos contados á un sacerdote no me habían causado impresión muy honda, sin duda por tratarse de un individuo perteneciente á la clase más ínfima de la sociedad, desmoralizada por la miseria y las guerras civiles; pero en medio de aquel dédalo de oscuras callejuelas y entre el silencio de la noche; mi imaginación daba á su picaresca figura colosales proporciones.

Mi posición era crítica: abandonar de repente á aquel guía en tal terreno, para mi desconocido, no era menos peligroso que seguirle.

—¿En dónde diablos vive V.?

Su respuesta se limitó á rascarse la cabeza, y tuvo que repetir la pregunta.

—Verá V.: como no tengo domicilio fijo, vivo un poco en cada parte.

—¿Y la mujer, y los hijos, y ese asilo que me ofrecía V.?

—Había olvidado, contestó sin turbarse, que ayer envié á mi mujer y á mis hijos á... Querétaro: en cuanto á un asilo...

—¿Me lo ofrece V. también en Querétaro? dije, conociendo, aunque tarde, que la mujer y los hijos de este honrado personaje eran tan imaginarios como su domicilio. El prosiguió:

—Disfrutará V. del asilo que me procuren los recursos de mi imaginación, y que sé encontrar cuando mis escasos medios no me permiten alquilar casa. No se proporcionan todos los días corridas de toros y otras gangas... Mire V.: quizás hayamos salido de apuros.

Y me señaló un resplandor vacilante y lejano.

Seguimos en aquella dirección; el resplandor procedía del farol de un sereno. Embozado en una capa amarillenta, algo menos mala que la de Perico, el guardián nocturno, arrimado á la pared, seguía con mirada melancólica las grandes nubes que cruzaban el espacio. Nos detuvimos cerca de él y no se movió siquiera; no parecía que nos hubiese visto.

—¡Hola, amigo! le dijo Zaragata. ¿Sabe V. si hay algún velorio en el barrio?

—Si por cierto. Encontrarán ustedes uno más abajo, cerca del puente de Eguizamo. Aseguro á ustedes que, si no temiese alguna ronda, ó si hallase una buena alma, que se encargara de mi farol, me iría á disfrutar un rato de la fiesta.

— Gracias, dijo afablemente Perico. Nos aprovecharemos de la noticia.

El sereno reparó con sorpresa en el contraste que ofrecía mi traje con el del lepero y dijo:

— Los caballeros no acostumbran frecuentar esas reuniones.

— Es un caso de fuerza mayor, respondió Perico. Este caballero ha contraído una deuda que no le permite volver á su casa esta noche.

— Así es otra cosa, repuso el guardián, hay deudas que todo el mundo desea pagar lo más tarde posible.

Y prestando oído á un reloj lejano, sin cuidarse ya de nosotros, se puso á cantar con voz lúgubre:

— ¡Las diez y nublado!...

Y las voces de otros serenos fueron respondiendo sucesivamente á la suya en medio del silencio de la noche.

Eché á andar detrás de Perico, seguido de mi caballo, que llevaba de la brida, pues los reglamentos de policía urbana prohíben ir montado por las calles de Méjico después del toque de oración, y no tenía deseo de habérmelas de nuevo con algún alcalde. Quería saber lo que era un velorio, y la afición á lo desconocido, que tan á menudo puede satisfacerse en Méjico, venía á evitarme otra vez el aburrimiento.

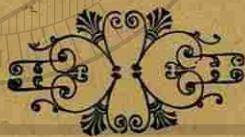
A los diez minutos llegamos al puente indicado por donde cruzaba un estrecho canal, cuyas aguas fangosas bañaban los cimientos de varias casas agrietadas. El triste fulgor de una lámpara que ardía delante de un retablo de las ánimas, iluminaba aquel líquido cenagoso. En las azoteas varios perros vigilantes ladraban á la Luna, cuando aparecía una que otra vez entre las nubes preñadas de agua.

Las ventanas del primer piso de la casa frente al retablo estaban también iluminadas, proyectando una ancha faja esplendente entre las dos hileras de sombríos edificios de aquella vía.

— ¿Quién es? preguntó la voz de un hombre.
 — Amigos que vienen á rezar por los muertos y á regocijarse con los vivos respondió Perico.
 Y entramos en la casa.

Guiados por la linterna del hombre que hacía de portero, atravesamos el vestíbulo y entramos en un patio interior. Aquel hombre indicó al lepero una anilla clavada en la pared: até allí la brida de mi caballo.

Subimos unos veinte escalones y entré, precedido de Perico, en una pieza bastante bien alumbrada. Iba á saber lo que era un velorio.



III

El velorio

LA reunión que allí encontré ofrecía un aspecto de los más extraños. Unos veinte individuos del pueblo bajo, entre hombres y mujeres, estaban sentados formando círculo; todos á la vez hablaban, gritaban y gesticulaban.

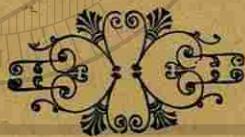
Un olor fétido llenaba la sala, á pesar de que algo podían atenuarle el humo de los cigarros y los vapores del vino y del *chiriguirito* (aguardiente de caña). En un ángulo de la sala había una mesa llena de provisiones de todas clases, y de tazas, vasos y botellas. Algo más lejos había otra mesa destinada al juego y rodeada de jugadores, que se disputaban algunos montones de monedas de cobre con toda la excitación producida por los licores.

Era un principio de orgía que, con el triple aliciente del vino, las mujeres y el juego, tenía trazas de llegar al mayor escándalo. Pero lo que más me chocó fué precisamente el objeto principal de aquello, y el que menos llamaba la atención de los concurrentes:

— ¿Quién es? preguntó la voz de un hombre.
 — Amigos que vienen á rezar por los muertos y á regocijarse con los vivos respondió Perico.
 Y entramos en la casa.

Guiados por la linterna del hombre que hacía de portero, atravesamos el vestíbulo y entramos en un patio interior. Aquel hombre indicó al lepero una anilla clavada en la pared: até allí la brida de mi caballo.

Subimos unos veinte escalones y entré, precedido de Perico, en una pieza bastante bien alumbrada. Iba á saber lo que era un velorio.



III

El velorio

LA reunión que allí encontré ofrecía un aspecto de los más extraños. Unos veinte individuos del pueblo bajo, entre hombres y mujeres, estaban sentados formando círculo; todos á la vez hablaban, gritaban y gesticulaban.

Un olor fétido llenaba la sala, á pesar de que algo podían atenuarle el humo de los cigarros y los vapores del vino y del *chiriguirito* (aguardiente de caña). En un ángulo de la sala había una mesa llena de provisiones de todas clases, y de tazas, vasos y botellas. Algo más lejos había otra mesa destinada al juego y rodeada de jugadores, que se disputaban algunos montones de monedas de cobre con toda la excitación producida por los licores.

Era un principio de orgía que, con el triple aliciente del vino, las mujeres y el juego, tenía trazas de llegar al mayor escándalo. Pero lo que más me chocó fué precisamente el objeto principal de aquello, y el que menos llamaba la atención de los concurrentes:

el cadáver de un niño de unos seis años, que yacía sobre otra mesa. Su frente, cubierta de flores marchitas por el calor de una atmósfera sofocante, sus ojos vidriosos y sus mejillas flacas y llenas de manchas violáceas, no solo causaban impresión dolorosa, sino que revelaban que dormía el sueño eterno ya hacía varios días. De manera que las flores y las alhajas que le adornaban, lejos de quitar á la muerte su lúgubre solemnidad la volvían más repugnante.

Siguió á nuestra entrada un silencio general. Levantóse, para recibirnos, un hombre que era el padre del niño y, radiante de satisfacción, nos enseñó con cierto orgullo los numerosos huéspedes reunidos para celebrar con él la muerte de su hijo, considerada como un favor del cielo, puesto que Dios le había llamado á sí á la edad de la inocencia.

Ofreciéonos su casa, diciendo que, en semejante día, los desconocidos eran para él amigos.

Gracias á la locuacidad de Perico era yo el blanco de todas las miradas: me había presentado el lepero con un papel muy difícil de sostener, diciendo que era imposible encontrar un hombre que matase las gentes con más gracia que yo. Apresuréme á esconder mis guantes.

—¿Que piensa Vd. del albergue que le he buscado? me preguntó Perico frotándose las manos. No es este mucho mejor que el que hubiera podido ofrecerle yo? Ahora sabrá Vd. lo que es un velorio: un recurso en las noches de tristeza ó de ocio. Gracias á mí adquiriré Vd. títulos á la gratitud eterna de este digno padre de familia, cuyo hijo, muerto antes de llegar á los siete años, es un ángel del cielo.

Y Zaragata, ansioso de asegurarse la parte que él buscaba en la gratitud, se apoderó con la mayor franqueza de un vaso de aguardiente, que vació de un trago. Presenciaba por primera vez en mi vida esa bárbara costumbre que obliga á un padre de familia

á ahogar sus lágrimas, á disimular sus angustias bajo un rostro aparentemente risueño, á hacer los honores de la casa al primer vagabundo que, advertido por un sereno, va á saciarse de manjares y de vino ante el cadáver de su hijo, y á participar de la esplendidez que con frecuencia condena al día siguiente á toda una familia á la miseria.

Apenas la orgía, momentáneamente interrumpida, volvió á seguir su ruidoso curso, me calmé un poco, y dirigí en torno mio escudriñadora mirada. En medio del círculo de esas mujeres entrometidas, que no faltan nunca á tales veladas, descubrí una frente pálida, y una boca que se esforzaba en reír, á pesar de que sus ojos estaban llenos de lágrimas. En esa víctima creí encontrar la madre para quien el ángel que había subido al cielo no reemplazaba á aquel que en la tierra echaba de menos. Las comadres apiñadas en torno de ella parecían competir en la tarea de aumentar su aflicción con las más inconvenientes necedades.

Los vasos de vino y los cigarrillos se agotaban rápidamente, y luego con los juegos de naipes alternaron otros peculiares á la América Española, en tanto que los niños de aquellas mujeres, rendidos de cansancio, dormían por el suelo en todos los rincones de la sala, como si envidiasen el reposo de aquél cuya pálida frente protestaba, bajo sus flores marchitas, contra aquella odiosa profanación de la muerte.

Retirado en el hueco de una de las ventanas que daban á la calle, seguía yo con inquietud los movimientos de Perico, temiendo que la protección que me había impuesto por sorpresa encubriese alguna emboscada. Y quizás mi semblante revelaríamí mis recelos, cuando él se aproximó á decirme:

—Mire Vd., caballero: matar á un hombre es como otra cosa cualquiera: solo cuesta el primer paso. ¡Bah! ¿Quién sabe si aquel sereno será como el inglés, á quien herí, y que goza actualmente de perfecta salud?

—Tienen la vida tan dura esos herejes! ¡Ay! caballero, toda mi vida he sentido no ser hereje.

—¿Para tener la vida dura?

—No señor: para hacerme pagar toda mi abjuración.

—¿Pero que ha sido del caballero que Vd. debía matar? pregunté pensando en el joven á quién había visto arrodillado ante el depósito de cadáveres.

Perico meneó la cabeza al contestar:

—Acaso le cueste mañana la vida su loca pasión, y su amada no le sobreviva. En cuanto á mí no he querido sacrificar dos víctimas á la vez, y he renunciado á ese negocio.

Trató enseguida de aprovecharse de la impresión que me causaba su respuesta.

—Nadie expone su alma de esa manera por poco dinero. Pero, á propósito, me parece que estoy de suerte y que el bolsillo de Vd. todavía estará repleto. Si desbanco á los que tallan ofrezco partir con Vd. los beneficios.

No era prudente negarse á la nueva petición, y como además el juego podría librarme un buen rato de una compañía importuna, puse algunos pesos en la mano de Perico.

Dieron las doce casi al mismo tiempo, y uno de los concurrentes se levantó, diciendo con voz solemne:

—Es la hora de las almas que penan: recemos.

Los jugadores se levantaron, suspendiéronse las charlas y todos se arrodillaron llenos de gravedad. La plegaria empezó en voz alta y por vez primera aquella gente pareció acordarse del objeto de la reunión.

Figúrese el lector á aquellos convidados con los ojos ya turbios por la embriaguez, y á aquellas mujeres casi desnudas en torno del cadáver, y en medio de una atmósfera asfixiante en que se mezclan los

miasmas pútridos con los vapores del alcohol, y considere el cuadro que me vería obligado á presenciar.

Terminadas las plegarias volvieron á empezar los juegos, aunque con menos ardor. En todas las juergas nocturnas hay un momento de fatiga en que el placer lucha con el sueño; pero pasado ese momento, el placer se hace más bullicioso, y se convierte en una especie de delirio: es la hora de la orgía, é iba á llegar.

Había vuelto á ocupar mi puesto en el hueco de la ventana, y para librarme del sueño á la vez que del aire mefítico de la sala abrí un poco los postigos. Trataba de adivinar por las estrellas que hora sería y á la vez procuraba orientarme respecto al laberinto de calles que había recorrido. Pero además de no ser la noche bastante serena era muy escaso el trozo de cielo que podía descubrir por encima de las casas vecinas. En vano consulté á mi memoria: nada me recordaba en Méjico el canal de aguas cobrizas sobre el cual daban unas calles sombrías y desiertas.

Me hallaba desorientado por completo. ¿Debía permanecer por más tiempo entre aquella asquerosa bacanal, ó debía desafiar los peligros de cruzar las calles de aquel arrabal apartado?

Murmullos confusos y ruido de pasos en la calle vinieron á sacarme de mi meditación, y me coloqué detrás de la ventana de modo que, sin ser visto, pudiese ver y oír. Pronto aparecieron cinco ó seis hombres por una de las calles que daban frente á la casa. Era una ronda y llevaban sus sables desnudos.

La esclavina del que iba delante me revelaba á un alcalde de barrio, de esos que á la vez suelen ser taberneros, y que alternativamente albergan en sus establecimientos á los malhechores ó los persiguen.

—¡Voto á brios! dijo, ¿qué se propone el gobernador con enviarnos á rondar por unos barrios como éste? El debía venir.

—Sí, pero ya tendría buen cuidado de traer las armas de fuego, que á nosotros nos niegan, como si los criminales no fuesen mucho mejor armados. Esto quizás lo sepa á su costa la persona á quien se nos ha mandado proteger.

—Cuando uno sabe que se expone á ser asesinado por la noche debe quedarse en casa.

—¿Qué hora será?

—Las cuatro. Envidio la suerte de los que pasan la noche tan alegremente en esa casa.

Mientras hablaban así los de la ronda seguían andando á lo largo del parapeto del canal. De pronto, el que iba delante tropezó, detuviéronse todos y del suelo se alzó bruscamente un hombre.

—¿Quién eres? preguntó el alcalde con voz que trató de hacer imponente.

—¿Qué os importa? respondió aquél, plantándose ante ellos. ¿No se puede dormir en las calles de la ciudad sin sufrir un interrogatorio?

—Se duerme en casa... si es posible, murmuró la autoridad.

El hombre lanzó un silbido y, empujando al alcalde, echó á correr por la calle contigua.

Con gran sorpresa mía el alcalde y los celadores, cual si temiesen caer en algún lazo, en vez de seguirle, se fueron en dirección opuesta.

Casi al mismo tiempo sentí una mano sobre mi hombro, y me volví sobresaltado. Era Perico, á quien acompañaba el dueño de la casa.

—Ese silbido tiene todas las apariencias de un aviso de mi compadre Navaja, ocupado en alguna expedición, dijo Zaragata, asomándose á la ventana, mientras su compañero, dando traspiés y con los ojos medio cerrados, me presentaba un vaso lleno de un licor que su mano temblorosa hacía derramar.

—Caballero, me dijo, sospecho que desprecia usted la sociedad de unas gentes pobres como nosotros,

puesto que ni juega, ni bebe, y sin embargo, en ciertos casos el juego y el vino son un gran recurso. Ya ve V.: para obsequiar á los amigos he comido y bebido lo que tenía y lo que no tenía. A pesar de eso estoy contento, y si V. quiere le juego el cadaver de mi hijo. Es una puesta tan buena como otra cualquiera, pues puedo alquilarlo todavía, y á buen precio, á algún aficionado á los velorios.

—¡Jugar el cuerpo de su hijo!...

—¿Por qué no? Es cosa corriente. No á todos les toca la dicha de contar con un angel allá arriba, y el cuerpo de ese querido inocente es una prenda de ventura aquí abajo.

Hice cuanto pude por librarme de las proposiciones de un padre como aquel y dirigí la vista á la calle. Las cercanías del canal habian vuelto á quedar desiertas y silenciosas. Pero pronto llegaron rumores vagos de uno de los callejones que desembocaban en el canal; enseguida sentí crujir la arena bajo pasos cautelosos.

Con el cuerpo inclinado fuera de la ventana aguardaba el instante en que sin duda á aquel rumor se uniría un grito de muerte. Pero el redoblado estrépito de la orgía me hizo volver la cabeza. Perico, rodeado de un grupo amenazador de jugadores á quienes infundiera sospechas la porfiada suerte del lepero, procuraba imponérseles embozándose altivamente en los girones de su capa. Todos le dirigían los epítetos más injuriosos, y á manotazos aumentaban el destrozo de la capa.

—¡Soy hombre de bien! clamaba él, tan cierto como que vuestras maneras descorteses me desgraciarán para siempre una de las mejores capas que poseo.

—¡Ladrón desvergonzado! tu capa tiene tantos agujeros como tu conciencia, decía un jugador.

—Si estuviese en otra parte pediría cuenta de esa

doble injuria, respondió Perico, tratando de ganar la puerta; y dirigiéndose á mí añadió:—Responda usted de mí, caballero, como yo respondí de V.: la mitad de mi ganancia le pertenece á V., y es legal: todo eso no es más que una calumnia.

Maldecía por centésima vez mis relaciones con Zaragata cuando un acontecimiento más grave vino por suerte á interrumpir la escena en que corría peligro de verme mezclado: de una de las habitaciones interiores de la casa salió precipitadamente un hombre; detrás de él corría otro, navaja en mano, seguido por una mujer desmelenada, que daba gritos penetrantes.

—¿Me dejareis asesinar de este modo? clamaba suplicante el perseguido; ¿ninguno me prestará un cuchillo?

—¡Dejadme que le parta el corazón á ese ladrón de honras! gritaba el otro.

Las mujeres, sin duda por espíritu de cuerpo, se pusieron á chillar todas á la vez, metiéndose entre los dos, mientras que uno de los amigos del perseguido le ponía una larga navaja en la mano. Rehecho entonces se lanzó con intrepidez contra su adversario. Los chillidos de ellas aumentaron y hubo un momento de infernal confusión.

Los dos hacían los mayores esfuerzos para encontrarse desembarazándose de los grupos que los separaban, cuando la mesa que sostenía el cadáver vino al suelo con estrépito. El cuerpo cayó produciendo un ruido sordo, y quedando esparcidas por el pavimento las flores que lo cubrían.

Formóse un ancho círculo en torno del cadáver profanado: un grito penetrante dominó el tumulto, y la madre se precipitó desolada sobre los restos de su hijo.

Había visto ya demasiado. Volví á la ventana y ví salir á un hombre corriendo de una de las calle-

¡uelas que desembocaban á la orilla opuesta del canal. Detrás de él corrían otros, blandiendo armas. Aquél Navaja, en quien Perico reconociera á uno de sus camaradas, debió haber reunido su gente, y me tocaba sin duda presenciarse un crimen sin poder evitarlo, uno de esos golpes que constituyen la gloria de ciertos leperos.

El hombre perseguido alcanzó el parapeto del canal y apoyándose allí le oí exclamar:

—¡Atras, cobardes, que os reunís cinco contra uno!

—¡Ánimo, muchachos! gritó por su parte el que parecía jefe de aquellos. Se trata de ganar cien pesos.

No puedo referir lo que pasó después. Solo algunos instantes duró la desigual lucha. Un grito feroz me anunció el fácil triunfo de los asesinos. Sin embargo, el infeliz, tan vilmente atacado, aun vivía: arrastrándose hasta el puente blandía un trozo de arma blanca, haciendo frente todavía á los cinco. Fué el último esfuerzo. Cercado de nuevo por aquellos miserables cayó para no levantarse más.

Al pálido fulgor de la lámpara que ardía delante del retablo de las ánimas, ví á los cinco hombres levantar un cuerpo ensangrentado y lanzarlo al canal. Un momento después los asesinos habían desaparecido, con tanta rapidez que hube de preguntarme si todo aquello no había sido más que un sueño. Un nuevo incidente vino á mostrarme que estaba perfectamente despierto: de la casa á donde me condujera un encadenamiento fatal de circunstancias acababa de salir un hombre á caballo. En aquel hombre reconocí á Perico, y en el caballo al mío.

—¡Eh! granuja, exclamé, esto pasa de castaño oscuro. ¿Me robas el caballo?

—Caballero, respondió imperturbable, me llevo una de las pruebas que más podrían perjudicar á V.

Esta fué la despedida del lepero, y desapareció al galope.

Sin decir una palabra á nadie lancéme en su persecución, más era demasiado tarde, y un empeño imposible por de pronto el de dar con él.

Tome á la ventura por una calle y anduve errante: largo rato antes de hallar un barrio conocido. Rayaba el día cuando empecé á orientarme. La noche me había dado consejo y resolví presentarme á declarar la desgracia que había causado la tarde anterior. Fui en busca del juez, que debía estar en la Audiencia, pero no encontrándole me aguardé en el vestíbulo.

El cansancio y el sueño triunfaron de mis preocupaciones y me quedé dormido en un banco. Las extrañas escenas que había presenciado aquella noche me produjeron un sueño agitado; parecióme oír ruido cerca de mí y enseguida volvió á quedar todo en silencio. Abrí los ojos y me creí todavía presa de la pesadilla que me había asaltado: á mis pies había una camilla cubierta con una sábana ensangrentada, y por mi imaginación cruzó el siguiente pensamiento: querrían hacerme reconocer el cadáver del infeliz sereno, cuya muerte había causado involuntariamente.

Revistiéndome de valor levanté una punta de la cubierta mortuoria. ¡Era el joven que la tarde anterior había visto arrodillado ante el depósito de los muertos!

No me cabía la menor duda: su rostro pálido y hermoso y la larga y delgada cicatriz de su frente habían dejado en mi memoria un recuerdo indeleble. El limo verdoso que manchaba su traje me revelaba el teatro del crimen.

Aquel era el hombre á quien había visto morir con tanto valor y que sería tan tiernamente llorado.

Con el corazón lleno de amargura dejé caer la punta de la sábana sobre el cadáver.

Voy á terminar esta relación.

Habrían transcurrido unos veinte días sin que este deplorable suceso que yo causara hubiese tenido con-

secuencias; solo me quedaba de mis aventuras nocturnas un horror invencible hacia los leperos, cuando recibí la orden de presentarme á un alcalde que no conocía. En su despacho me aguardaba un hombre de unos cuarenta años, y para mí tan desconocido como el alcalde.

—Caballero, me dijo ese hombre, soy el sereno á quien su señoría casi mató días pasados, y como este accidente me inhabilitó para trabajar unos quince días, amén del gasto que me causó para reponerme, no tomará á mal su señoría que le pida una indemnización.

—No por cierto, contesté satisfecho de ver que no tenía que echarme en cara la muerte de nadie. ¿Cuánto pide V?

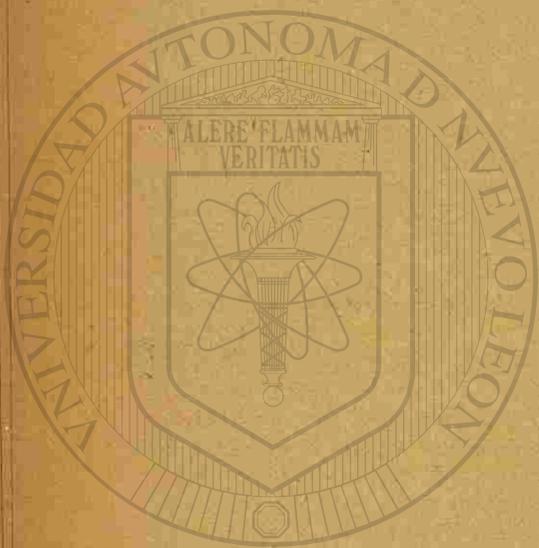
—Doscientos pesos, señor.

Confieso que esta cantidad exorbitante cambió mi satisfacción en cólera, y allá en mi interior envié al sereno á todos los diablos. Sin embargo, no tardé en avergonzarme de abrigar tan pocos caritativos sentimientos. Habiéndome aconsejado el alcalde que transigiese, después de una breve discusión el sereno se contentó con la cuarta parte de la suma pedida.

Bien mirado, si pagaba algo caros mis estudios acerca de los leperos, también constituían una lección muy saludable.

El ingenioso Perico había tenido que devolverme el caballo, y desapareció de Méjico, temiendo sin duda que se cumpliese mi amenaza de hacerle ahorcar.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



EL LDO. DON TADEO CRISTOBAL

I

Conocimiento imprevisto

Existe en la Biblioteca Nacional de París un antiguo documento que debe haber sido muy poco consultado desde el día en que ocupó un lugar en los estantes cubiertos de polvo de la sección de manuscritos. Es un ensayo acerca de los dialectos de las razas indias del Nuevo mundo por Fray Alonso Urbano, de la Orden de San Agustín.

Tal vez ninguno, sino yo, conozca la serie de circunstancias que llevaron de Méjico á París el curioso documento, como que yo mismo fui el portador de la obra inédita de aquel religioso.

El acontecimiento que la puso en mis manos no se borrará nunca de mi memoria, y el trabajo de fray Alonso, aparte de su valor filológico, tiene á mis ojos, grande interés, pues me recuerda mis relaciones con uno de los personajes más extraños que conocí en Méjico.

Por novelesca que parezca la historia de esas relaciones se halla ajustada á la verdad, sin la menor exageración. No hay que olvidar que en Méjico la novela es inseparable de las costumbres, y que el que quiera pintar fielmente esas costumbres excepcionales talvez pasará por narrador poco escrupuloso, cuando no es más que fiel historiador.

A principios del año 1835 tenía yo en Méjico un asunto difícil y espinoso. Se trataba del cobro problemático de un cuantioso crédito contra una persona de cuyo paradero no había el menor indicio. El caso requería iniciativas y actividad, y me dirigí á varios abogados á quienes se conocía por su eficacia para asuntos de tal naturaleza. Antes de saber el nombre del deudor á todos les parecía la cosa posible, pero en cuanto oían dicho nombre, que es el de D. Dionisio Peralta, todos sucesivamente se iban retrayendo, y contestaban á mi proposición con las más extrañas evasivas.

El uno alegaba su antiguo compadrazgo con el señor Peralta; otro que no quería indisponerse con una persona tan servicial como mi deudor; otro recordaba casi enternecido su amistad con él desde la infancia; y así los demás. Por fin dí con uno que me habló con franqueza, diciendo que tales inconvenientes y escrúpulos en el fondo ocultaban una sola cosa: el miedo á una estocada; recurso que el Sr. Peralta había empleado más de una vez para poner término á reclamaciones por ese estilo.

—¿Que debo hacer, pues? le pregunté al abogado franco.

—En mi concepto no hay más que una persona que pueda encargarse del asunto de V.

—¿Quién es?

—El licenciado don Tadeo Cristobal.

—¿Será hombre de recursos para todo?...

—El único que os conviene: un corazón de piedra y un brazo de hierro.

Fuí corriendo á la calle de los Batanes donde, según me dijeron, vivía don Tadeo; más se había mudado de casa, y nadie supo ó quiso enterarme de su nuevo domicilio.

Muy desanimado al espirar un día que había empleado inutilmente en correrías é investigaciones acerca de mi hombre, me paseaba por los soportales de los Mercaderes de la Plaza Mayor. Había resuelto pedir noticias de don Tadeo á los memorialistas, cuyas barracas de madera, situadas en aquellos pórticos, son centros de noticias, á todas horas abiertos. Entre el brillante comercio y pintorescas industrias que campean en los soportales forman los memorialistas una corporación bajo todos conceptos respetable. Hay que tener en cuenta que la instrucción primaria hasta ahora deja bastante que desear en la nación mejicana.

A aquella clase de escribientes los llaman *evangelistas* y su docil pluma es solicitada para mil asuntos desde la carta amorosa hasta la esquila del matón para atraer á su víctima á una emboscada.

El evangelista que atrajo singularmente mi atención entre sus compañeros, era de baja estatura y calvo, y animaba su fisonomía una expresión de jovialidad sarcástica.

Ya me encaminaba hacia él cuando me detuvo un incidente más largo de lo que yo esperaba. Había llegado á la barraca del evangelista una joven cuya larga y rizada cabellera salía en desorden por debajo de su rebocío; su color trigueño, los torneados hombros, que dejaba casi al descubierto su camisa de tela fina guarnecida de encajes y su cuerpo esbelto, realzado por elegantísimo corpiño, denunciaban á la legua á una *china*; una manola mejicana de pura raza.

—¡Tío Luquillas! le dijo.

—¿Que hay? respondió el evangelista.

—Necesito de V.

—Lo dudo mucho.

Y creyendo él haber adivinado el objeto de la visita, desdobló muy satisfecho un pliego de papel fino de color de rosa, adornado de Cupidos; pero la china hizo con su linda mano una señal de impaciencia.

—¿Que quiere V. que haga de ese papelito un hombre que va á morir?

—¡Diablo! murmuró el memorialista sin conmoverse, mientras la joven enjugaba sus lágrimas con una de sus hermosas trenzas. ¿Se trata, pues, de una despedida?

Un comprimido sollozo fué la respuesta de la joven, é inclinándose después al oído de él, le dictó una carta muy corta, deteniéndose algunas veces á tomar aliento y dar rienda suelta á su llanto.

No era yo la única persona que contemplaba ese cuadro; todos cuantos pasaban por delante de la barraca dirigían á la bella china una mirada de compasión y de curiosidad.

Luquillas acababa de doblar la carta, y no faltaba sino el sobre, cuando un transeunte se acercó á ellos; su fisonomía no me era desconocida; recordé que, sentado junto á mi pocos días antes, en la plaza de toros, me había explicado como inteligente, las peripecias de un espectáculo por el cual he tenido siempre verdadera pasión. Frisaba en los cuarenta años y sus facciones no carecían de nobleza, á pesar de la acentuada expresión de ironía que á veces las alteraba.

Y aunque no hubiera sido por la fisonomía le habría reconocido por el traje: el taurómaco inteligente llevaba una capa con vueltas encarnadas y un ancho sombrero gris con galones de oro.

—¿Para quién es esa carta hija mia? preguntó á la china.

Esta señaló con la mano la cárcel del palacio presidencial y pronunció un nombre que no pude oír.

—¡Ahl ¿es para Pepito? repuso él en alta voz.

—Si señor, y no se como hacerla llegar á sus manos.

—No se aflija V; hay una ocasión.

En este momento la gente abandonó los pórticos y se precipitó á la Plaza.

¿Que pasaba? Lo que era frecuente en Méjico en aquella época: un asesinato en medio de la vía pública. Acababan de prender al asesino y recoger á la víctima y los celadores llevaban al primero á la cárcel más próxima, que era precisamente donde estaba el amante de la china.

El cortejo ofrecía singular originalidad: marchaba á la cabeza un mozo de cordel, llevando á sus espaldas una silla, en la cual iba atado el cadáver, envuelto en un cobertor ensangrentado; seguía después el asesino entre cuatro soldados y cerraban la marcha curiosos y amigos de la víctima, exhibiendo su indignación ó su pena.

De todos esos hombres, más ó menos impresionados, el más tranquilo era el asesino, que fumaba su cigarrillo con pasmosa indiferencia dirigiendo á su víctima de cuando en cuando reproches que, con gran sorpresa suya, al parecer, quedaban sin contestación. Véase la muestra:

—Vamos, Panchito, basta de bromas pesadas; ya sabes que no tengo medios para pagar á tu mujer una pensión. Puedes hacerte el muerto cuanto te plazca, pero no me engañas á mí.

Pero Panchito estaba muerto de veras, por más que dijese el asesino, y todo mi cuerpo se estremeció al pasar por delante de mí aquel cadáver, cuyos ojos conservaban una espantosa fijeza, á pesar de los rayos del sol.

El taurómaco debía estar sin duda más acostumbrado que yo á espectáculos de esa especie, pues, yendo al encuentro del cortejo, se paró junto al asesino y le dijo:

—Tu debes conocer á Pepito, el que debe ser ahorcado mañana.

—Ya lo creo que lo conozco. Es mi compadre.

—Pues bien: como á tí no han de ejecutarte primero que á él, y le verás ahora mismo en la cárcel, hazme el favor de entregarle esta carta de mi parte.

—¡Ah! caballero, interrumpió en este momento la hermosa joven, arrojándose á los pies del asesino con el rostro bañado en lágrimas, ¡por la sangre de Nuestro Señor, y por la Virgen de los Dolores, no se olvide V. de entregarle esta carta de despedida!

—¡Si, linda mia, sí!... Yo también tengo un corazón sensible, respondió el asesino, y si ese condenado de Panchito, que se ha empeñado en mortificarme siempre, juro á V. que no estaría aquí. ¡Tranquícese Vd. preciosa de mi alma, que entregaré la carta á Pepito!

Dió término á este coloquio el del sombrero galeado de oro poniendo una moneda en la mano del preso, y este siguió con sus conductores á la cárcel.

Hacia allá se fué también la china en medio de un grupo de mujeres que trataban de consolarla con la esquisita sensibilidad propia de las mejicanas. Sentóse al pie del sombrío muro de la cárcel, y allí quedó inmóvil, cubriéndose con el rebocío.

El taurómaco había desaparecido entre la muchedumbre.

Me acerque á la barraca de Luquillas.

—¿Hace V. el favor de decirme en donde vive el licenciado don Tadeo Cristobal?

—¿Don Tadeo Cristobal? ¡Si ahora mismo estaba aquí!

—¿El mismo?

—Si señor. ¿No ha visto V. con que amabilidad se ha encargado de hacer llegar á manos del bandido Pepito la carta que me había dictado una de las chinas más lindas de Méjico?

—¿Con que es don Tadeo el de la capa de embozo encarnado?

—Sin duda.

—¿Y en donde podría encontrarle ahora?

—No lo se, pues, á decir verdad, no tiene domicilio fijo. Sin embargo, si tiene V. que hablarle de algún negocio urgente vaya esta noche misma, entre nueve y diez, al callejón del Arco, y le hallará sin falta en la última casa de la derecha, yendo de la plaza.

Di al memorialista gracias y propina, y me encaminé al callejón del Arco. Aunque no eran más que las siete quería conocer la casa. La experiencia me había mostrado que estas prevenciones no eran inútiles en Méjico, sobre todo al recordar que aquel sitio era conocido como uno de los más siniestros, según repetidas veces me habían dicho.

Su aspecto justificaba tan mala fama. La manzana de casas conocida con el nombre de Empedradillo, y á que pertenecen los soportales de los Mercaderes, no forman una línea compacta: al frente por la parte de la catedral, se abre una calle estrecha para penetrar en el interior del Empedradillo: ese es el callejón del Arco. Al verla diríase que es una de esas cavernas que el Océano abre á veces entre las rocas.

Cuando deslumbrado aun por los ardientes rayos del sol que inundan la Plaza, y que se estrellan como chorros movibles contra las blancas paredes de las casas ó el granito de las aceras, se entra en esa calle tortuosa y oscura, los ojos no distinguen hasta después de un rato otra callejuela que corta á aquella en ángulo recto, formando con ella un antro temible.

Allí, como en las cavernas de la costa, no se oye el ruido exterior, á no ser un murmullo sordo. Varias tiendas de cordelería, puertas macizas herméticamente cerradas, y algunos sombríos balcones, entreabiertos acá ó acullá, son los que revelan únicamente que

pertenecen á una ciudad. Las paredes están cubiertas de una humedad perenne, y solo en pleno verano, á medio día, es cuando penetra fúrtivamente un rayo de sol en este sitio lúgubre. Entonces se anima un poco la calle, hasta que, extinguido aquel rayo, todo vuelve á sumergirse en el silencio y en las tinieblas.

¿Y era allí en una de esas casas siniestras, donde debía encontrar el único hombre que, según me habían dicho, podía llevar á buen término un asunto inabordable para todos los legistas de Méjico?

Detúveme á reflexionar un rato, contemplando aquel singular sitio escogido para despacho de un jurisconsulto; y recordaba vivamente lo que había pasado en la plaza aquella mañana. ¿Como explicar el tono de familiar franqueza de don Tadeo con aquel asesino, á quién en mi presencia entregara la carta de la *china* para otro miserable? Esta extraña intimidad de un abogado con gentes de tal ralea me pareció desde luego de mal agüero, más el asunto era de harto grande interés para mí, y, por otra parte, hay apariencias que engañan.

Por consecuencia salí del callejón del Arco, resuelto á volver allí dos horas después.



II

El héroe

Había anochecido ya. Era una de esas noches de Mayo en que la claridad de la luna da á Méjico un aspecto maravilloso. Bajo los trópicos despliega la luna voluptuosa magnificencia, desconocida en los climas nebulosos. En la Plaza Mayor no había tanta gente como antes de ponerse el sol: los paseantes hablaban en voz baja, cual si temiesen turbar la tranquilidad de esta noche plácida.

Por allí, bajo el ancho abrigo del traje nacional, encontré más de una pareja misteriosa, de esas que alimentan la crónica maldiciente de los salones. Nada digo de los aventureros, que tanto abundan en Méjico, tipos de perdonavidas, que arrastran por las aceras sus pesados sables de vaina de acero, ó hacen resonar sus chillonas espuelas. Preocupado con mi propósito, no reparé en ninguno, y me dirigí lentamente al callejón del Arco, no sin algún desasosiego.

Al primer paso en la sombría callejuela me dió en el rostro una corriente de aire frío, como el que sale de una gruta; parecía penetrarme hasta los huesos.



pertenecen á una ciudad. Las paredes están cubiertas de una humedad perenne, y solo en pleno verano, á medio día, es cuando penetra fúrtivamente un rayo de sol en este sitio lúgubre. Entonces se anima un poco la calle, hasta que, extinguido aquel rayo, todo vuelve á sumergirse en el silencio y en las tinieblas.

¿Y era allí en una de esas casas siniestras, donde debía encontrar el único hombre que, según me habían dicho, podía llevar á buen término un asunto inabordable para todos los legistas de Méjico?

Detúveme á reflexionar un rato, contemplando aquel singular sitio escogido para despacho de un jurisconsulto; y recordaba vivamente lo que había pasado en la plaza aquella mañana. ¿Como explicar el tono de familiar franqueza de don Tadeo con aquel asesino, á quién en mi presencia entregara la carta de la *china* para otro miserable? Esta extraña intimidad de un abogado con gentes de tal ralea me pareció desde luego de mal agüero, más el asunto era de harto grande interés para mí, y, por otra parte, hay apariencias que engañan.

Por consecuencia salí del callejón del Arco, resuelto á volver allí dos horas después.



II

El héroe

Había anochecido ya. Era una de esas noches de Mayo en que la claridad de la luna da á Méjico un aspecto maravilloso. Bajo los trópicos despliega la luna voluptuosa magnificencia, desconocida en los climas nebulosos. En la Plaza Mayor no había tanta gente como antes de ponerse el sol: los paseantes hablaban en voz baja, cual si temiesen turbar la tranquilidad de esta noche plácida.

Por allí, bajo el ancho abrigo del traje nacional, encontré más de una pareja misteriosa, de esas que alimentan la crónica maldiciente de los salones. Nada digo de los aventureros, que tanto abundan en Méjico, tipos de perdonavidas, que arrastran por las aceras sus pesados sables de vaina de acero, ó hacen resonar sus chillonas espuelas. Preocupado con mi propósito, no reparé en ninguno, y me dirigí lentamente al callejón del Arco, no sin algún desasosiego.

Al primer paso en la sombría callejuela me dió en el rostro una corriente de aire frío, como el que sale de una gruta; parecía penetrarme hasta los huesos.



Permanecí unos instantes á la entrada del callejón, buscando algún vestigio de luz en las ventanas ó en las puertas de las casas, pero todo parecía desierto. Formé enseguida mi resolución y me encaminé casi á tientas en dirección de la casa que había estado reconociendo aquella misma tarde.

En esto oí ruido de pasos detrás de mí y ví á un hombre que seguía el mismo camino. Quise arrimarme á la acera; más ignoro como mis pies se enredaron en una espada que él llevaba; lo cierto es que tropecé y evité la caída asiéndome á su capa.

El hombre dió un paso atrás, y el ruido metálico me advirtió que tiraba de la espada.

¡Ira de Dios! exclamó, ¿busca el ladrón mi persona ó mi capa?

Creí reconocer la voz y enseguida contesté:

—No soy ladrón ni asesino, señor Don...

Esperaba que el ayudaría mi memoria pronunciando su nombre, más no fué así, y arrimándose á una puerta contigua, me preguntó en tono áspero:

—¿Quién es V. y que pretende de mí?

—Busco la casa del licenciado don Tadeo, que es, según creo, la que tenemos delante.

—¡Ah! ¿y quién le ha indicado á V. esta casa?

—El tío Lucas, el memorialista. Necesito consultar á Don Tadeo un asunto de mucha importancia.

—Si es á don Tadeo está Vd. hablando con él.

El traje de aquel hombre, cuyas facciones no podía distinguir, era en efecto parecido al que me quedara tan presente. Me dí prisa á añadir que me felicitaba de la casualidad del encuentro, y le pedí una entrevista.

—Con mucho gusto, replicó, pero entremos en casa y podremos hablar con entera libertad.

Al decir esto llamó con el pomo de su espada á la puerta contra la cual se arrimaba.

—Mi profesión me obliga á tomar algunas precau-

ciones; ya comprenderá V. el motivo y no se asombre de mi extraño domicilio. Le habán dicho á V. que soy un original, y tienen razón...

Don Tadeo se interrumpió; la puerta de la casa misteriosa se abrió con gran ruido de cadenas. El portero, con un gran tarol en la mano, se inclinó respetuosamente y el licenciado le hizo seña de que le siguiera.

Atravesamos rápidamente el portal, y despues de subir una escalera bastante empinada, nos detuvimos ante una mampara, sobre la cual se leía en grandes caracteres: SOCIEDAD FILARMÓNICA. Del interior se escapaban voces y gritos confusos.

—¿Son clientes de V. los que meten ese ruido?

Sin responder á mi pregunta, don Tadeo levantó el picaporte y al momento nos hallamos en una pieza espaciosa y medianamente alumbrada, en medio de la cual había una gran mesa de tapete verde, rodeada de jugadores.

Además de los quinqués de las paredes, completaban el alumbrado cuatro bujías altas como cirios de iglesia, metidas en tubos de hoja de lata. A los lados había mesas pequeñas, en las cuales se servía á los consumidores infusión de tamarindo y licores de Barcelona.

Por último, al extremo de la sala se elevaba un estrado con adorno de varias pinturas que representaban un grotesco grupo de contrabajos, clarinetes y trompas de caza.

Cualquiera comprenderá mi sorpresa al hallarme con aquello, cuando buscaba el despacho de un abogado. Púseme, pues, á mirar á mi acompañante, cual si fuese por primera vez: era, en efecto, el hombre á quien había encontrado en la plaza de toros y en los Pórticos de los Mercaderes. Con su extraño traje, sus largos y rizados cabellos y su tizona, don Tadeo

tenía mucha más traza de bandolero que de jurisculto.

A los primeros pasos que dió en la sala se le acercaron dos individuos.

El uno era un gigante de aire feroz y estúpido, que le tendió su manaza diciendo en español, pero con acento inglés muy marcado.

—¿Como está el señor don Tadeo?

—Mejor que aquellos á quienes V. aborrece, maestro John Pearce, respondió el licenciado, deteniendo á su interlocutor con una mirada fría y penetrante como la punta de una espada. Bien sabe V. que tiene formada su reputación así en Méjico como en Tejas, sobre todo desde que...

—¡Chist! dijo el yanqui, tengo que consultarle á usted, con su permiso.

—En seguida, pero antes permítame V. oír á este caballero, á quien he encontrado primero que á V.

—Antes oígame V. á mí, por favor, señor licenciado, dijo el otro individuo que era vizco, de cabellos grises, y vestía el traje nacional mejicano. Tengo que pedir á V. también un consejo...

—¡Ah! ¿eres tu, Navaja? contestó don Tadeo, mirando severamente al individuo de pies á cabeza, ¿se trata aun de aquel mal negocio?

—¡Chist! ya ocuparé el tercer lugar, puesto que usted lo quie reasí.

Bastó á don Tadeo su alusión á dos episodios, nada edificantes sin duda, de la vida de sus clientes, para librarse de sus importunidades. Era admirable el poder que le daban su caracter y su experiencia, ésta adquirida evidentemente á costa de un trato furtivo y peligroso con los héroes más temibles del populacho mejicano.

—Veamos, me dijo al fin don Tadeo. ¿Podré saber ahora quién es V. y qué asunto le ha traído aquí? Es preciso que sea muy delicado, pues no suele acudirse

á mí sino para resolver dificultades que mis colegas juzgan insuperables. Apuesto á que fué uno de ellos quien se lo aconsejó.

Nombréle el licenciado que me elogiara el corazón intrépido y la buena espada de don Tadeo, y este movió la cabeza con la irónica sonrisa que le era peculiar.

—Veo que se trata de un asunto peligroso. El hombre que le ha dirigido á V. es uno de mis mayores enemigos, y por eso me recomienda siempre esta clase de empresas. No podrá V. menos de reconocer que soy una especialidad bastante rara: así cuando paso de noche por las calles hay que dispensarme el que eche mano á la espada al menor recelo. ¿Que quiere V.? Soy de Sevilla y no se han pasado en vano los primeros años de la vida entre los espadachines de Triana.

—¿Con que es V. español?

—Si, señor, y antes que abogado fuí lo que se llama todo un calavera. A consecuencia de una serenata interrumpida por un duelo á muerte me ví obligado á venir á probar fortuna á Nueva España. Para prosperar en este país contaba con dos circunstancias, que rara vez se encuentran juntas: era maestro en la Jurisprudencia y en el arte de la esgrima. Y á propósito, caballero, debo á V. una satisfacción por el error que he padecido en la calle. En poco ha estado que no le atravesase á V. con la espada. Así pues, para hacerle olvidar á V. esa involuntaria descortesía, permítame ofrecerle un infusión de agua de rosas, ó bien anisado de Cataluña. ®

Y, sin darme tiempo de responder una palabra, el licenciado me condujo á una mesa, junto á la cual nos sentamos. Mi admiración iba en aumento, al tratar á tan singular personaje. Hasta que nos sirvieron no quiso que le hablara de mi asunto, el cual le expliqué brevemente.

— Está bien, me dijo, se trata de un deudor á quien usted no encuentra. ¿Como se llama?

— ¡Ah! tiene un nombre que parece inspirar gran simpatía á los colegas de V., puesto que ninguno de ellos quiere encargarse de acudir contra él.

— Tengo deseos de ver si ese nombre terrible producirá el mismo efecto sobre mí.

— Mi deudor, le dije en voz baja, se llama don Dionisio Peralta.

El licenciado no pestañeó.

— ¿Y cuanto le debe á V.?

— Tres mil cuatrocientos pesos.

— Subiremos al terrado de esta casa, y allí hablaremos con más libertad. Pero antes permítame usted que despache á esos dos tunantes, que están aguardando su vez. En el interés de V. está que no volvamos á reanudar esta conversación hasta haber recogido entre los que concurren á este garito algunas noticias indispensables. Lo único que pido á V. es que no manifieste la menor sorpresa por mucho que le sorprenda lo que vea ú oiga.

Estreché la mano del licenciado y nos levantamos para acercarnos al grupo de los jugadores, el cual se había aumentado mucho en el rato que estubieramos hablando aparte.

Cercaba el tapete verde una doble fila de curiosos, y gran número de pesos rodaba por la mesa, produciendo un ruido seductor.

El licenciado pasó por delante del yanqui y del vizco, haciéndoles seña de que le aguardasen, y se fué en derechura á un joven que, de pie entre los espectadores, miraba el juego con ávidos ojos.

— Ortiz, le dijo dándole un golpecito en el hombro, ¿tiene V. recado de escribir?

— Sí, señor.

Y el joven sacó de su bolsillo un rollo que contenía plumas, tinta y papel: de fisonomía chupada y

pálida, este muchacho llevaba sobre sus largos y graciosos cabellos un sombrero casi sin alas, y cubría sus hombros una raída esclavina. Era el tipo del amanuense de procurador, capaz de poner á una carta la fortuna de su amo.

El licenciado escribió algunos renglones, dobló el papel y lo entregó al amanuense, dándole algunas instrucciones en voz baja.

El amanuense inclinó la cabeza y salió muy aprisa. don Tadeo me suplicó que aguardase un momento más, mientras él iba á resolver la consulta de ambos clientes, y fuí á mezclarme entre los que estaban agrupados en torno de la mesa.

Era espectáculo curioso, el contemplar aquella reunión de aventureros, entre los cuales parecían haberse dado cita los tipos más extraños y picarecos de las novelas antiguas. Llamóme la atención una cosa muy característica, y fué ver que el banquero tenía delante de sí un cuchillo afilado como navaja de afeitar. La advertencia que dirigió á los jugadores me explicó el uso que pudiera hacer de aquella arma terrible: «Hago saber á los caballeros aquí presentes que, si alguno tratara de confundir la banca con su puesta, le clavo la mano en la mesa sin la menor ceremonia.»

Y por lo que ví la amenaza no ofendió á ninguno, de lo cual deduje que debió presentarse más de una vez el caso previsto por el banquero. Sin embargo de las sorprendentes escenas que presenciaba, iba ya impacientándome, cuando don Tadeo vino á sacarme de allí y me llevó á un rincón apartado, á una mesa ocupada por sus dos clientes el coloso yanqui y el mejicano vizco.

El yanqui acababa de vaciar un vaso anisado de Cataluña, mientras el otro tomaba á sorbitos un refresco de tamarindo.

— Aquí tiene V. dos caballeros, me dijo don Tadeo, dirigiéndome una mirada expresiva, que le qui-

tarán á V. sus escrúpulos de conciencia, respecto á los tres mil cuatrocientos pesos que me debe, y que afirmarán que puede pagármelos con toda tranquilidad de espíritu, con la cesión del crédito de igual suma que tiene V. contra el señor Peralta, el cual honrará su firma con la mejor voluntad del mundo.

—Yo no he dicho eso, clamó el yanqui, lanzando una carcajada brutal. No sé si pagará con buena ó mala voluntad. Lo que sé es que pagará, ó de lo contrario...

—Poco á poco, dijo don Tadeo; desde el momento que Peralta pasa á ser deudor mío, me interesa mucho su vida y deseo que se le respete.

—Aseguro á V. que el señor Peralta pagará sin la menor dificultad, añadió el mejicano entre sorbito y sorbito.

—¿No es Pepito aquel que viene allí con mi escribiente? prorrumpió el licenciado. Vamos... Ortiz ha desempeñado bien su comisión.

El nombre de Pepito me recordó á la hermosa *china*, que tan desconsolada estaba por él. Era uno de esos perdidos de tez morena, cabello en desorden y fisonomía descarada; un tipo de los que sólo se encuentran bajo las tiendas de los jitanos nómadas, ó en las calles de Méjico.

Apenas Pepito reparó en el licenciado, acudió á estrecharle las manos, mostrando el mayor agradecimiento.

—¡Ahl decía, no olvidaré nunca que le debo á usted la vida; pasado mañana debía ser ahorcado, y gracias al bolsillo de V., he recobrado mi libertad. No se haga V. el sorprendido, don Tadeo; sé que es usted mi salvador, porque su escribiente me lo ha dicho.

—Ortiz no sabe lo que dice, repuso el licenciado secamente, pero me alegro de tu suerte; mañana por la mañana tengo que hablarte y cuento contigo; entretanto, aquí tienes un peso para cenar.

— ¡Bah! nunca siento ganas de comer sino cuando estoy sin un cuarto; me jugaré el peso.

Hablando así el famoso Pepito se dirigió á la mesa de juego, á donde le siguieron el yanqui y el vizco. Libre así de esos importunos, don Tadeo me llevó á un sitio apartado.

—Ya ve V. esos tres hombres, me dijo sonriendo; ¿cree V. que hay muchos deudores capaces de resistir á tales alguaciles, sobre todo cuando se trata de un crédito cedido al licenciado don Tadeo? No dudo que comprenderá V. el objeto de esta cesión. Mi nombre es arma muy conveniente para emplearla en esta guerra peligrosa; pero, terminada la lucha, los beneficios serán para V., descontando los gastos de la campaña.

—Bien y cómo hallarán ustedes á ese Peralta? Yo no he podido nunca dar con él.

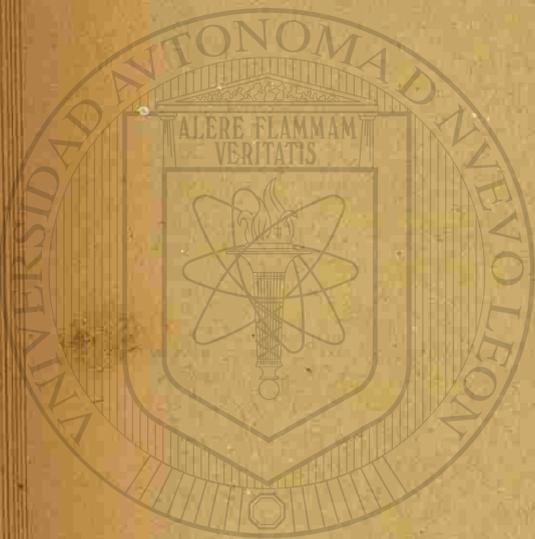
—Eso corre de mi cuenta, y de los tres sabuesos que acabo de darle á conocer. D. Dionisio Peralta es un mal pagador, pero una buena espada. Ya veremos.

Entonces recordé al licenciado su indicación de hablar algo más de mi asunto y le ofrecí satisfacer su curiosidad. Lo que yo deseaba era una ocasión para observar y conocer mejor aquel singularísimo personaje.

El, adivinando mi intención, consultó su reloj y me dijo:

—Son las diez y media; estoy á las órdenes de usted hasta media noche. Subamos á la azotea, que ahora está desierta. La noche es hermosa y podrá usted explicarme su asunto sin testigos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



III

El drama del paseo de Bucaseli

DUEGO que llegamos á la azotea, nos entregamos los dos á una contemplación silenciosa por algunos instantes. Extendíase á nuestros pies la ciudad de los aztecas con sus cúpulas y sus innumerables campanarios caprichosamente iluminados por la luna. Muy cerca de nosotros la catedral proyectaba sobre la Plaza Mayor la doble y gigantesca sombra de sus torres; y detrás de la masa majestuosa de cúpulas y de flechas estaba la campiña con los vapores blancuecinos que salían de los lagos, amontonándose en torno de la ciudad, cual para ceñirla de una aureola luminosa.

El licenciado fué el primero en romper el silencio con algunas preguntas acerca de nuestro importante asunto. Al responderle me esforcé en llevar la conversación á un terreno que le pusiera en el caso de franquearse bastante conmigo. Ya parecía inútil mi empeño cuando una extraña casualidad vino en mi ayuda.

Resonó de repente el tañido lejano de una campa-

na, cual quejido misterioso entre el triste silencio de la noche. A este sonido movió la cabeza don Tadeo con algo de zozobra y luego ocultó el rostro entre las manos, pareciéndome que palidecía. Cogióme de repente la mano con brusco movimiento, y me dijo:

—¿Oye V. esa campana?

—Sí, y si no me engaño, es que en el convento de las Bernardinas tocan la oración de los agonizantes.

—¡Vámonos! ese sonido me hace daño.

—¿Y por qué irnos tan pronto? ¿No prefiere usted esta hermosa luna á los quinqués humeantes del garito que acabamos de dejar?

El licenciado permaneció un rato silencioso. Indudablemente el tañido de aquella campana ejercía sobre él una influencia extraña. Al cabo me dijo:

—Es que nunca oigo esa campana sin que pasen ante mis ojos, como terrible pesadilla, los más tristes episodios de mi vida; y nada le sorprenderá á usted cuando sepa el suceso que me recuerda.

—Vivamente deseo conocerle.

—Hace diez años, en 1825, ocurrió en Méjico una tentativa de asesinato. Como esos crímenes vienen siendo frecuentes aquí no se hubiera fijado la atención pública en aquél, á no ser por las circunstancias singulares que le acompañaron: en las primeras horas de la mañana, y en el paseo de Bucaseli, cuando aun está desierto, se había situado un coche de alquiler en uno de los sitios más retirados. El cochero se apeó, alejándose discretamente, como si adivinase el motivo de aquella salida matinal, pero sin perder de vista el carruaje.

¿Quién iba dentro? Las cortinillas, cuidadosamente corridas no permitían adivinarlo, pero se supo después que era una joven de sorprendente belleza, la cual, cediendo á la vanidad criolla, se había adornado para aquella ocasión con las más preciosas de sus joyas, con diamantes magníficos. Había querido apa-

recer tan rica como hermosa, y era, á pesar de tal riqueza, todavía más hermosa que rica.

Pasaron unos instantes, se presentó un hombre embozado en ancha capa se aproximó á la portezuela, la abrió y volvió á cerrarla precipitadamente. Era demasiado frecuente un caso de esa naturaleza para que llamase la atención del cochero; así es que se tendió en el cesped á la sombra de los árboles y quedóse dormido. Cuando despertó continuaba el coche en el mismo sitio, solo que por la sombra de los árboles conoció que el sol terminaba su carrera, precisamente la hora en que el paseo empezaba á llenarse de gente. Asombrado de haber dormido tanto acudió corriendo al carruaje y llamó, y viendo que nadie le respondía abrió la portezuela. Y vió á la joven exánime, al parecer y tendida sobre los almohadones. La sangre que inundaba el fondo del carruaje le manaba de una ancha herida, causada indudablemente por el puñal de algún bandido. La desventurada había encontrado un ladrón, en vez de un amante, y el robo sucedió al asesinato.

Los gritos del cochero atrajeron gente y un médico declaró que aún vivía la víctima. En seguida de efectuar la primera cura la condujeron al convento más inmediato, que era el de las Bernardinas.

Pero si fué eficaz el celo de los médicos para volverla á la vida no lo fué el de la justicia para encontrar al asesino. Primeramente prendieron al cochero, y tuvieron que ponerle en libertad por falta de pruebas. Después fué preso un joven español, cuyos obsequios á la criolla no eran un secreto para nadie; estaba enamorado de ella y supo al mismo tiempo la traición y la muerte de la que pensaba hacer su esposa. Estuvo á punto de volverse loco, y al cabo de un año también fué puesto en libertad por falta de pruebas, pero salió de la carcel arruinado por las costas del proceso y privado el corazón de sus más gratas ilusiones.

Supo entonces que aun vivía la que le hubiera engañado, pero que había renunciado al mundo, profesando en el mismo convento donde la llevaron después del lance del paseo. El español renunció á verla, pero no á vengarse.

La justicia mejicana no pudo descubrir al asesino pero él juró aclarar aquel misterio tenebroso.

Al llegar aquí suspendió el licenciado su relación; la campana de las Bernardinas seguía tocando y le afectaba hondamente aquel toque de agonizantes. Luego continuó:

—Supongo habrá adivinado V. que ese español soy yo. La verdad se fué abriendo paso por entre las tinieblas, y tuve en mi dolor un alivio harto amargo aún. No era el amante favorecido el ladrón que intentó asesinarla, pero éste había escrito la carta á nombre de aquél y con indicios de tal certeza que ella cayó en el lazo, mientras el amante nada sabía de la cita en el paseo. Evidente la traición de aquella mujer ya no me corría prisa encontrar al bandido miserable, sino al amante afortunado: búsquele, tuvo el atrevimiento de jactarse de lo que manchaba la honra de aquella mujer, le reté á muerte y...

—¿Le mató V.?

—Y no pudo volver á jactarse más. Desde entonces empezó en mi vida un período agitado y lleno de sombras para el que no me conoce bien. Quería distraerme á toda costa, á causa del escepticismo que me helaba el corazón. Bajo el pretexto de ejercer mi profesión de jurisconsulto salía al encuentro de los sucesos como procuraba conocer á los hombres, singularmente á los malvados, penetrando hasta en sus guaridas. Desde entonces no se cometió en Méjico un crimen cuyo autor no pudiera señalar á la justicia en caso de necesidad: las sociedades más secretas de malhechores dejaron de ser un secreto para mí. Tal vez haya oído V. hablar de la cuadrilla de los *ensebados*...

—¡Ah! sí, los más terribles, unos bandoleros desnudos ¿no es así?

—Y que llegada la noche, untaban sus cuerpos de grasa y se lanzaban sobre los transeuntes aislados. Como se escurrían de ese modo facilísimamente, uno solo de esos bandidos podía escaparse de las manos de varios agentes vigorosos. Pues bien: yo conozco al jefe de los *ensebados*; no ha salido nunca de Méjico, y podría descubrirle, si fuese necesario. Le cito á usted un ejemplo únicamente, cuando pudiera referirle mil. Dedicado sin temor á esta vida de incesantes investigaciones, adquirí una experiencia que me hizo el terror de esos miserables. Mi vida también corrió peligro, y más de un bandido trató de deshacerse de un vigilante incómodo; pero el haber castigado á algunos, cual merecían, y el haber servido á otros, y á veces á esos mismos castigados, con mi conocimiento de las leyes, me han hecho respetar y temer de esa gente, y me han dado la influencia que ejerzo sobre los más temibles asesinos de Méjico. Me valgo de ellos, como V. ha visto, para servir á las personas honradas que necesitan de mi ayuda.

—Como sucede conmigo, le respondí estrechándole la mano. ¿Y no ha descubierto V. al que trató de asesinar á la criolla?

—Sí, y hubiera podido entregarle á la justicia; pero usted comprenderá que ese malvado ya no debía inspirarme tan grande indignación, puesto que á su puñal debía yo el descubrimiento de la amarguísima verdad que tan cuidadosamente se me había ocultado. Por otra parte, á fuerza de vivir en contacto con los malos, me da por compadecerlos más que por odiarlos. Llegué hasta procurarme en su perversidad un arma temible para el término de ciertos negocios, respecto á los cuales la justicia mejicana resulta impotente. Aquel mismo criminal, que inconscientemente ejerció en mi existencia tan decisivo influjo, es

para mí uno de esos instrumentos, que podría romper con una palabra, pero que prefiero emplear al servicio de mis numerosos clientes.

—Y á pesar del desengaño y de una vida tan ocupada, el efecto de esa campana me revela que no se olvida V. de la monja.

—¿Qué quiere V.? La había amado tanto que por fuerza queda algún rescoldo. No la he vuelto á ver, mas recibo noticias tuyas por conducto seguro, y sé que hace mucho tiempo sufre una enfermedad incurable. Por eso me impresiona doblemente ese tañido de agonizantes.

En esto se abrió la puerta de la azotea, y Navaja, el de los ojos vizcos se acercó á nosotros como una sombra. Estaba pálido de terror y volvía atrás la cabeza con inquietud. Venía como fugitivo.

—¡Es el diablo mismol murmuró recatándose contra la baranda para tomar aliento.

—¿De quién hablas? le preguntó don Tadeo.

—¡Del *yanqui!* Está vaciando su tercera botella y entona lo que llama su canto de guerra: es un indio feroz cubierto con la piel de un blanco. Cuenta todas las cabelleras que ha arrancado, todos los asesinatos que ha cometido. ¿Y creerá V. que se propone añadir la piel de mi cráneo á su trofeo de escarpelador? Repito que ese hombre es el demonio y que apesta á sangre.

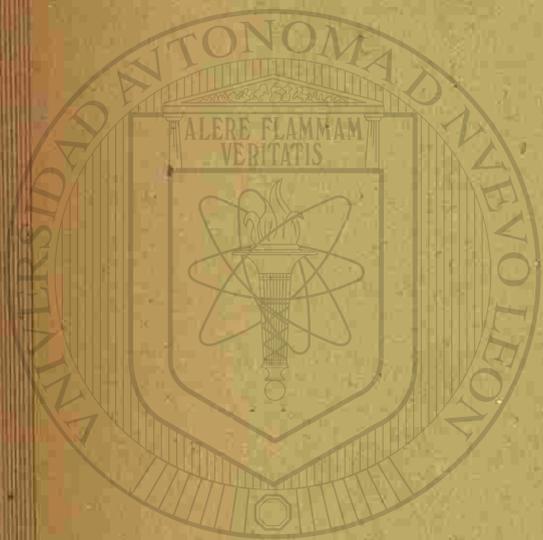
—¡Te has vuelto muy escrupulosol... ¿Desde cuándo te repugna el olor de la sangre?

Una alusión hecha al atentado del paseo acabó de explicarme la amarga ironía de las palabras del licenciado. Tenía delante de mí al que había hundido su puñal en el pecho de la desgraciada, cuya muerte acaso la campana nos anunciaba entonces.

Iba á replicar Navaja, pero le hizo enmudecer la mirada severa, fría y penetrante del licenciado, que continuó:

—No tengas miedo á John y vete, que iré yo en seguida.

Bajamos, en efecto, y el descomunal y furioso yanqui se humilló de nuevo ante don Tadeo, que ya me parecía un domador de fieras. Me acompañó hasta la Plaza Mayor y se despidió de mí ofreciendo que no tardaría en darme noticias satisfactorias de mi asunto. Al retirarme á mi casa de la calle de la Monterilla aunque iba realmente esperanzado con las ofertas de persona tal, no dejaba de abrigar alguna inquietud, pensando que si un domador nos admira con el valor, la destreza y la sangre fría, es á veces víctima de sus fieras.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



IV

Justicia á la fuerza

TRANSCURRIÓ un mes sin que recibiese noticia alguna de don Tadeo. Al cabo de ese tiempo su escribiente Ortiz me entregó una carta que entre otras cosas decía lo siguiente:

«Puedo participar á V. que el asunto marcha bien, después de haber descubierto, no sin fatigas, el paradero de don Dionisio. Le he soltado ya los tres lebreles que V. conoce. Adios: la campana que ómos hace un mes doblaba por *ella*. No dé V. ningún paso para verme. Confío en que dentro de poco tendrá usted noticias más satisfactorias».

En efecto, pocos días después me envió un boletín detallado de la campaña emprendida contra Peralta: campaña que había terminado de la manera más satisfactoria. Pepito, John y Navaja se habían presentado á mi deudor, «á reclamar el pago de un crédito cedido á ellos por el licenciado don Tadeo. Peralta conocía por su reputación á los hombres con quienes tenía que habérselas y el apoyo de Cristóbal hacía la partida demasiado desigual. No le bastaban ya su

valor personal ni su decisión, para librarse del peligro. Era preciso ceder, y propuso una transacción que el licenciado aceptó. A una legua de Méjico, en el pueblo de Tacuba poseía Peralta una casa de campo, cuyo valor ascendía próximamente al importe de su deuda; cedió la casa á don Tadeo y este se apresuró á tomar posesión de ella. Para que todo quedase terminado solamente faltaba que yo recibiese la finca de manos del nuevo propietario.

Para esto me avisó el licenciado y una madrugada vino á buscarme con dos caballos ensillados y nos dirigimos juntos á Tacuba.

Al felicitarle por el éxito que había logrado por medio de tan especiales alguaciles, me dijo:

—Fuera de ciertas horas de embriaguez ó de vértigo, esos hombres obedecen á ciegas á quien les hace sentir su superioridad. Navaja fué el más activo de los tres, y tan eficaz que Peralta me anuncia en una carta que se vengará de él.

El calor era ya sofocante, á pesar de la hora; aquella campiña carecía de animación y en torno nuestro reinaba triste silencio.

A medio camino sentimos las pisadas de un caballo y se nos unió un jinete, en quien reconocí enseguida á Pepito. El bandido vestía con esmero, llevando capa azul con vueltas pajizas, y su caballo estaba enjaezado con toda la elegancia mejicana. Al saludarnos, dijo:

—Dispense V., señor don Tadeo, que me tome la libertad de acompañarle, porque este camino no es seguro, y hoy particularmente...

—Gracias, Pepito ¿qué hay?

El bandido le habló unos momentos aparte y le indicó un cerro á nuestra izquierda, sobre el cual revoloteaban una bandada de buitres negros.

El licenciado se detuvo y dió algunos pasos en aquella dirección, luego nos hizo seña de que continuáramos, y poco después se unió á nosotros.

Pronto llegamos á Tacuba; mi casa, aunque aún no podía considerarme dueño tenía condiciones de solidez y de desahogo que daban ventaja sobre casi todas las del pueblo. Tenía un huerto con su trozo de jardín, pero en lastimoso abandono.

Me habían informado de que era curiosa una toma de posesión, y lo primero que noté que nos aguardaban muchos habitantes reunidos en torno de la finca, á fin de participar de los regalos que son el complemento obligado de la ceremonia. Así que el portero nos franqueó el vestíbulo, don Tadeo me dijo:

—Está V. en su casa.

Después de examinar los bajos y el jardín subimos al primer piso. Abiertas las macisas ventanas que en el salón cerraban el paso al aire y á la luz observamos que había varios armarios. Uno de ellos no estaba completamente vacío; contenía un grueso volumen de encuadernación antigua. Don Tadeo, después de hojearlo rápidamente, se lo guardó bajo la capa.

Terminada la visita le dijo á Pepito:

—Llama algunos testigos; serás nuestro maestro de ceremonias.

Pepito, envuelto majestuosamente en su capa, salió en seguida á una ventana, y dirigió una alocución tan expresiva á los vecinos, la mayor parte de ellos miserablemente vestidos, que inmediatamente el patio se llenó de un número de testigos muy superior al que exige la ley. Bajamos, precedidos de Pepito, y nos trasladamos al jardín seguidos de los testigos.

—«Caballeros, dijo Pepito con voz entonada, son ustedes testigos de que, en nombre de la ley, el caballero aquí presente (y me señaló) toma posesión de este inmueble con la formalidad debida. ¡Dios y libertad!»

Don Tadeo se adelantó y, á instancia de él, arrancó un puñado de yerba que lancé por encima de mi cabeza, y luego tiré una piedra á la pared del jardín:

esto era ejercer un acto de propiedad, según la ley mejicana. Los testigos gritaban desafortadamente significando su satisfacción.

Me faltaba únicamente llenar la última formalidad impuesta por la costumbre: obsequiar á los testigos. Entregué para ello algunos pesos á Pepito, y este se encargó de conducir á aquellos hombres á la taberna.

Entonces don Tadeo me ofreció el libro que había guardado bajo la capa, diciendo:

—No ha sido comprendido en el inventario de esta casa, es antiguo, tiene mérito, y se lo ofrezco á usted en memoria de nuestro conocimiento.

—Por mucho mérito que tenga ese libro, le dije, todavía aprecio más la relación que me hizo V. en la azotea de la casa del callejón del Arco. No podré olvidar la confianza que debo á V., y además es una suerte bastante rara hallarse con una historia tan interesante, en vez de una consulta.

Al regresar á Méjico volvió á escoltarnos Pepito, y el licenciado me hizo reparar en algunas caras patibularias que de vez en cuando cruzaban la llanura y en lo que había aumentado la bandada de buitres sobre el cerro; al mismo tiempo me dijo:

—No le invito á V. á que vayamos á ver lo que ocultan aquellas rocas.

—¿Por qué?

—Porque temo que los nervios de V. sean un poco delicados: hay allí un cadáver que se disputan los buitres, y es el de Navaja. Peralta se ha vengado en él, no sabiendo seguramente que á la vez castigaba al asesino del paseo de Bucaseli. Por eso Pepito se ha empeñado en acompañarnos, y yo me propongo hacerle hombre honrado en pago de su solicitud y de su lealtad.

Don Tadeo y yo nos separamos en la Plaza Mayor, prometiendo volver á vernos. Pocos días después me instalé en la casa que acababa de adquirir en Tacuba.

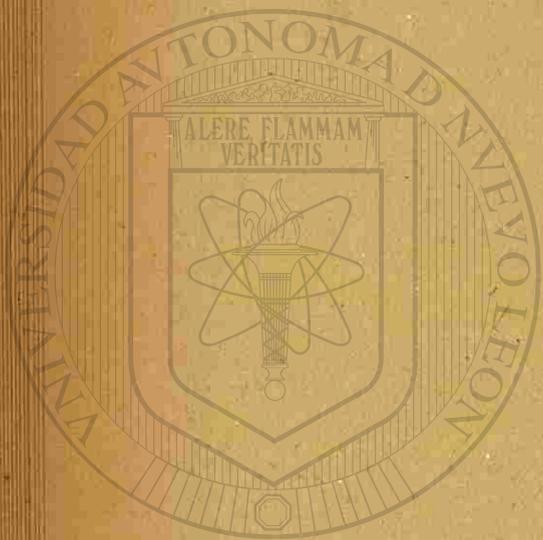
Durante mi ausencia se cerró el garito del callejón. Al cabo de algunas semanas recibí una carta del licenciado despidiéndose para su patria, para España. Entre otras cosas me decía:

«Ha querido seguirme Pepito, casado ya con la hermosa china, que como es buena muchacha, ayudará eficazmente á la conversión de su marido.»

A mi regreso á Méjico el *evangelista* Lucas me confirmó esas noticias. Sentí muchísimo ignorar el paradero de aquel hombre extraordinario, no siendo probable que volviese á Sevilla, de donde una muerte en duelo le había obligado á emigrar á América.

El libro con que me obsequió, el valioso manuscrito de fray Alonso Urbano es el que ofrecí á la Biblioteca Nacional de París.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



REMIGIO VÁZQUEZ

I

El misterioso — En marcha

UNO de los atractivos peculiares de la ciudad de Méjico es la perfecta alineación de sus calles, en las cuales la perspectiva que se presenta á la vista termina generalmente por el fondo azulado de la campiña. Mis miradas se dirigían con frecuencia á las cordilleras que limitan el horizonte, detrás de las cuales al oeste se extiende el Océano Pacífico y al este el Atlántico: el primero me recordaba una de las épocas más azarosas de mi vida y el segundo que bañaba las costas de Francia.

Era una época en que sentía necesidad de lanzarme otra vez á los azares y emociones de la vida errante, eficaces remedios contra la nostalgia. Una noche al entrar en mi casa supe que había estado á buscarme un extranjero para un asunto muy grave de vida ó muerte, según él manifestara. Instado á dar su nombre aquel hombre se obstinó en guardar el incógnito: sin embargo, había dicho que vivía en el mesón de Regina y que volvería al día siguiente.

Habiéndome informado las gentes de la casa del aspecto singular del incógnito, de las numerosas preguntas que hizo, y del cuidado que pusiera en taparse el rostro con los embozos de su capa azul celeste, mi imaginación empezó á preocuparse vivamente del caso. En vano acudí á mis recuerdos; no atinaba quién pudiera ser.

Pasó la mañana siguiente, la tarde estaba ya muy adelantada y el desconocido no parecía.

Acudí al mesón de Regina, situado en una calle céntrica, muy frecuentado por los pasajeros, y, sin embargo, notable por la falta de muebles y de casi todo lo que puede hacer agradable un establecimiento de su género. Dí las señas de mi hombre al posadero, que me dijo:

—Hará media hora que ese caballero ha salido para Cuantitlán, según he oído decir á su criado que vá con él.

—De que color son sus caballos?

—Blanco y bayo.

Un paseo de algunas horas, antes de comer, era cosa muy higiénica, pero antes de lanzarme en pos del misterioso viajero volví á casa para interrogar á mi criado Cecilio. Hacía ya algunos años que este muchacho estaba á mi servicio, y su cara moftetuda y su aspecto, un tanto hipócrita me traían involuntariamente á la memoria la persona de Ambrosio de Lamela en el GIL BLAS.

Las noticias de Cecilio eran hartó insuficientes. Díle orden de que ensillase los caballos, pues inmediatamente saldríamos para Cuantitlán. Cecilio trató de convencerme de la conveniencia de que me fuese solo, por tratarse de un asunto delicado, pero fué inútil su empeño de quedarse en Méjico.

Como debía ser una excursión algo lejos, pues hay seis leguas de Méjico á Cuantitlán, me puse el traje mejicano y bajé á la cuadra á inspeccionar los pre-

parativos. Con gran sorpresa noté que eran estos cual si se tratara de un viaje mucho más largo.

En la grupa del caballo de Cecilio había una maleta bien provista, y del arzón pendía un sable. Había pistolas en mis pistoleras, y de una larga lanza que solía llevar en mis viajes sujeta en el estribo derecho pendía la banderola encarnada. Cecilio me dijo que los alrededores de Méjico estaban infestados de ladrones y que no había que descuidarse.

Descansados nuestros caballos podían salvar en dos horas las seis leguas, y acaso alcanzar á los que seguíamos antes de llegar á Cuantitlán. Emprendimos, pues, la marcha enseguida rápidamente, y yo abrigaba la esperanza de que, al oscurecer, estaríamos de vuelta; pero el caballo de Cecilio no era tan vivo como el mío y llegamos á Cuantitlán sin encontrar á los que buscábamos.

Por unos arrieros averiguamos la posada en donde entrarán. Allí nos dijeron que no habían hecho más que entrar y salir.

—Continuemos andando, dije á Cecilio, en cuyo semblante eché de ver cierta desconfianza, un si es no es burlona. La certeza de ir al alcance de los dos jinetes, porque no había otro camino, me animaba mucho; pero llegó la noche y... nada. A veces en el silencio nocturno me figuraba sentir los pasos del bayo y del blanco; entonces galopaba con ardor, hasta que la soledad y el mismo silencio volvían á desengañarme.

Habíamos recorrido ya doce leguas y era hora de recojernos y dar algún descanso á los caballos. Ví luz en una casita aislada y allá fuimos. El inquilino nos advirtió que los hombres á quienes seguíamos debían haberse detenido á pasar la noche por aquellas inmediaciones; pensé que al día siguiente, madrugando, podríamos alcanzarlos, y por consiguiente pasamos la noche en aquella casita.

Por desdicha el sueño de Cecilio fué muy pesado, y era ya entrado el día cuando nos pusimos en camino. Ya no era hora de retroceder después de haber andado tanto; sentía un impulso secreto que me obligaba á continuar, por más que Cecilio no fuese de mi opinión, y con frecuencia me advirtiera el número de leguas andadas.

Preguntaba con frecuencia por mis viajeros, y todo el mundo los había visto y al parecer debían llevarnos muy poca ventaja; sin embargo, me desaparecían como por arte mágico.

Había dejado ya atrás el desfiladero pedregoso de la Cañada y la hacienda de San Francisco. Al pasar pregunté en los ranchos y en las paradas ordinarias, y todos convenían en que, á corta distancia, delante de nosotros, iban dos jinetes, blanco el caballo del uno, bayo el del otro.

—Seguramente esos dos viajeros tienen el diablo en el cuerpo, dijo Cecilio, y deben ser dos pájaros de mucha cuenta cuando en ninguna parte se detienen.

Sin hacer caso, continué marchando; no quería quedar vencido en tan singular carrera, y á mi curiosidad se unía ya una especie de furor. Por segunda vez desde nuestra salida de Méjico acababa el sol su diaria aparición: los caballos iban ya muy fatigados: por esto al oscurecer del segundo día ví con satisfacción el color encarnado de la hacienda de Arroyo Zarco.



II

La bella mejicana y el joven
de la bandurria

El vasto edificio de Arroyo Zarco es la mitad de piedra labrada y la otra mitad de ladrillos, y está situado casi á la entrada de las fértiles llanuras de Bajío, pero el sitio que ocupa está muy lejos de ofrecer el aspecto risueño que distingue al valle de aquel nombre. El de Arroyo Zarco (azul) de la hacienda proviene de un riachuelo de aguas azuladas que nace bastante cerca.

Un amplio patio cuadrado con pórticos de piedra parecidos á los de un convento viene á ser como el vestíbulo; los cuartos de los viajeros se hallan debajo de las galerías. Más adentro hay otros dos ó tres patios con cuerdas bastante espaciales para alojar cómodamente un regimiento de caballería.

Ni para pocos ni para muchos había otro alojamiento por allí en el espacio de algunas leguas, por lo tanto era muy probado que hallase en él á los viajeros.

Por desdicha el sueño de Cecilio fué muy pesado, y era ya entrado el día cuando nos pusimos en camino. Ya no era hora de retroceder después de haber andado tanto; sentía un impulso secreto que me obligaba á continuar, por más que Cecilio no fuese de mi opinión, y con frecuencia me advirtiera el número de leguas andadas.

Preguntaba con frecuencia por mis viajeros, y todo el mundo los había visto y al parecer debían llevarnos muy poca ventaja; sin embargo, me desaparecían como por arte mágico.

Había dejado ya atrás el desfiladero pedregoso de la Cañada y la hacienda de San Francisco. Al pasar pregunté en los ranchos y en las paradas ordinarias, y todos convenían en que, á corta distancia, delante de nosotros, iban dos jinetes, blanco el caballo del uno, bayo el del otro.

—Seguramente esos dos viajeros tienen el diablo en el cuerpo, dijo Cecilio, y deben ser dos pájaros de mucha cuenta cuando en ninguna parte se detienen.

Sin hacer caso, continué marchando; no quería quedar vencido en tan singular carrera, y á mi curiosidad se unía ya una especie de furor. Por segunda vez desde nuestra salida de Méjico acababa el sol su diaria aparición: los caballos iban ya muy fatigados: por esto al oscurecer del segundo día ví con satisfacción el color encarnado de la hacienda de Arroyo Zarco.



II

La bella mejicana y el joven
de la bandurria

El vasto edificio de Arroyo Zarco es la mitad de piedra labrada y la otra mitad de ladrillos, y está situado casi á la entrada de las fértiles llanuras de Bajío, pero el sitio que ocupa está muy lejos de ofrecer el aspecto risueño que distingue al valle de aquel nombre. El de Arroyo Zarco (azul) de la hacienda proviene de un riachuelo de aguas azuladas que nace bastante cerca.

Un amplio patio cuadrado con pórticos de piedra parecidos á los de un convento viene á ser como el vestíbulo; los cuartos de los viajeros se hallan debajo de las galerías. Más adentro hay otros dos ó tres patios con cuerdas bastante espaciales para alojar cómodamente un regimiento de caballería.

Ni para pocos ni para muchos había otro alojamiento por allí en el espacio de algunas leguas, por lo tanto era muy probado que hallase en él á los viajeros.

Supé que aquella tarde se habían apeado en la hacienda unos cuarenta ginetes, y á falta de otras noticias hube de contentarme con una cortés invitación para visitar las cuadras. Gran número de caballos comían maíz con ardor que indicaba las largas jornadas que habían hecho.

Lancé una exclamación de alegría al distinguir, el uno al lado del otro, un blanco y un bayo. Era un principio de éxito, mas faltaba lo principal: había que preguntar á unos sesenta viajeros, pues este era próximamente el número de caballos que había en las cuadras: la empresa era impracticable y seguramente ridícula.

Cuando me volvía al patio de entrada para dirigirme á mi cuarto entró con gran estrépito un coche tirado por ocho mulas cargado de colchones y escoltado por tres ginetes armados de sable y escopetas. Uno de ellos echó pie á tierra y fué á abrir respetuosamente la portezuela. Primero bajo del coche un hombre de edad madura, le siguió otro más mozo, y detrás saltó una joven que llevaba el traje adoptado por algunas *rancheras* ricas; traje que las sirve para viajar lo mismo á caballo que en coche. Tenía en la mano un sombrero de hombre con alas muy anchas, su capa, ricamente adornada de terciopelo y de galones de plata, no ocultaba del todo ni un talle esbelto ni unos brazos desnudos y dorados por el sol. Su cabeza descubierta mostraba una magnífica diadema de cabellos negros, y sus ojos, no menos negros y menos brillantes, paseaban en torno suyo esa mirada atrevida, peculiar de las mejicanas.

Parecía buscar á alguien entre los curiosos, y á juzgar por su expresión, no debía hallarle.

La noche cerraba á toda prisa. La bella mejicana se había ido ya á su habitación cuando entró en el patio un nuevo viajero, mozo de veinticinco á veintiseis años, alto y bien formado. Aunque pobremente

vestido, llevaba con gracia su ajado traje y un bigotillo retorcido. Su rostro, triste y altivo, se distinguía por una expresión singular de dulzura. Me llamó la atención una bandurria, pendiente á su espalda de un cordón y una espada enmohecida que pendía de la silla de su caballo.

Detrás del flaco caballo que montaba iba otro también ensillado, y el aspecto famélico del jinete y de ambos animales revelaba á las claras las privaciones soportadas en común, una serie de jornadas sin alimento y de noches sin sueño.

El joven llamó al huésped, pero no á voces, como los demás viajeros, se inclinó sobre la silla y le habló al oído en voz baja. El huésped le respondió moviendo la cabeza negativamente. Nublóse la frente del desconocido, dirigió una mirada triste al coche que había llegado antes, y salió otra vez por la puerta de la hacienda. El tipo me interesó, mas ya era tiempo de olvidar los asuntos de los demás y pensar en los míos. Como no era cosa de ir preguntando á más de sesenta viajeros, le dí orden á Cecilio de ensillar los caballos á media noche y de ponerse de centinela en el patio, junto á la puerta de salida; así sería imposible que ningún viajero saliese sin que él lo viera.

Enseguida me dirigí á la cocina, que sirve á la vez de comedor en las posadas mejicanas. En torno de varias mesas había allí comerciantes, militares, arrieros y criados. Tomado un puesto, oí con bastante indiferencia las conversaciones de los compañeros de mesa, las cuales, como de costumbre entre viajeros, se referían á historias de ladrones, de tempestades y de torrentes desbordados.

No oyendo nada que se relacionase con lo que tanto me interesaba, pregunté á la hostelera en voz alta por los viajeros á quienes pertenecían los dos caballos en cuestión. Me respondió que uno de los ginetes era don Tomás Verduzco que había llegado una hora

antes, y que, teniendo mucha prisa para volverse á marchar, únicamente se detuviera á cambiar los caballos, dejando los suyos para llevárselos en otro viaje. Y añadió:

—Aunque me parece extraño que V. tenga nada que ver con él, sé que debe detenerse dos días en Celaya, y le hallará V. en el mesón de Guadalupe, donde suele parar.

En vano traté de obtener más informes. Aquella mujer me dió la callada por respuesta, y salí de la cocina malhumorado, pensando que tenía que andar todavía cuarenta y ocho leguas, si me obstinaba en alcanzar al misterioso viajero. Dí contraorden á Cecilio y, no teniendo sueño, fuí á sentarme fuera de la puerta junto al camino principal.

Brillaba la luna y en el horizonte las colinas empezaban á cubrirse con su manto de nieblas, mientras que en la llanura las emanaciones de la tierra, condensadas por el fresco de la noche, remedaban un lago apacible. Del seno de estos vapores, y á modo de plantas acuáticas, salían los aloes que crecen en aquel suelo pedregoso.

En medio del silencio imponente, en un país inhospitalario, en el cual tantos peligros cercaban al viajero en aquella época, singularmente siendo extranjero, mi empresa me pareció por primera vez lo que era en realidad: una peligrosa locura. Por vez primera también, desde mi salida de Méjico, empezó á faltarme el valor; tomé la resolución de volverme atrás. Ya iba á dirigirme á mi aposento cuando sentí los sonidos de una guitarra; pensé que sería algún palafrenero que así se distraía en el interior de la cuadra, ó acaso algún arriero algo más lejos, pues los sonidos llegaban como cortados por la distancia, y seguidamente se mezcló á ellos una voz bastante sonora.

Gracias al profundo silencio advertí que el canto

era un fragmento del romancero español, si bien por extraño capricho, á aquellos versos heroicos acompañaba el estribillo de un dicho popular que en otro tiempo estuvo en boga en Méjico.

Tal particularidad me sugirió el deseo de ver al músico; me dirigí al ángulo más apartado de la hacienda; á pocos pasos de allí, al pie de una de las colinas que la dominan, había una hoguera á cuyo resplandor se destacaba la figura del músico, y un poco más allá dos caballos que, atados á una larga cuerda, buscaban las escasas yerbas de aquel suelo.

Avancé poco á poco, á fin de no interrumpir al desconocido, pero el rumor de mis pasos me delató, y la música cesó de repente, oyendo yo en su lugar el ruido que hace una espada al salir de la vaina. La aventura se hacía menos agradable de lo que me figuraba.

Detúveme un momento, pero luego continué acercándome sin temor.

Entonces á la luz de las llamas reconocí al joven viajero que tan corta aparición había hecho en el patio de la hacienda.

—¿Quién va? dijo con acento español muy marcado.

—Un amigo, respondí, puede V. envainar la espada, pues vengo solo y sin armas.

La luna iluminaba los objetos en torno mío con bastante claridad para que el español se convenciese de que realmente no llevaba armas, así su espada volvió enseguida á la vaina.

—Perdone V. mi indiscreción, caballero, añadí al entrar dentro del círculo de la luz, me ha guiado aquí un sentimiento de curiosidad. Si no me equivoco, es usted, extranjero, como yo, y por consiguiente casi un amigo.

A pesar de estas explicaciones en la altiva fisonomía del español había aún expresión de desconfianza. Sin embargo, se sentó y con un gesto cortés me invitó á imitarle.

— Soy español, es cierto, pero ¿no se encuentra un español en su país en toda la América? dijo orgullosamente. Ahora me toca á mi el pedirle perdón á usted por haberle tomado por otra cosa, cuando aun no había reparado en su fisonomía...

— ¿Por quién me había tomado V.?

— Por un espía. Sea V. muy bien venido.

Le correspondí con un cigarro, y nos pusimos á fumar con toda la gravedad de guerreros indios, en torno del fuego del consejo, examinándonos recíprocamente entre el mayor silencio.

A la doble claridad de la luna y del fuego se confirmó mi observación primera respecto á las duras privaciones que debieron haber dejado huellas indelebles en la frente del español, pero sin alterar la nobleza de aquella fisonomía varonil.

— ¿Es V. autor de las estrofas que tan indiscretamente he interrumpido, y que, á decir verdad, me causaron sorpresa por su originalidad?

— No; no hice más que acomodarlas á un aire que he compuesto por circunstancias que sería prolijo referir á V.

Esta respuesta me indicaba la probabilidad de una historia sin duda interesante, y resolví ganar la confianza del joven español, revelándole los raros motivos de mi viaje y el desengaño que me obligaba á regresar á Méjico.

— Hay alguna semejanza en nuestra posición, me dijo; yo, como V., he emprendido una obra sin nombre, mas no quiera Dios que tenga V. que pasar por las pruebas que yo he pasado.

— Hable V.: me gustan las conversaciones bajo la bóveda del cielo y al resplandor de un fuego como este.

— Pues sea: empezaré por decir á V. que soy vizcaíno, y noble, pero no por ningún privilegio, sino por la descendencia de larga línea de antepasados

que reconocían á Lope de Churria como jefe de su antigua raza. Mi nombre es don Santiago Villalobos, pero uso aquí otro, para no profanarle. Ya sabe usted mi nombre, caballero. Ahora le diré lo que he hecho.

Había en este exordio cierta arrogancia á lo Cid, que no me disgustó. Era como una estrofa inédita añadida al Romancero cuyos versos cantara un pcco antes el noble vizcaíno. Luego con más sencillez continuó:

— Por desgracia era tan pobre como noble. En mi infancia más de una vez desperté al soplo helado del viento que penetraba casi sin obstáculo en el ruinoso castillo que habitaba con mi madre: el hambre me hacía olvidar el frío. Así llegué á la edad viril; á causa de mi cuna ni podía emprender un oficio manual ni aceptar un destinillo. Para entrar en el ejército tenía que abandonar á mi anciana madre: sin embargo, como no podía permanecer indiferente cuando la guerra civil estalló en las provincias vascongadas. No sé si sabrá V. que don Carlos se olvidaba con frecuencia de pagar á sus tropas; todo lo que gané en su servicio fué el que continúe debiéndome muchas pagas de oficial.

Al regreso al hogar lo encontré más arruinado que nunca y á mi madre muy abatida bajo el doble peso de la edad y de la miseria. Una noche un buhonero vino á pedirnos abrigo y por él supe que un compatriota se había casado en Nueva España con una mujer muy rica.

— ¿Qué extraño fuera, dijo, que un joven como usted tuviese allá igual suerte? En Méjico la aspiración de las mujeres se reasume en esto:

«Camisas de Bretaña
y dinero de España.»

En mi posición no tenía otro recurso, y me resolví á probar fortuna, haciendo participar de mis esperan-

zas á mi madre. Una cantidad á cuenta de mis pagas atrasadas me permitió tomar pasaje á bordo de un buque, que salía de Bilbao; yo por mí no tenía codicia, pero por librar á mi madre de la miseria aun hubiera ido más lejos. Hace un año llegué á Veracruz; frecuenté asiduamente las iglesias, únicos lugares donde es fácil ver á las veracruzanas, pero ninguna se dignó fijar en mí su atención. Comprendí que, no sitiando una ventana, perdería el tiempo inútilmente.

Recurrí á la música, y compré esa bandurria. Por desgracia, si bien pasaba por músico algo más que mediano, no era bastante poeta para componer una serenata, y me ví obligado á apelar á una estrofa del Romancero, á lo que ha oído V.

El español se puso á fumar otra vez, como quien acaba de desempeñar concienzudamente una tarea, y guardó silencio.

—¿Y sigue V. soltero? le pregunté, sorprendido de un final tan pronto.

—Y á pesar del empeño de una especie de dueña que llevaba camisas de Bretaña ya cuarenta años, pero que no pasaba de eso. Como V. comprende yo había venido á este país en busca de una mujer bella y rica, pero joven.

—¡Ahl Don Santiago, en los cálculos de V. hay un error de medio siglo. Cincuenta años antes un caballero de la figura de V. hubiese tenido noventa y nueve probabilidades sobre ciento de hacer un casamiento ventajosísimo, pero me temo que eso haya pasado ya.

El vizcaino sonrió, ignoro si en reconocimiento por mi lisonja, ó por incredulidad respecto á mi pronóstico. Viendo que callaba continué:

—Puesto que ha sido V. tan franco é indulgente conmigo me permitirá que le pregunte en donde diáblo ha cenado esta noche.

A estas palabras nublóse la frente del español y

temí haber abusado de los derechos de una estimación demasiado reciente; pero por más que el joven fuera orgulloso era también demasiado caballero para avergonzarse de ser pobre.

—Aquí, por vida mía, respondió con plácida sonrisa, y aun puedo ofrecer á V. parte de mi cena.

Y me dió un cigarrillo.

—¡Cómol! ¿Es ésta la cena de V.? Vamos, que un pitillo no ha de servir de colación al último vástago de una familia ilustre. Yo hoy me fumé más de una docena, y, sin embargo, luego he cenado perfectamente.

Palabras tales debieron agotar la resignación del pobre hidalgo. Guardó triste silencio, y poco después, cual si quisiera librarse de un huésped importuno, me dijo con dignidad muy natural:

—Caballero: he dado á V. la única cosa que puedo en este mundo: buena acogida á mi lado: use V. de ella como le plazca, pero después de una jornada larga y fatigosa siento necesidad de descanso. Dios le guarde á V.

Hablando así avivó el fuego y se tendió envuelto en su manta, con la cual se tapó la cara, después de hacerme un gesto de despedida; desde aquel instante permaneció inmóvil. Eché entonces una mirada alrededor. Más afortunados que su amo y medio ocultos por la fría niebla de la noche, los dos caballos comían al menos la yerba marchita de aquel suelo pedregoso. Inclíneme con respeto y con el corazón lleno de dolor ante esa honda miseria tan dignamente soportada.

—Don Santiago, le dije, tengo que dar á V. las gracias por sus atenciones y á la vez hacerle una proposición que por mi alma y mi honor le juro que me honraría mucho si la aceptase. Suplico á V. que venga á hacerme compañía en el cuarto que tengo pagado.

Conmovido el joven se incorporó, sus hermosos ojos brillaban en su rostro pálido. Después de vacilar un momento dijo estrechándome la mano:

—Acepto: me hace V. un favor que no o'vidaré nunca. Ahora puedo decir á V. que en vano he solicitado del posadero esa hospitalidad que mi pobreza no me permite pagar, y que sin embargo hubiera comprado al precio de mi sangre únicamente por esta noche.

Tal respuesta era un nuevo incentivo á mi curiosidad; pero don Santiago iba á ser mi huésped y esto me prohibía toda pregunta. Tomamos los dos caballos por la brida, y sin pronunciar una palabra más nos encaminamos á la hacienda.



III

El rapto

DESPUÉS de instalar en mi cuarto á mi nuevo compañero salí diciendo que iba á ver mis caballos, y mandé á Cecilio que fuese por una cena suficiente para dos personas. Volviendo yo á cenar, aunque apenas tocaba los platos, le obligué mejor á acompañarme.

Cecilio, de pie detrás de nosotros, se asombraba del apetito de mi huésped, desarrollado por un ayuno de muchas horas. Al acabar dije:

—Ahora, si la proximidad de una joven y encantadora viajera, cuyo cuarto esta tocando con este, no le impide á V. dormir, creo que hará muy bien en imitarme.

Y me tendí liado en mi manta.

—Bueno, dijo el español, pero acaso, antes de dormirse, no le disgustará á V. oír un poco mi bandurria.

—Está V. en su casa, pero supongo que no se ofenderá, si me duermo escuchándole.

Y á pesar de la dureza de la cama pronto no oí más que sonidos confusos, y por último nada.

Conmovido el joven se incorporó, sus hermosos ojos brillaban en su rostro pálido. Después de vacilar un momento dijo estrechándome la mano:

—Acepto: me hace V. un favor que no o'vidaré nunca. Ahora puedo decir á V. que en vano he solicitado del posadero esa hospitalidad que mi pobreza no me permite pagar, y que sin embargo hubiera comprado al precio de mi sangre únicamente por esta noche.

Tal respuesta era un nuevo incentivo á mi curiosidad; pero don Santiago iba á ser mi huésped y esto me prohibía toda pregunta. Tomamos los dos caballos por la brida, y sin pronunciar una palabra más nos encaminamos á la hacienda.



III

El rapto

DESPUÉS de instalar en mi cuarto á mi nuevo compañero salí diciendo que iba á ver mis caballos, y mandé á Cecilio que fuese por una cena suficiente para dos personas. Volviendo yo á cenar, aunque apenas tocaba los platos, le obligué mejor á acompañarme.

Cecilio, de pie detrás de nosotros, se asombraba del apetito de mi huésped, desarrollado por un ayuno de muchas horas. Al acabar dije:

—Ahora, si la proximidad de una joven y encantadora viajera, cuyo cuarto esta tocando con este, no le impide á V. dormir, creo que hará muy bien en imitarme.

Y me tendí liado en mi manta.

—Bueno, dijo el español, pero acaso, antes de dormirse, no le disgustará á V. oír un poco mi bandurria.

—Está V. en su casa, pero supongo que no se ofenderá, si me duermo escuchándole.

Y á pesar de la dureza de la cama pronto no oí más que sonidos confusos, y por último nada.

Desperté sobresaltado bajo la impresión de un fresco desagradable. La larga y delgada vela despedía sus últimos fulgores en el cuarto, y advertí que me hallaba solo. El español había desaparecido y por la puerta un poco entreabierta, penetraba el aire frío que me había despertado. Púsemme á escuchar. Un profundo silencio había sucedido á los últimos rumores de la vasta hacienda y solo se oía el lejano canto del gallo.

Sorprendido por la desaparición de mi compañero me levanté para cerrar la puerta, dirigiendo una mirada al patio. A pesar de la oscuridad me pareció descubrir dos sombras medio ocultas detrás de una columna. Una de ellas era la de don Santiago, que hablaba en voz muy baja; la otra me era desconocida, pero por la dulzura de la voz que, aun cuando velada por la prudencia, se elevaba como una tenue y suavísima melodía, conocí bien pronto que allí había una mujer.

Había visto ya lo bastante y empujé la puerta despacio. Al chirrido de los goznes enmohecidos observé una sombra ligera que desapareció tras de otra columna más apartada. Don Santiago vino corriendo hacia mí.

—Ha sorprendido V. un secreto, me dijo, que más pronto ó más tarde averiguaría: preferible es que se lo revele ahora. Además hablaba de V. con ella. ¿No es á V. á quien debo una de las horas más dichosas de mi vida?

Me hizo en pocas palabras el relato de una historia de amor empezada seis meses antes bajo los árboles de la alameda: se trataba de proyectos de unión contrariados por la desigualdad de fortuna, de tentativas de fuga frustradas por vigilancia continua. Se había enamorado de ella solo por su hermosura, antes de saber que fuese rica. El padre se la llevaba á una de las haciendas que poseía en el interior del país, pero

don Santiago los seguía con sus dos caballos prevenidos para su nuevo proyecto de fuga.

El pobre joven á la tercera jornada se había quedado sin recursos, y no pudo alojarse en Arroyo Zarco; pero vencida esa dificultad, gracias á nuestro encuentro, todo estaba dispuesto para que huyesen á Guanajato.

Allí el español confiaría á la novia á una parienta lejana que la ocultaría en un convento hasta que, celebrada la boda, les fuese fácil pasar á España. El proyecto de él era que yo los acompañase, dejando á mi criado en la hacienda y llevándonos su caballo. El posadero, viendo salir tres bultos de hombre, como habíamos entrado nada sospecharía.

Había tanta elocuencia en la mirada suplicante del enamorado que ya me decidía á engolfarme en la nueva aventura, más la reflexión me contuvo. Él salió de mi cuarto suspirando, y pocos minutos después volvió á entrar acompañado de ella. Se nombraba doña Luz, y á fé que merecía el nombre. Envolvía su cabeza y su rostro un rebocino con toda la elegancia mejicana: los pliegues del velo de seda solamente dejaban ver una trenza de cabello lustroso como el azabache y una frente algo coloreada por el rubor; bajo los arcos de sus negras cejas brillaban dos ojos magníficos velados por largas pestañas. Con aquella voz armoniosa que poco antes me había encantado me dijo:

—¡Cuánto le agradecería á V., caballero, que consintiese en prestarnos su ayuda! Considere V. que, aunque nos la niegue, no cambiará una resolución que es inquebrantable, aunque me cause rubor el decirlo.

Esta súplica y la mirada de que la acompañó me desarmaron: me limité á balbucear algunas palabras de prudencia y deber, y el español me interrumpió diciendo:

—La presencia de V. puede evitar una gran des-

gracia porque así no se atreverán á perseguirnos: la amo tanto que la mataría y moriríamos juntos, antes que consentir que me la arrebatasen.

Orgullosa y reconocida á la vez por ese arranque de pasión, la encantadora joven premió á su amante con una de esas miradas ardientes que la naturaleza criolla no puede contener mucho tiempo. Después, tendiéndome una mano incomparable por lo linda, me dijo:

—¿No es verdad que consiente V?

Los instantes eran preciosos; era ya media noche y me faltaba el valor para una segunda negativa. Trasladar las sillas y las maletas á la cuadra para preparar los caballos sin llamar la atención, fué obra de un momento. Reinaba oscuridad profunda y tuvimos que buscar nuestros caballos con la luz de los cigarros.

—¡Hola! amigo, me dijo boztezando uno de los cocheros que dormían allí; parece que se pone V. en camino muy temprano.

—Me espera hoy una jornada muy larga, respondí.

Nos arreglamos á tientas sin más interrupciones, arreglando lo mejor que pudimos el segundo caballo, para la novia. Faltaba advertir á Cecilio del papel que debía desempeñar en nuestra ausencia, y me dirigí al cuarto que ocupaba. El pobre muchacho dormía á pierna suelta, de modo que me costó trabajo despertarle.

—Escucha, le dije. Es preciso que continúes durmiendo así hasta las diez de la mañana, si te es posible, y sinó no salgas del cuarto. Razones poderosísimas exigen que nadie en la hacienda sospeche tu presencia en ella hasta dicha hora. Entonces te deslizarás fuera con cautela, sin que te vean, lo cual te ha de ser tanto más fácil cuanto que me llevo tu caballo y tendrás que irte á pie. Tomarás el camino de Celaya, y aunque tuvieses que andar todo el día, vé á encontrarme á la posada de la Soledad, que allí te aguardaré.

—Cumpliré las órdenes de V., señor, dijo Cecilio con pesar, sorprendido por tan inesperada peripecia.

Mis dos compañeros de fuga estaban ya á caballo cuando me reuní con ellos. D. Santiago parecía tirar con el frío de la noche, y ella, con la cabeza envuelta en su velo de seda bajo el sombrero y la capa colocada al revés sobre sus hombros, estaba suficientemente disfrazada. Sin embargo, reprimidos sollozos revelaban su violenta conmoción. Comprendí los sentimientos que la agitaban, y no pude menos de dirigir una mirada hacia el cuarto donde dormía su padre.

En este instante solemne vibró en el corazón del amante la generosidad castellana con toda su fuerza.

—Lucecita, la dijo, si no quieres abandonar á tu padre, todavía estás á tiempo.

Restituida por aquella voz al sentimiento que dominaba todo su ser, la hermosa mejicana se estremeció y el universo desapareció ante sus ojos. Tomando la mano de don Santiago y llevándola á sus labios con la sumisión apasionada de una esclava del Oriente, dijo con voz dulce y firme:

—Partamos.

A esta voz suprema de la pasión se desvanecieron mis últimos escrúpulos, y atravesamos el patio silenciosamente. El posadero dormía en el suelo, atravesado delante de la puerta; toquéle con la punta de mi lanza, sin hablarle, y se levantó con la prontitud maquina de un hombre acostumbrado á que le despertaran á cada momento.

—¿Tan temprano? gruñó recibiendo el precio de nuestras habitaciones. ¿Y ese caballero también con sus dos caballos?

—Sí, le respondí; este caballero, mi criado y yo debemos estar en la hacienda de San Francisco antes de amanecer.

—Feliz viaje, repuso abriendo la puerta, y enseguida volvió á cerrarla detrás de nosotros.

CAPITULO ANTES DE LA FUGA

Seguimos un breve rato el camino de Méjico, por la falsa indicación que acababa de hacerle al posadero, pero luego torcimos hacia Celaya, esto es, tomamos un camino opuesto, después de un rodeo para no pasar por delante de la hacienda. Cubría la llanura á lo lejos una niebla húmeda y glacial, pero de vez en cuando el viento de la noche abría brecha en sus vapores y entonces aparecía el suelo cubierto de una blanca capa de escarcha.

Nuestros caballos hendían impetuosamente la niebla; yo, si bien participaba de la impaciencia febril de la pareja que me acompañaba, no podía librarme de cierta emoción, comparando el porvenir dudoso hacia el cual se precipitaban ciegos y apasionados á esos vapores densos que á nuestros ojos ocultaban el horizonte y el camino.

Solo moderamos un poco el paso cuando una luz parduzca empezó á iluminar los objetos en torno nuestro, mientras una línea blanca sobre las colinas cubiertas todavía de niebla nos anunciaba el alba.

—Detengámonos un instante, dije á don Santiago, descansarán un poco nuestros caballos, y entretanto echaré pié á tierra para escuchar si alguien nos sigue.

Habíamos andado unas ocho leguas en el mayor silencio, porque nuestra situación era de esas en que las emociones no permitían hablar. Con el oído pegado al suelo escuché ansiosamente si alguna pulsación subterránea señalaba el galope de probables perseguidores. Ningún eco se percibía bajo la tierra; la llanura debía estar desierta á larga distancia. Entonces me senté sobre la yerba é invité á mis compañeros á que me imitasen.

Igual que desaparecía la niebla á los primeros rayos del sol, lo mismo se desvanecía la inquietud de los amantes, dando cabida en sus corazones á la confianza y á una delirante exaltación. Apenas la joven echó pié á tierra, cuando obediente al impulso irrisis-

tible de su naturaleza americana, estrechó en sus brazos al que en lo sucesivo sustituía para ella al mundo entero, que por él había olvidado. La frente melancólica y marchita del español pareció radiar un momento, á esas caricias apasionadas; después, cediendo á una emoción demasiado viva, palideció; se bamboleó y cerró los ojos. Doña Luz lanzó un grito desgarrador.

—No tema V., la dije, la felicidad no mata.

Depositó suavemente sobre la yerba á don Santiago, que permanecía inmóvil, en tanto que doña Luz, arrodillada junto á él, inundaba su rostro de lágrimas. Remedio tan dulce hízole volver pronto en sí. D. Santiago entonces vino hacia mí, mientras la interesante criolla ocultaba su semblante entre las manos, mezcla singular de pasión y de pudor que daba mayor encanto á su belleza.

—No pase V. de aquí, me dijo él; ha hecho V. ya demasiado por nosotros, y no quiero abusar más de su bondad. Pero antes de separarnos tengo que pedir á V. otro favor, y es que cambiemos nuestras capas; la de V. será para mí una garantía de seguridad.

Accedí y efectuamos el cambio.

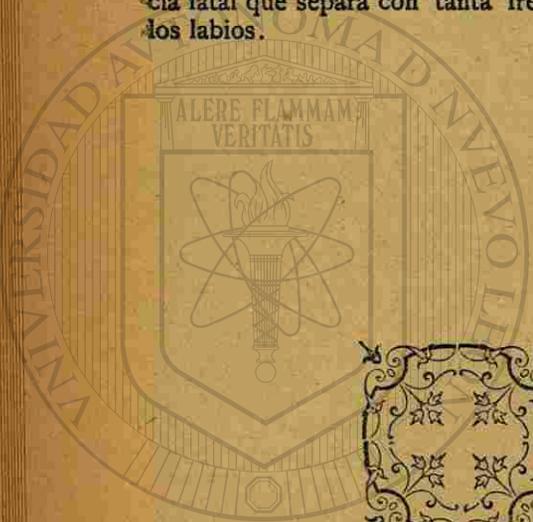
—No ganará V. en el trato, continuó don Santiago sonriendo, pero me presta un gran servicio. Si la casualidad le lleva á V. Guanajato celebraría mucho que volviésemos á vernos. Permaneceré allí quince días en una de las posadas de la ciudad, y allí quisiera dar á V. una muestra del reconocimiento que conservaré toda mi vida.

Era el momento de separarnos. Ayudó él á doña Luz á subir al caballo, montó en el suyo de un salto y desatando la bandurria suspendida al arzón me la ofreció diciendo:

—Tómela V. y guárdela como una memoria mía. Durante mucho tiempo han constituido toda mi for-

tuna la esperanza y ese instrumento. Hoy Dios me da la realidad.

Y me tendió su mano brillando lágrimas en sus ojos. Doña Luz me pagó con su sonrisa mucho más de lo que me debía y ambos se alejaron. Seguí con la vista pensando involuntariamente en la distancia fatal que separa con tanta frecuencia la copa de los labios.



IV

Quid pro quo peligroso

SOLO, en la desierta llanura del Cazadero estube un buen rato sin saber que hacer, pues me hallaba a distancia considerable de lugares habitados. Pensé en volver grupa y meterme otra vez en Arroyo Zarco, pero esto no era conciliable con la cita que había dado á Cecilio en la posada de la Soledad; una jornada de diez leguas, que recorrí sin tropiezo.

El posadero, al verme con una bandurria á guisa de bandolera, me tomó por un viajero de buen humor, y me habló de lo muy aficionado que era á la música, cual si tuviese grandes deseos de oirme. Tuve que responderle con una negativa formal y me instalé en la habitación más retirada de la casa. ®

Al oscurecer llegó Cecilio. Nada de particular me contó. A las once, hora en que salió de Arroyo Zarco, reinaba allá calma completa.

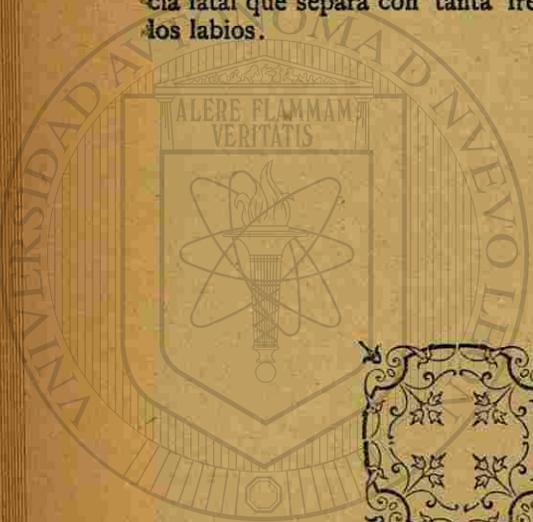
Esta noticia me tranquilizó acerca de la suerte de los fugitivos y resolví pasar la noche en aquel sitio.

El pobre Cecilio, que había andado diez leguas á

CAPÍTULO ALPARRA

tuna la esperanza y ese instrumento. Hoy Dios me da la realidad.

Y me tendió su mano brillando lágrimas en sus ojos. Doña Luz me pagó con su sonrisa mucho más de lo que me debía y ambos se alejaron. Seguí con la vista pensando involuntariamente en la distancia fatal que separa con tanta frecuencia la copa de los labios.



IV

Quid pro quo peligroso

SOLO, en la desierta llanura del Cazadero estube un buen rato sin saber que hacer, pues me hallaba á distancia considerable de lugares habitados. Pensé en volver grupa y meterme otra vez en Arroyo Zarco, pero esto no era conciliable con la cita que había dado á Cecilio en la posada de la Soledad; una jornada de diez leguas, que recorrí sin tropiezo.

El posadero, al verme con una bandurria á guisa de bandolera, me tomó por un viajero de buen humor, y me habló de lo muy aficionado que era á la música, cual si tuviese grandes deseos de oirme. Tuve que responderle con una negativa formal y me instalé en la habitación más retirada de la casa. ®

Al oscurecer llegó Cecilio. Nada de particular me contó. A las once, hora en que salió de Arroyo Zarco, reinaba allá calma completa.

Esta noticia me tranquilizó acerca de la suerte de los fugitivos y resolví pasar la noche en aquel sitio.

El pobre Cecilio, que había andado diez leguas á

CAPÍTULO ALPARRA

pie, no podía tenerse, y yo mismo necesitaba reparar mis fuerzas para reanudar al día siguiente mis investigaciones.

A la madrugada siguiente galopábamos por el camino de Celaya, en donde esperábamos hallar á don Tomás. Era un viaje de dos jornadas en las cuales tropezamos con las mismas dificultades y contratiempos que en la primera parte de esta extraña excursión. En todas la posadas donde nos deteníamos don Tomás nos llevaba algunas horas de delantera. Cuando llegué á Celaya y me apeé en el mesón de Guadalupe Cecilio registraba setenta leguas andadas desde nuestra salida de Méjico.

Pero en Celaya, como en Arroyo Zarco don Tomás se me escapó por un retraso que no llegaba á media hora. Hacía poco que saliera para Yrapuato, y por consiguiente nos pusimos en seguida en camino para ese punto. Nadie había visto á don Tomás en la única posada del pueblo, y sin embargo, era conocido puesto que el posadero me dijo que era propietario y habitaba una casa aislada al pie del Cerro del Gigante.

—¿En dónde está ese Cerro?

—Es la montaña más alta de la sierra que domina á Guanajuato. Si V. se pone mañana al amanecer llegará á la puesta del sol á casa de la persona que busca.

Yrapuato dista noventa leguas de Méjico y para llegar á Guanajuato aun tenía que andar unas veinte leguas. Además de la seguridad de encontrar allí á don Tomás me impulsaba en esa dirección el recuerdo de mi amigo el español y de su amada.

El camino de Guanajuato serpentea á lo largo de un barranco interminable; faltaba ya poco para ponerse el sol cuando llegué á aquella ciudad, cuyas escarpadas calles crucé aprisa para llegar cuanto antes al Cerro Este trozo de camino estaba cortado por

multitud de barrancos, y bien pronto tuve que arrepentirme de seguirlo. A medida que adelantábamos la naturaleza aparecía más agreste y hasta repulsiva: torrentes que rugían al precipitarse contra las peñas y algunos cuervos que graznaban sobre nosotros bastarían á contener á cualquiera, y á aconsejarle á retroceder.

—¡Ahl señor, me dijo Cecilio, este sitio me parece una guarida de asesinos, y lo menos mal que puede ocurrirnos es que nos perdamos en tal laberinto.

Aun conociendo lo verosímil de la observación de mi criado, como no había perdido el camino resolví seguir. El Cerro del Gigante, que me había parecido tan próximo, se alzaba siempre á la misma distancia, con una aureola de púrpura y dominando las cumbres vecinas con sombría majestad.

—Señor, continuó Cecilio, un vago presentimiento me dice que nos hemos metido en una aventura peligrosa. ¿Quién puede ser ese don Tomás que todo el mundo conoce en el camino y al cual, sin embargo, no podemos alcanzar nunca? Algún jefe de bandidos que tiene poderosos motivos para escurrir así el bulto. Temo que estos desfiladeros no estén tan desiertos como parecen. ¡Dios mío! diría que he visto el cañón de una carabina por entre los árboles de allá arriba.

Miré y no ví más que espesos matorrales que coronaban la cúspide. Afecté reirme de los temores de mi criado cuando, en medio del silencio, me pareció sentir que preparaban un arma de fuego. No era posible correr porque los caballos tenían que andar muy despacio entre aquellos barrancos.

De repente surgió allá un resplandor y un agudo silbido hirió nuestros oídos, resonando la detonación, seguida del ruido seco de la bala que se aplasta contra una roca.

—¡Ahl tunante, no te he acertado, dijo una voz que parecía salir de la cumbre del cerro,

CAPITULO ALTO

Un girón de la banderola de mi lanza me demostraba que yo había servido de blanco.

—Cecilio: trepemos á esa altura, cada uno por un lado, á ver si cojemos á ese canalla que tanto siento no haberme acertado.

—Señor: el deber de un buen criado es no separarse de su amo en estas circunstancias críticas.

Llegué á la cima, pero no descubrí á nadie en cuanto alcanzaba mi vista. Como ya no era cosa de volver atrás, lo menos imprudente era continuar mi marcha por la cordillera. Descubrí á cierta distancia un edificio grande con varias chimeneas; al parecer estaba deshabitado. Al aproximarme, su lastimoso estado me reveló una fábrica abandonada.

Al ir á asegurarnos de eso llegaba un jinete á escape con una carabina en la mano. Detúvose de pronto y me miró unos momentos con aire de duda y de temor. Luego dijo soltando una estrepitosa carcajada:

—¿Con que no es V. Remigio Vázquez?

—No, que yo sepa, respondí.

—¡Ahl caballero; cuantos perdones tengo que pedir á V.! Creí tirar á Remigio Vazquez. ¡Suerte ha sido la de V., errarle á veinte pasos cuando he apuntado tan bien! Le salvó á V. un movimiento repentino que ha hecho al tocar yo el gatillo. ¡Crea usted que lo siento vivamente!

—¿El no haberme dado? No hablemos más de este asunto, porque podría yo caer en la tentación de desquitarme, disparando á V. á boca de jarro.

—¿Y de que se había de desquitar V.? replicó en tono serio. Le creía mi enemigo y me engañaba; he disparado sobre V., sin acertarle: todo esto se compensa perfectamente y juro á V. que no le deseo ningún mal.

Le pregunté á que distancia me encontraba del Cerro del Gigante.

—Una buena carabina pondría allí una bala disparada desde este sitio, pero como debe V. flanquear barrancos y dar otros rodeos, le quedan todavía dos horas de marcha. Por esto y porque va á echarse encima la noche le ofrezco á V. hospitalidad bajo mi techo en prueba de que no le tengo odio.

El aspecto desmantelado de la casa me prometía muy pobre hospitalidad, pero la oferta parecía franca.

Además, siendo yo un viajero poco tentador para los ladrones, por mi insignificante equipaje, no debía vacilar en aceptarla.

Echamos pie á tierra, entré en la casa, y mientras él ayudaba á Cecilio á desensillar los caballos, advertí, juzgando por los instrumentos que encontraba, que la fábrica debía ser lo que se llama una *hacienda de beneficio*, en donde se da la última labor á la plata extraída de las minas.

Mi nuevo huesped, después de encender una antorcha de minero, me dijo que me considerara en su casa.

Pero indudablemente la miseria había sentado allí sus reales: observé con inquietud que no había el menor preparativo de cena. Sentéme enfrente de mi huesped, y para no mostrar impaciencia le pregunté el uso de aquellos instrumentos; pero el tiempo pasaba y... nada. Al fin le dije:

—Tengo mucho apetito.

—Y yo también, respondió gravemente.

Todavía fui más explícito, añadiendo:

—¿A qué hora acostumbra V. á cenar? Para mí cualquiera es buena, cuando tengo gana, cual ahora me ocurre.

—También á mí me es indiferente la hora, pero hoy no ceno.

Por suerte Cecilio había comprado algunos metros

de carne seca (1) y, cambiándose los papeles, pude ofrecer una cena frugal á aquel singular anfitrión, que no se hizo de rogar. Al terminarls, le dije:

—He averiguado, con exposición de mi persona, que existe en el mundo un tal Remigio Vázquez, á quien no cuenta V. entre sus amigos. ¿Se puede saber qué le ha hecho?

—Hasta ahora no me ha hecho nada; he disparado mi carabina contra él, esto es, contra V., por pura precaución y para evitar que me haga daño.

Enseguida Florencio Planillas, que así se llamaba mi huésped, entró en extensos pormenores acerca de sus asuntos. Era uno de esos mineros obstinados, que pasan la vida luchando, con la esperanza de lograr la fortuna y que, como los jugadores desgraciados, se creen con frecuencia próximos á la riqueza, sin que los desengaños les curen de su manía. Era su historia como la de otros muchos: primero dueño de rica mina de plata, luego de una *hacienda de beneficio* floreciente, había visto terminar su filón en *borrasca* (2), y la falta de capital le había obligado á suspender las operaciones de sus talleres metalúrgicos. En Méjico una mina así abandonada puede ser propiedad del que denuncie la paralización de los trabajos. Esto constituía para él una amenaza perpetua; su azorado espíritu le hacía ver en todas partes á un rival pronto á despojarle, cuando un desconocido vino á decirle que había llegado á Guanajuato un sujeto llamado Remigio Vázquez, con la intención de aprovecharse de la suspensión de las labores: golpe rudo para Florencio; uno de esos casos en que los

(1) En las carnicerías de Méjico suele haber carne en forma de tiras, las cuales ponen á secar, vendiéndolas después como la cinta.

(2) Esta es la palabra que usan los mineros para expresar cuando los trabajos son estériles.

mejicanos apelan al cuchillo, y él había jurado la muerte de Remigio.

—No le he visto aún, continuó, pero me han dado tales señas de él, que no se me escapará. Todo el día de hoy le he buscado en vano en Guanajuato, hasta que hace poco, engañado por la escasa luz y por la semejanza de la capa de V., he creído que era él y que llevaba su audacia al extremo de venir á explorar estos sitios. Hasta verle á V. de cerca no salí de mi error; pero otra vez, si le encuentro á él me serviré del cuchillo. *El cuchillo ni suena ni truena*, como dice mi amigo Tomás Verdugo.

—¿Querrá V. decir Verdusco?

—¿Le conoce V.? Si que es Verdusco su apellido, pero se le llama Verdugo porque suele hacer justicia por sí mismo en lo que llama *asuntos de conciencia*.

Y hé aquí de que modo la casualidad me proporcionaba noticias harto interesantes. Fingiendo cierta indiferencia, pregunté á Planillas si realmente don Tomás merecía aquel apellido.

—¡Bah! esas son cosas acerca de las cuales no se lleva cuenta muy exacta.

El señor Verdusco no es egoísta, y no siempre mata por su propia cuenta: con tal que se le den razones *sólidas* (y acentuó esta palabra con ironía) se le encuentra siempre dispuesto á prestar sus servicios. Esta mañana me lo decía aquí mismo.

—¡Diablo! don Tomás es persona apreciableísima y anhelo conocerle.

A pesar de esta baladronada mi ardiente deseo de alcanzar al misterioso personaje se había disipado como el humo. Ya no debía retroceder, pero hacía fervientes votos por no encontrarle en su casa.

La noche terminó sin novedad, y á la madrugada continué mi marcha hacia allá. Armado con mi lanza y escoltado por Cecilio, me parecía á Don Quijote seguido de su escudero, en busca de aventuras. Es-

taba convencido de que no tendría asunto alguno que ventilar con el tal don Tomás; deploraba haber seguido la pista durante seis días á un matachín mejicano, pero podía haber en el fondo de esto algún *quid pro quo* peligroso. Los *bravos* de Méjico, cual los de todos lo países donde se explota ese temible oficio, principian por asesinar, salvo el reconocer luego su error y hacerse pagar por segunda vez.

Esto pensando llegué á una casa de buena apariencia al pie del Cerro.

Cerca de la puerta murmuraba un arroyo al que daban sombra algunos sicomoros. Era la misma casa que me había descrito Florencio.

Junto á la puerta un criado limpiaba un caballo de sorprendente belleza. Preguntéle si estaba visible el señor Verduzco.

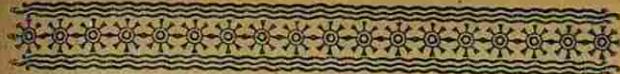
—No señor: En cuanto llegó anoche le enviaron á buscar de Guanajuato para un asunto urgente que no le permitirá volver hasta dentro de tres días, y tal vez entonces tenga que salir enseguida.

—¿Y para que punto?

—Lo ignoro, respondió el criado secamente. No quise saber más, y volví grupas.



DIRECCIÓN GENERAL



V

Lo inevitable

DE regreso en Guanajuato pregunté por la posada más económica y allí encontré á mi don Santiago Villalobos. Me estrechó en sus brazos y le pregunté lo que le había ocurrido desde nuestra separación. Me dijo que se habían realizado sus fervientes votos. Un cura, que le proporcionó la parienta de doña Luz, los había casado sin dificultad y, celebrada la ceremonia la joven había entrado en un convento detrás de cuya reja podía verla diariamente. Solo aguardaban el momento en que las diligencias practicadas por don Santiago les permitieran salir de Méjico. Sin embargo, una circunstancia le inspiraba inquietud: creía haber visto la noche antes en la calle á uno de los criados que acompañaban al padre de su Luz en la hacienda de Arroyo Zarco.

—Pero como creo ver por todas partes figuras de traidores y espías, añadió en tono alegre, quizás me equivoque, y en realidad me busquen lejos de aquí. ¿Y V. ha logrado al fin dar con don Tomás Verduzco?

CAPITULO ALFONSO
BIBLIOTECA

taba convencido de que no tendría asunto alguno que ventilar con el tal don Tomás; deploraba haber seguido la pista durante seis días á un matachín mejicano, pero podía haber en el fondo de esto algún *quid pro quo* peligroso. Los *bravos* de Méjico, cual los de todos lo países donde se explota ese temible oficio, principian por asesinar, salvo el reconocer luego su error y hacerse pagar por segunda vez.

Esto pensando llegué á una casa de buena apariencia al pie del Cerro.

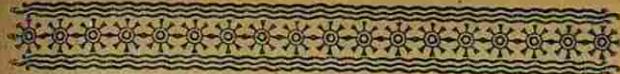
Cerca de la puerta murmuraba un arroyo al que daban sombra algunos sicomoros. Era la misma casa que me había descrito Florencio.

Junto á la puerta un criado limpiaba un caballo de sorprendente belleza. Preguntéle si estaba visible el señor Verduzco.

—No señor: En cuanto llegó anoche le enviaron á buscar de Guanajuato para un asunto urgente que no le permitirá volver hasta dentro de tres días, y tal vez entonces tenga que salir enseguida.

—¿Y para que punto?

—Lo ignoro, respondió el criado secamente. No quise saber más, y volví grupas.



V

Lo inevitable

DE regreso en Guanajuato pregunté por la posada más económica y allí encontré á mi don Santiago Villalobos. Me estrechó en sus brazos y le pregunté lo que le había ocurrido desde nuestra separación. Me dijo que se habían realizado sus fervientes votos. Un cura, que le proporcionó la parienta de doña Luz, los había casado sin dificultad y, celebrada la ceremonia la joven había entrado en un convento detrás de cuya reja podía verla diariamente. Solo aguardaban el momento en que las diligencias practicadas por don Santiago les permitieran salir de Méjico. Sin embargo, una circunstancia le inspiraba inquietud: creía haber visto la noche antes en la calle á uno de los criados que acompañaban al padre de su Luz en la hacienda de Arroyo Zarco.

—Pero como creo ver por todas partes figuras de traidores y espías, añadió en tono alegre, quizás me equivoque, y en realidad me busquen lejos de aquí. ¿Y V. ha logrado al fin dar con don Tomás Verduzco?

—No por cierto, y desde hoy tengo tanto empeño en evitarlo como antes tenía por hallarle.

Entonces le conté mi reciente aventura, y dije:

—La capa de V. por poco me cuesta la vida, por ser igual á la que lleva el denunciador de Florencio, Remigio Vázquez.

A este nombre palideció mi español y exclamó:

—¿Cómo? ¿Y es á Remigio Vázquez á quien acusan de una denuncia en que nunca ha pensado? ¡Ah! ¡doblemente siento el peligro que ha corrido V.! Remigio Vázquez es el nombre que he adoptado.

Esta inexperada revelación me hizo á mi vez temblar: habían bastado algunas horas para excitar contra don Santiago el odio de una persona que no le había visto nunca, y además acaso un padre ofendido había elegido por instrumento de su venganza á un asesino tan temible como Verdugo. Sin embargo, no descubrí mi pensamiento sino á medias á mi joven amigo, y le aconsejé que se abstuviese de salir por algunos días; pero él había recobrado toda su sangre fría y me dijo:

—No; Lucecita me aguarda en el convento; hacerla esperar en vano sería sumergirla en cruel inquietud. Además cada cual sigue su suerte.

Nos separamos: don Santiago para ir al convento, yo para visitar una de las minas más próximas á Guanajuato. Al atravesar la plaza ví á Florencio á la puerta de una *pulquería* con un vaso en la mano. Era preciso hablarle; tal vez salvaría la vida de mi amigo. Iba á saludarle cuando volvió la espalda y penetró dentro de la taberna: seguíle y me dijo:

—¡Ah! caballero, permita V. que le ofrezca un vaso de pulque.

Como yo maldita la gana que tenía entonces de ese celebrado licor mejicano, hecho de savia de aloes, le dí las gracias sin tocarlo, y le advertí del error en que estaba respecto á Remigio, que no solo no había de

denunciarle su mina sino que hasta ignoraba que existiese.

—Bueno; ya no debo temer su denuncia; pero si esto cambia mis intenciones respecto á él, su asunto no mejora gran cosa...

—¿Qué quiere V. decir?

—Que como don Tomás debe recibir una suma considerable por vengar el honor de una familia ultrajada...

—¡Ah! ¿dónde está ese hombre?

—Creo que le encontraría, pero no puedo moverme de aquí sin pagar el gasto, y confieso á V. que no llevo un cuarto...

—No importa: llame V. al tabernero.

—Perfectamente. Anoche le dí hospitalidad á usted: hoy paga V. mi gasto; estamos en paz.

Y apuré otro vaso de pulque tambaleándose.

Pagado con exceso el gasto salimos en busca del matachín: por desgracia la embriaguez le obligaba á Florencio á ir más despacio de lo que mi impaciencia exigía.

Recorrimos inútilmente una parte de la ciudad. Al fin llegamos delante de una calle de árboles sombría y húmeda, á cuyo extremo se distinguía una verja.

—Es allí, me dijo Florencio, pero V. no puede entrar conmigo.

Quedé aguardándole con inquietud tan viva que, como tardase algunos minutos, acudí á la verja, que había dejado abierta. A pocos pasos encontré á un hombre tendido en el suelo: era el beodo de quien me había fiado y que principiaba á dormir su mona.

Retrocedí, volviendo á la posada y allí me aguardaba Cecilio lleno de zozobra.

—¡Gracias á Dios que viene V.! D. Santiago ha tenido un mal tropiezo esta mañana en la calle...

—¡Acabal

—Lo han llevado á su cuarto, y probablemente habrá muerto ya...

CAPILLA ALFONSO
MEXICANA

Estas escenas son tan frecuentes en Méjico (al menos lo eran en aquella época), que nada revelaba en la casa tan abominable crimen; ni había la menor agitación. El infortunado joven, solo, sin asistencia de nadie, parecía dormir tranquilamente tendido en el suelo, cubierto con la ensangrentada capa; como también le tapaba la cabeza tuve que levantarla, y al recibir el aire fresco abrió los ojos, que revelaban síntomas de muerte. Me dijo:

—Vino V. á mi lado cuando tenía hambre y acude también á la hora de mi muerte.

Y me tendió su mano fría, añadiendo:

—¡Y hace poco que ella la estrechaba entre las suyas! ¡Dios mío!

—Dígame V. como podré avisarla.

El moribundo murmuró á mi oído unas señas que gravé en mi memoria.

—¡No la diga V. que he muerto por ella sino que para ella fué mi último pensamiento!

Luego salieron de sus labios palabras incoherentes confundiendo los nombres de su patria y de su madre con el de la mujer que le costaba la vida.

De repente brillando en su mirada el último rayo de lucidez, me dijo:

—¿No es verdad que irá V. cuando pueda á ver á mi madre? Dígale V., para consolarla, que muero millonario, pero ocúltela que ha sido en este lecho...

Se lo ofrecí y el infortunado hizo el último esfuerzo para indicarme donde hallaría su casa en Vizcaya, cerca de Vergara.

Me dió las gracias con una sonrisa: el nombre postero que salió de sus labios fué el de su madre. Cerré sus párpados dilatados por su corta agonía y limpié la espuma rojiza que manchaba sus labios.

En este instante sentí tocarme en el hombro. Tenía detras de mí á un hombre á quien conocí por su bastón: era un alcalde.

—Caballero: seguramente dará V. cualquier cosa por vengar la muerte de ese joven; tranquilícese usted, que la justicia lo ve todo.

—Si, pero llega demasiado tarde, ¿no han preso ustedes al asesino?

—Ha huído, pero esto no quiere decir que no se le encuentre. Vamos ¿es V. pariente, hermano ó amigo del muerto?

Conocía demasiado las leyes mejicanas para dejarme prender en el lazo de fingida compasión con que me hablaba aquel hombre; así es que guardé silencio. (1)

—Caballero: aguardo la declaración de V., me dijo con mucha amabilidad.

—Mi declaración es esta: (y pedí interiormente perdón al alma de mi amigo por la mentira) no conozco ni he conocido nunca á ese joven.

Viéndose burlado el alcalde, no tardó en desaparecer.

Mis relaciones con don Santiago Villalobos habían durado muy pocos días. Doña Luz honró la memoria de su esposo llorándole sin salir del convento. Se negó á salir de allí considerando á su padre causante del asesinato.

En cuanto al asesino, sólo me toca anticipar al lector, que al cabo llevó su merecido en este mundo, como se verá más adelante, en EL CAPITÁN DON BLAS.

Había transcurrido más de un año desde la muerte de don Santiago, y yo no estaba en Méjico. Además

(1) Reconocer un cadaver ó mostrarse parte contra el asesino era entonces en Méjico cargar con los gastos de un proceso tan caro como irrisorio. Todo el mundo huía del lado del cadaver.

de mi promesa de visitar á su madre, me había llevado á España un motivo personal, menos novelesco. Era en las postrimerías de la guerra civil. No sin peligros llegué á Vergara, y después de informarme en la posada del señorío de la Tronera, que distaba un cuarto de legua, me dirigí allá solo y á pié.

Pobre mansión era la de don Santiago Villalobos, cual me la había figurado. El viento silbaba lúgubrememente en las desmanteladas torrecillas. Multitud de golondrinas revoloteaban entre las cornisas y las techumbres artesonadas; pero algunos andamios en diferentes sitios indicaban reparaciones interrumpidas. La soledad y el silencio me entristecieron hondamente.

Llamé á la puerta y vino á abrirme una mujer vestida de negro. Preguntéla por la señora madre de don Santiago, y me dijo:

—¡Ah! señor, hace seis meses que la señora murió, y yo aguardo cada día á su hijo.

—¡También su hijo ha muerto!

Entonces supe que seis meses antes de mi llegada la madre de don Santiago había recibido una suma considerable de dinero, sin que la acompañase carta alguna. Sin embargo, la buena mujer no dudó que sería su hijo el anónimo bienhechor: la emoción fué tan viva que la mató. Antes de morir dispuso que se empleara parte de aquella suma en restaurar aquella mansión para que fuese digna de su joven señor; y la desgraciada murió dichosa, puesto que murió creyendo en la existencia de su hijo, considerado y rico.

Indudablemente aquella suma cuantiosa fué enviada á la pobre madre por doña Luz, que la veneraba sin conocerla, y que no quiso amargar sus últimos días con la terrible noticia del asesinato de su hijo.



LOS MINEROS DE RAYAS

I

Extraño caso—Encuentro desagradable

HACE poco más de un siglo Guanajuato era ciudad de muy poca importancia. Antes del cambio repentino que se efectuó en ella por las explotaciones gigantescas de las minas de plata La Valenciana y Rayas, la industria minera mejicana concentraba su actividad en Tasco, Pachuca y Zacatecas. Se ignoró por mucho tiempo que las montañas que rodeaban á Guanajuato y en la misma vertiente sobre la cual se edificó, existiese la Veta-Madre el criadero argentífero más rico del globo.

A esa gran ventaja industrial une esa ciudad la de dominar las fértiles llanuras del Bajío, región de unas ochenta leguas de circuito. Es tal la fecundidad de esa tierra que le basta al labrador indio pasar ligeramente el arado por encima para ponerla en disposición de dar ricas cosechas.

En ninguna parte resaltan como en el Bajío las

CAPILLA ALCORNACA

de mi promesa de visitar á su madre, me había llevado á España un motivo personal, menos novelesco. Era en las postrimerías de la guerra civil. No sin peligros llegué á Vergara, y después de informarme en la posada del señorío de la Tronera, que distaba un cuarto de legua, me dirigí allá solo y á pié.

Pobre mansión era la de don Santiago Villalobos, cual me la había figurado. El viento silbaba lúgubrememente en las desmanteladas torrecillas. Multitud de golondrinas revoloteaban entre las cornisas y las techumbres artesonadas; pero algunos andamios en diferentes sitios indicaban reparaciones interrumpidas. La soledad y el silencio me entristecieron hondamente.

Llamé á la puerta y vino á abrirme una mujer vestida de negro. Preguntéla por la señora madre de don Santiago, y me dijo:

—¡Ah! señor, hace seis meses que la señora murió, y yo aguardo cada día á su hijo.

—¡También su hijo ha muerto!

Entonces supe que seis meses antes de mi llegada la madre de don Santiago había recibido una suma considerable de dinero, sin que la acompañase carta alguna. Sin embargo, la buena mujer no dudó que sería su hijo el anónimo bienhechor: la emoción fué tan viva que la mató. Antes de morir dispuso que se empleara parte de aquella suma en restaurar aquella mansión para que fuese digna de su joven señor; y la desgraciada murió dichosa, puesto que murió creyendo en la existencia de su hijo, considerado y rico.

Indudablemente aquella suma cuantiosa fué enviada á la pobre madre por doña Luz, que la veneraba sin conocerla, y que no quiso amargar sus últimos días con la terrible noticia del asesinato de su hijo.



LOS MINEROS DE RAYAS

I

Extraño caso—Encuentro desagradable

HACE poco más de un siglo Guanajuato era ciudad de muy poca importancia. Antes del cambio repentino que se efectuó en ella por las explotaciones gigantescas de las minas de plata La Valenciana y Rayas, la industria minera mejicana concentraba su actividad en Tasco, Pachuca y Zacatecas. Se ignoró por mucho tiempo que las montañas que rodeaban á Guanajuato y en la misma vertiente sobre la cual se edificó, existiese la Veta-Madre el criadero argentífero más rico del globo.

A esa gran ventaja industrial une esa ciudad la de dominar las fértiles llanuras del Bajío, región de unas ochenta leguas de circuito. Es tal la fecundidad de esa tierra que le basta al labrador indio pasar ligeramente el arado por encima para ponerla en disposición de dar ricas cosechas.

En ninguna parte resaltan como en el Bajío las

CAPILLA ALFONSO
MUSEO DE HISTORIA NATURAL

opuestas costumbres del labrador y del minero. Humilde y sumiso, el agricultor indio se halla á merced de todo el mundo. Orgullosa é indomable el minero tiene la pretensión de imponerse. Grandes cualidades y grandes defectos distinguen en aquella tierra al personal obrero de las minas: entre las primeras descuellan el vigor, la sangre fría y la audacia; entre los defectos su tendencia á la indisciplina y á obrar á su capricho.

Después de un penoso é inútil viaje cuyas peripecias quedan relatadas en REMIGIO VÁZQUEZ, pensé en aprovechar mi estancia en Guanajuato para el conocimiento de las minas y de sus mineros.

Salí una mañana de la ciudad á caballo y solo, pero bien armado. Mi guía debía ser el primer transeunte que encontrase en el camino.

Al pasar por la Plaza Mayor llamó mi atención un objeto extraño. En la pared de una de las casas y bajo un tejadillo de algunas pulgadas de ancho vi que había una mano clavada. Me detuve algunos instantes para examinarla y cerciorarme de que no era de estuco, y me convencí de que era la mano de un hombre, musculosa y fuerte en otro tiempo, pero descolorida ahora y seca por el viento, el sol y la lluvia.

Debajo del tejadillo algunas velas atestiguaban que almas piadosas se habrían impresionado con tan extraña exhibición, que acaso perpetuaba el recuerdo algún drama sangriento. Después de buscar en vano en la pared alguna inscripción alusiva continué mi camino y dejé atrás la ciudad.

Durante el camino se me acercó un jinete. Cuando iba á interrogarle se anticipó él, saludándome afablemente y diciendo:

—Me parece, caballero, que es V. extranjero.

—¿En qué lo conoce V.?

—En lo que le llamaba á V. la atención aquella

mano seca. Para quien, como yo, busca un compañero de viaje, encontrarle á V. es una verdadera fortuna.

Dudaba si debía aceptar ó no la compañía de un hombre que se me presentaba con tal familiaridad, y si me convenía tomarle por guía.

Notó el desconocido mi vacilación y se apresuró á añadir con cierto orgullo:

—Como V. no me conoce, no extraño sus dudas. Me llamo Desiderio Fuentes, soy minero, y si en esta profesión hay días en que la fortuna se muestra contraria, hay otros en que los duros se amontonan de tal modo en las manos, que no sabe uno cómo gastarlos.

Hoy me encuentro de buenas, y en estos casos acostumbro á buscar un compañero de genio alegre, que tome parte en mis placeres. Si falta ese compañero me dirijo al primer transeunte de trazas agradables que encuentro en mi camino, y declaro á V. que nunca he tenido que arrepentirme de mi elección.

Debía tranquilizarme por completo esa franca declaración; sin embargo al darle las gracias, dije que de ningún modo podía aceptar su cordial ofrecimiento; que había salido para visitar una de las minas de plata más próximas á Guanajuato, y que, á menos que me hiciese el favor de guiarme en mi exploración solo podría disfrutar de su compañía muy breve rato. Desiderio aceptó y metimos espuelas á nuestros caballos.

Por el camino me dijo que el día antes había cobrado un buen puñado de duros, por lo cual era justo que se entregase algunas horas á la distracción y al descanso, por consiguiente, que dejaba á mi elección designar la mina que habríamos de visitar.

—Pues vamos á la Valenciana, contesté.

—Esa no, porque tuve una disputa con uno de los empleados...

—Bueno ¿le parece á V. que vayamos á la de Cata?

—Ciertos disgustos de fecha reciente me hacen evitarla con el mayor cuidado...

—Pues V. dirá...

—Vamos á la de Rayas.

A mí me era igual: sin embargo, los *peros* que ponía á las otras mi nuevo conocido no me hacían mal-dita la gracia. Por lo visto era pependenciero y poco amigo de pagar sus deudas. Además, me había dicho con desparpajo:

—Mi primer impulso es siempre bueno, mas confieso que el segundo es detestable.

Llegamos al extremo de un barranco cuyos talúdes perpendiculares nos había ocultado el paisaje. Ante nosotros se extendía una dilatada llanura por la cual caminaban varias filas de mulas cargadas de mineral, que se dirigían hacia uno de los establecimientos metalúrgicos que en Méjico nombran *haciendas de platas*. Distinguíanse las chimeneas de los hornos coronadas de penachos de humo negro y de vapores de color aplomado. También se descubrían los patios sobre cuyas losas se colocan los panes de masa metálica el día antes de convertirlos en lingotes.

El ruido del martillo que rompía la piedra argéntifera, las pisadas de las mulas y el chasquido de los látigos de los muleteros se mezclaban al ruido sordo de los saltos de agua que hacía mover las máquinas. Había detenido mi caballo para contemplar aquel cuadro animado cuando á pocos pasos de donde estábamos ví á dos hombres medio cubiertos por un hundimiento del terreno, y que arrastraban una mula muerta, por medio de cuerdas.

Llegados á un sitio en donde solo mi compañero y yo podíamos descubrirlos, uno de aquellos hombres se inclinó sobre el animal mirando á la vez de soslayo con desconfianza. Al vernos se sentó de repente

sobre la mula y su compañero desapareció enseguida detrás de unos matorrales.

—¡Hola, hola! dijo Fuentes, si no me engaño es mi amigo Planillas; pero ¿qué diablos hace allí?

Al oír el nombre de Planillas me estremecí y seguí á Fuentes, que iba á su encuentro, recordando las relaciones de aquel hombre con don Tomás Verduzco, el asesino de mi amigo Villalobos. Con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos Planillas parecía abrumado de pena. El ruido de nuestros pasos lo sacó de su distracción y nos miró con inquietud.

—¡Ah! señores, clamó, soy el hombre más desgraciado de Nueva España.

—Sin duda piensa V., le dije, en el joven á quien don Tomás asesinó hace dos días, y cuya sangre caerá sobre la cabeza de V., puesto que hubiese podido salvarle deteniendo el brazo de su amigo, de ese Verduzco que había recibido, según V. me dijo, dinero para cometer el crimen.

—¿Yo le he dicho á V. eso? Pues juro por la vida de mi madre que mentí: yo miento escandalosamente cuando estoy bebido, y bien sabe V., caballero, que aquel día bebí con exceso.

Preguntóle Fuentes por qué parecía tan abatido á nuestra llegada y por qué seguía sentado sobre la mula. Planillas respondió:

—Este animal es la causa de mi pesar; por salir de apuros me deshice de él para cederlo á la *hacienda de platas* que ven ustedes allá lejos, sin embargo, de lo mucho que le quería. El mismo día que vendí la mula me contraté para trabajar allí, y de este modo podía verla todos los días: pero el animalito ha muerto esta mañana y lo he arrastrado hasta aquí para entregarme á mi sentimiento libre de testigos.

Planillas volvió á apretarse la cabeza entre las manos, como quien no admite consuelo, y enseguida exclamó:

CAPILLA ALFONSO
MUSEO DE HISTORIA NATURAL

—¡Ah! caballero, no es esta la única desgracia que tengo que deplorar: ayer hubo una pelea reñidísima entre los mineros de Rayas y los de la Valenciana y yo no pude tomar parte en ella, siendo así que acabó con una lluvia de pesos que los de la última lanzaron sobre los de Rayas para demostrarles la superioridad de su mina. ¡Una lluvia de hermosos pesos de águila, y yo llegué ya muy tarde al campo de batalla!

Yo hubiera puesto en duda este exceso de arrogante prodigalidad de los mineros si Fuentes no me lo hubiera confirmado con orgullosa satisfacción.

De pronto advertimos ruido y movimiento en los matorrales y Planillas palideció. Enseguida vimos delante de nosotros un hombre pequeño y fornido. Su boca hacía esfuerzos para sonreír, pero su mirada siniestra y penetrante, como la de las aves de rapiña, desmentía su expresión placentera.

—Si no me han engañado mis oídos, dijo, se hablaba aquí de don Tomás Verduzco...

—Precisamente, respondí, yo le acusaba del asesinato de un joven á quien no conocía siquiera.

—¿Está V. bien seguro de lo que dice? clamó lanzándome siniestra mirada.

—Pregúnteselo V. á ese, repliqué, señalando á Planillas.

—No he dicho semejante cosa, dijo Florencio con desfachatez extraordinaria. Sin duda V. no conoce al respetable caballero Verduzco, cuando habla así delante de él.

Miré al que me anunciaban y al que por fin lograba encontrar, y al mismo tiempo ví ante mis ojos el cuerpo ensangrentado de don Santiago, su agonía y todo su bello porvenir cortado por el cuchillo del hombre que tenía delante.

—¡Ah! es V. don Tomás Verduzco!

Y un vértigo de indignación, sin darme cuenta de

lo que iba á hacer, monté una de mis pistolas. Aquel hombre se puso lívido, pues los mejicanos de la clase baja, que no pestañean siquiera á la amenaza de un cuchillo, tiemblan ante el cañón de una pistola. Fuentes se interpuso entre nosotros, diciéndome:

—¡Poco á poco, caballero! ¡Diantre! ¡Cómo se le pegan á V. las costumbres del país!

—Ese diablo de Planillas, dijo á su vez el amenazado con risa fingida, está siempre dispuesto á chancarse; pero la idea de presentarme como á don Tomás, es, á fé mía, una broma algo pesada. Por lo visto no quiere V. muy bien á ese señor Verduzco...

Al oír esto me pareció ridícula mi precipitación, y mi enojo se desvaneció como por encanto.

—No le conozco, dije, y no sé por qué ese hombre se ha encontrado en mi camino, pero mi seguridad exige que lo tenga compasión de esa clase de asesinos cuando la casualidad los pone al alcance de mi mano.

El desconocido murmuró algunas palabras ininteligibles, y yo, considerando la ocasión propicia para deshacerme de mi nuevo conocido Fuentes, cuya compañía empezaba á serme molesta, saludé al grupo y metí espuelas al caballo. Pero no había contado con la ociosidad de Desiderio, y apenas había andado cien pasos le ví otra vez á mi lado.

—Quizás no hice bien impidiéndole á V. meter una bala en el cráneo de aquel bribón, pues por la mirada rencorosa que le ha dirigido á V. presumo que la primera puñalada que V. reciba se la descargará su mano.

—¿Lo cree V. así? respondí algo inquieto por tan desagradable pronóstico.

—Por vida mía, creo que he cedido harto aprisa á mi primer movimiento, murmuró Fuentes, que parecía reflexionar.

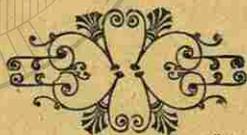
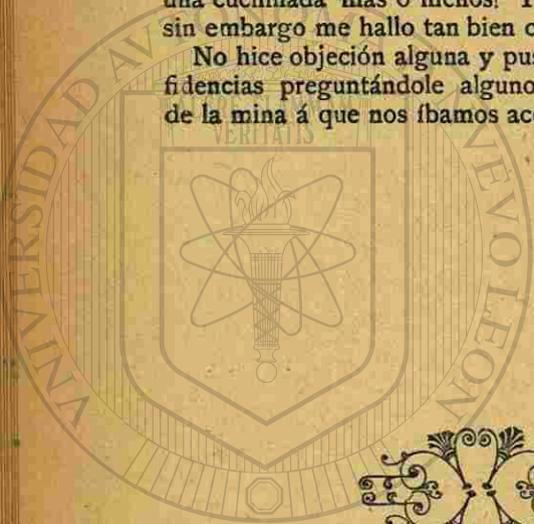
Y de repente exclamó:

—¿Y si volviésemos allí? Le ayudaría á V., si le hiciese falta mi auxilio.

Estas palabras me revelaban que mi compañero sentía no haber aprovechado una ocasión de pendencia. Me negué secamente.

—¿No quiere V? Pues sea. Además, ¿qué importa una cuchillada más ó menos? Yo he recibido tres y sin embargo me hallo tan bien como antes.

No hice objeción alguna y puse término á sus confianzas preguntándole algunos pormenores acerca de la mina á que nos íbamos acercando.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL



II

Dentro de la mina

ERA cerca de medio día cuando llegué con Desiderio á la abertura por la cual debíamos penetrar en la mina. Echamos pié á tierra, entregamos los caballos al cuidado de uno de los mineros y nos metimos allá. Desiderio llevaba una antorcha de resina.

Detúveme un instante en el umbral de este inmenso laboratorio del cual habían salido ya tantos millones. Mi guía, con su capa galoneada de oro, que la luz de su antorcha hacía brillar entre los pliegues del terciopelo, representaba con bastante exactitud el genio fastuoso de este reino subterráneo.

Descendimos durante largo rato por una pendiente formada de escalones. En medio de las tinieblas, que solo disipaba á medias la luz de las antorchas, dimos una porción de vueltas y revueltas, cambiando á cada instante de dirección y de temperatura, ya bajando, ya subiendo. Por fin descubrí á lo lejos algunas luces errantes, viendo aparecer después sombras gigantes en las húmedas paredes de la bóveda. Continué

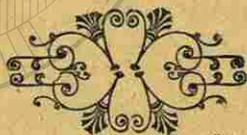
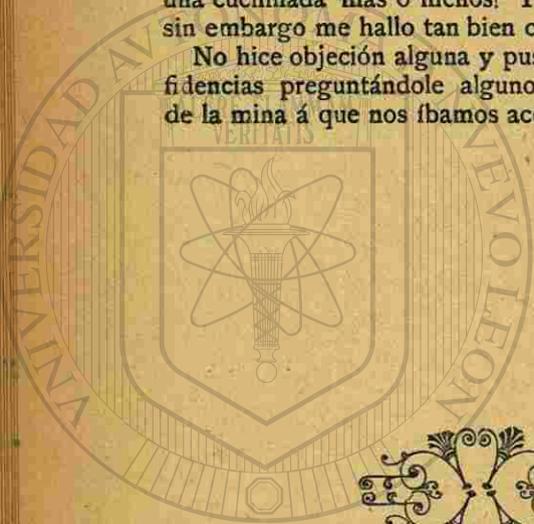
CAPILLA ALFONSO
MUNICIPAL DE LEÓN

—¿Y si volviésemos allí? Le ayudaría á V., si le hiciese falta mi auxilio.

Estas palabras me revelaban que mi compañero sentía no haber aprovechado una ocasión de pendencia. Me negué secamente.

—¿No quiere V? Pues sea. Además, ¿qué importa una cuchillada más ó menos? Yo he recibido tres y sin embargo me hallo tan bien como antes.

No hice objeción alguna y puse término á sus confianzas preguntándole algunos pormenores acerca de la mina á que nos íbamos acercando.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL



II

Dentro de la mina

ERA cerca de medio día cuando llegué con Desiderio á la abertura por la cual debíamos penetrar en la mina. Echamos pié á tierra, entregamos los caballos al cuidado de uno de los mineros y nos metimos allá. Desiderio llevaba una antorcha de resina.

Detúveme un instante en el umbral de este inmenso laboratorio del cual habían salido ya tantos millones. Mi guía, con su capa galoneada de oro, que la luz de su antorcha hacía brillar entre los pliegues del terciopelo, representaba con bastante exactitud el genio fastuoso de este reino subterráneo.

Descendimos durante largo rato por una pendiente formada de escalones. En medio de las tinieblas, que solo disipaba á medias la luz de las antorchas, dimos una porción de vueltas y revueltas, cambiando á cada instante de dirección y de temperatura, ya bajando, ya subiendo. Por fin descubrí á lo lejos algunas luces errantes, viendo aparecer después sombras gigantes en las húmedas paredes de la bóveda. Continué

CAPILLA ALFONSO
MUNICIPAL DE LEÓN

andando y me encontré en una encrucijada que la piedad de los mineros había convertido en capilla. En el centro se alzaba un modesto altar, y algunos cirios ardían ante la imagen de un santo.

En una de las gradas ví arrodillado un hombre que oraba con fervor. Era la primera criatura humana que encontrara desde mi entrada en la mina. Fuentes, tocándome el brazo, dijo:

—Mire V. bien á ese hombre.

Estaba completamente desnudo, y sin la luz de la antorcha que permitía ver su cabellera gris y los pómulos angulosos de su cara, no le hubiese creído en los límites de la vejez; sus fornidos músculos parecían que conservaban todo el vigor de la juventud.

—¿Y qué? pregunté á mi guía.

—Este hombre no es extraño á la historia de la mano cortada, que V. miraba esta mañana con tanta curiosidad, y aun cuando conozco esa historia tan bien como él, acaso le interese á V. más oír la de su boca, pues su hijo está mezclado en ella.

Juzgando que esto podría facilitar el librarme de Fuentes, le indiqué que un oyente solo acaso lograría que aquel hombre fuese más expansivo en sus confidencias.

Tanto se traslucía mi intención que me dijo:

—Ni soy pendenciero ni susceptible, pero me parece que Su Señoría tiene muchos deseos de zafarse de su humilde servidor.

Aunque me apresuré á protestar contra la interpretación dada á mis palabras él en tono burlón replicó:

—Vamos, para dar á V. gusto renunciaré á mi deseo de servirle de guía en estos subterráneos. Es preciso además que yo sepa el secreto de la comedia representada por Planillas sobre el cadáver de su mula. Puede V. visitar la mina sin mí, y cuando salga le contaré lo que haya sabido acerca de aquel tunante. Para que sea completa la excursión de V. debe

salir por la boca del pozo grande, subiendo por medio de la máquina de ascensión.

Tantos deseos tenía de despedir cuanto antes á Fuentes que le ofrecí cuanto quiso, sin reparar en su sonrisa irónica. En esto el minero terminó su rezo; mi guía cambió con él algunas palabras en voz baja, y se alejó rápidamente. Al verle desaparecer respiré, y el otro me dijo:

—Caballero: mi amigo Fuentes me pide que le cuente á V. la historia de mi hijo, orgullo del cuerpo de mineros; tal deseo de V. me honra, pero en estos momentos no puedo complacerle. He de dar fuego á la mina, cuyo hornillo á cabo de cargar: si dentro de dos horas me encuentro todavía en este mundo se lo contaré á V. todo, pues amo á los valientes, cualquiera que sea su nacionalidad.

—¿Y quién le ha dicho á V. que soy valiente?

—¡Diantre! un hombre que á la primera vez que visita una mina tiene deseo de efectuar, según me ha dicho Fuentes, la peligrosa ascensión del tirol... La haremos juntos, y al mismo tiempo contaré á V. la historia. Le doy cita para dentro de dos horas en el fondo de la galería, á la entrada del pozo grande.

Me era imposible retroceder; ofrecí á aquel hombre concurrir con puntualidad y al quedarme solo me aproveché de mi independencia para examinar á mi gusto aquel mundo nuevo. Paseé por todas partes la antorcha que me dejara Desiderio. Sobre mi cabeza había bóvedas de tamaño desigual, sostenidas las unas por sólidos postes, mientras de las otras, más ligeras de base, pendían objetos que semejabán fondos de lámparas góticas, con puntas muy agudas, que amenazaban caérseme encima. A lo largo de varias columnas informes serpenteaban hilos de agua cristalina que á la luz de la antorcha producían colores prismáticos.

Delante de mí se abrían galerías tenebrosas y al-

gunos resplandores las cruzaban de vez en cuando eran mineros, que iban y venían con su mecha encendida, colocada detrás de la oreja, parecidos á los misteriosos guardianes que velan por tesoros escondidos.

Yendo sin guía, adelantaba lentamente en medio de este laberinto. Oí á lo lejos el ruido sordo de los picos al dar contra la roca, mezclado á otros ruidos más vagos que parecían proceder de un piso inferior, y sirvieron para orientarme. Anhelaba llegar al sitio donde se arranca la plata. Por fin penetré en una galería de quinientos á seiscientos pies de longitud por cinco de diámetro, de la cual salía un vapor ardiente cual si fuese la boca de un volcán. La multitud de operarios, harto atareados para reparar en mí, atacaban en su mayor parte la roca viva con sus barras, trabajando muchos de ellos con agua hasta la cintura, otros iban cargados con sacos de mineral, bajo cuyo peso se doblaban sus vigorosos músculos; una porción de velas largas, fijas á la pared, alumbraba la escena. Un ruido atronador de martillazos sobre la roca, de piedras cayendo en el agua, de voces, de gritos agudos, y de esfuerzos que parecían conmover la bóveda; el vapor formando una niebla densa, la luz rojiza de las velas reflejándose en el agua; las vetas metálicas serpenteando como hiedra; todo contribuía á impresionarme en aquel cuadro inolvidable.

Después de contemplarlo un buen rato supliqué á uno de los mineros que me acompañase al lugar de la cita, porque temía extraviarme en aquel dédalo de galerías subterráneas que se cruzaban en todos sentidos, y empezaba á sentir también la necesidad de respirar un aire más puro.

Con el nuevo guía bajé todavía largo rato, y al fin llegué jadeante al extremo de la última galería, que formaba un ángulo con el gran pozo.

Había llegado el primero á la cita. Un obrero, que

parecía vivir olvidado de todo el mundo en medio de estas vastas catacumbas, desempeñaba solo en este sitio una tarea espantosa: no lejos de allí había otro pozo invadido por las aguas, que se iban vaciando lentamente por medio de un pellejo gigantesco suspendido al cable del torno. Cuando este pellejo estaba lleno subía á la superficie de la tierra por medio de invisible máquina situada á mil doscientos pies de elevación; pero, conducido, violentamente en dirección oblicua hacia el eje del gran pozo, este pellejo lleno de agua se hubiese reventado chocando contra la roca, si el obrero no hubiera amortiguado su impulso. En el estrecho espacio que sujetaba los dos pozos, en una oscuridad casi completa, ese hombre sujetaba una doble cuerda que abrazaba el cable cuyas puntas tenía en las manos; después, arrastrado con rapidez vertiginosa á la abertura del abismo, soltaba de repente las puntas de la cuerda, y el pellejo tocaba entonces solo levemente en la pared opuesta; pero un paso mal dado, ó el soltar la cuerda un momento más tarde podía precipitarlo á un abismo sin fondo. Contemplé con dolorosa sensación á ese infeliz que cada cuarto de hora exponía su vida de aquel modo por un escaso salario. Y en medio de aquellas tinieblas y tan lejos de los rumores del mundo parecíame ver en él á uno de esos condenados del infierno de Dante, destinado á efectuar eternamente un trabajo espantoso.

Sentí abatirse mi resolución y ya celebraba que el anciano minero no acudiese á la cita cuando apareció otra vez el cable del torno: casi al mismo tiempo un débil resplandor vino á alumbrar las paredes húmedas del pozo, y una voz no desconocida, dijo:

—Hola, amigo ¿está ahí un caballero extranjero que me aguarda para subir por el tiro?

Respondí y cayó á mis pies un lío. Desaté la cuerda que lo sujetaba: contenía el paquete una blusa y

CAPILLA ALFONSO
UNIVERSIDAD ALFONSO

un pantalón de burda lana, un bastón de cuero y una cuerda de fibras de aloé. Preguntéme azorado si ese pantalón y esa blusa bastarían á amortiguar el golpe en una caída desde mil doscientos pies.

El obrero que trabajaba cerca de mí me indicó el uso de dichos objetos; el vestido de lana era para librarme del agua que, en lluvia menuda caía en ciertos sitios, con la cuerda debía amarrarme al cable, y el bastón de cuero servía para evitar el choque contra las paredes en las oscilaciones del cable.

—Despachemos, que se dispone de poco tiempo, dijo el minero invisible.

Me puse precipitadamente la blusa y el pantalón, atraje hacia mí la punta del cable que se balanceaba en el vacío y monté á caballo en él: pasó el obrero dos veces la trenzada cuerda en torno de mi cuerpo y por debajo de mis muslos, de modo que formase una especie de asiento, ató después fuertemente las dos puntas al cable y me puso el bastón de cuero en la mano.

Inmediatamente me sentí arrebatar por una fuerza invisible, y perdí tierra; di tres ó cuatro vueltas sobre mí mismo, y cuando me recobré del aturdimiento de esta brusca maniobra iba ya suspendido sobre el abismo. Algo encima de mi cabeza ví las piernas de mi guía, que apretaban el cable fuertemente: aunque llevaba una antorcha distinguía muy vagamente su cuerpo de color cobrizo, medio desnudo, y que á veces brillaba como el bronce florentino.

—¿Estoy al menos bien atado? le pregunté, al reparar que no había ningún nudo para impedir el que se escurriese la cuerda que me sujetaba al cable.

—Probablemente, respondió con la calma más completa, á menos que él hubiese tenido alguna distracción: pero le queda á V. el recurso de los puños.

Al oír esto apreté con fuerza sobre humana el resaca cable que mis manos apenas podían abarcar.

—¿Y cuánto dura esta ascensión?

—Generalmente unos doce minutos, pero la nuestra durará al menos media hora. Es una atención con usted, á fin de que pueda observar mejor las maravillas que contiene la mina.

—¿Y no ha sucedido en estas ascensiones ninguna desgracia?

—Algunas: la más singular fué la de un inglés á quien no ataron bien: cayó desde una altura inmensa, pero tan calladamente que el compañero que le conducía no advirtió su desaparición hasta llegar á la boca del pozo.

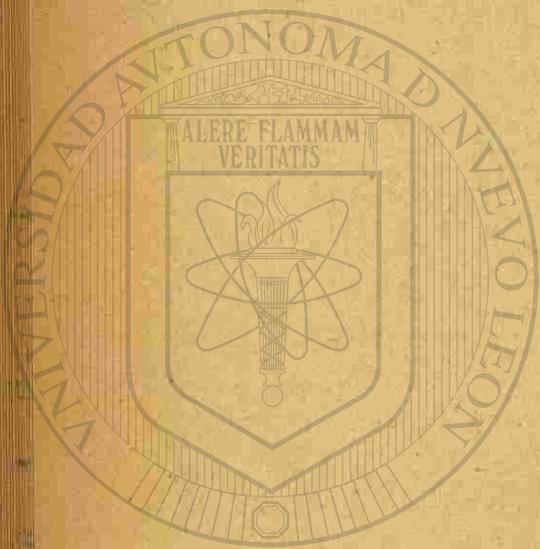
No pregunté más. A cosa de cinco minutos desde que estaba en movimiento me aventuré á mirar encima y debajo: á mis pies una densa oscuridad aumentaba el horror del abismo, cuyo término no descubría la vista; del fondo tenebroso desprendíanse vapores blancos y calientes, que subían y giraban en torno nuestro. La antorcha del guía alumbraba con su luz humeante las paredes verdosas de la roca, surcadas por la punta del pico y desgarradas por los taladros.

En la región superior una columna de densa niebla gravitaba en el círculo semiluminoso en que estábamos, borrando completamente la claridad del día. En este momento paróse el aparato ascensor.

—Este alto se hace por V.: le he ofrecido una historia y ahora tendré ocasión de contársela.

Y el minero, sin aguardar mi respuesta dió principio á la dramática relación que se me quedó grabada en la memoria.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



III

Dramática historia

CASO V. sepa que en el trayecto de San Miguel el Grande (1) á Dolores, el viajero se ve obligado á cruzar el río Atotonilco. En el tiempo de las lluvias no es vadeable ese río sinó para quien conozca sus pasos principales: junto al camino de San Miguel tiene cincuenta metros de anchura. La impetuosidad de su corriente y el ruido de sus aguas amarillentas, que se precipitan bajo dos márgenes desiertas, causan espanto á la generalidad de los que se ven obligados á atravesarlo por allí.

Algunas chozas de ramaje levantadas en ambas orillas y medio ocultas en los accidentes del terreno sirven de refugio á una población miserable, que vive principalmente de los beneficios que el río la proporciona cuando las lluvias engrosan su caudal. Esa gente traslada á los viajeros de una orilla á otra por los

(1) San Miguel el Grande es un pueblecito de las inmediaciones de Guanajuato.

CAPILLA ALFONCINA
MEXICO 1910

vados que conoce. Y sucede con frecuencia que el viajero vacila y retrocede antes de confiarse á unos hombres que vagan por allí casi desnudos y á quienes el pasaje no produce lo suficiente para mantenerse; porque ocurrió algún caso muy justificativo de esa desconfianza. Hace pocos años fué á establecerse entre aquellos vadeadores un minero de Zacatecas, á consecuencia de un percance que había tenido con la justicia. Ese hombre, temible por su fuerza y por su carácter brutal, estaba señalado entre sus nuevos compañeros por lo desgraciado que era en el nuevo oficio: varias veces estuvieron á punto de morir ahogadas las personas que trasportaba. Una noche tempestuosa en que se creía solo, descubrió á un forastero en la orilla opuesta, y enseguida cruzó el río para ofrecerle sus servicios. Otro vadeador, que le había seguido sin ser visto, se quedó escondido entre unas matas, al ver que se le había anticipado el exminero. Éste cruzó el río con el forastero, llevando su caballo de la brida. Al llegar á la mitad del río montó en la grupa y pocos instantes después se oyó el ruido de un cuerpo que cae en el agua. Quedó sobre la silla uno solo, viósele tomar tierra lejos de las chozas y desaparecer en las tinieblas.

El testigo del crimen era un joven á quien el exminero había pegado pocos días antes de una manera bárbara, y que, por consecuencia, deseaba vengarse: lanzóse al río, siguiendo la línea del agua que arrastrara á la víctima y logró conducir á la orilla opuesta al cadaver del que resultó ser un sacerdote; pero iba tan rendido por el esfuerzo que cayó desmayado allí mismo. Cuando volvió en sí era ya entrado el día, pero el cuerpo del cura había desaparecido. El joven fué al pueblo á dar su declaración, pero las diligencias contra el criminal no dieron resultado, pues había huido de la comarca.

Mi guía se interrumpió; cual si hubiéramos llega-

do á la región de las nubes nos envolvió una niebla que se convertía en lluvia fina é impalpable; la antorcha apenas daba luz y chisporroteaba. La máquina se detuvo otra vez y sentí flaquear mi corazón; luego tuve la aprensión de que la cuerda que me sujetaba al cable resbalaba, y se apoderó de mí un temblor convulsivo.

—¿Se escurre V.? dijo mi guía, y convencido con una ojeada de que me hallaba á igual distancia de él que antes, añadió: No hay cuidado.

Enseguida continuó su relato con sangre fría envidiable:

—Poco despues de la desaparición del criminal vadeador presentóse á buscar trabajo en la mina de Rayas un nuevo minero. Esta mina dista diez leguas del río Atotonilco. El nuevo operario dijo que había hecho su aprendizaje en el estado de Cinaloa, y su buen humor y su generosidad le valieron pronto las simpatías de todos sus compañeros, pues parecía contar con otros recursos además del salario. Osorio le llamaban y parecía distinguir entre todos á mi hijo Felipe, sin embargo, de la semejanza de genio y de la diferencia de edad, pues el nuevo minero se la duplicaba. Felipe era un trabajador infatigable, celoso de la reputación que había logrado, con el natural orgullo de quien no necesita de los antiguos privilegios para señalarse, pues nuestra profesión ennoblece á quien á ella se dedica. Osorio, al revés, no mostraba afición al trabajo, y prefería tocar la guitarra ó predicar la insubordinación contra los capataces. A pesar de eso no se hubiera alterado su amistad si ambos no se hubiesen prendado de la misma mujer. Esta, aunque prefería á Felipe, también gustaba de la guitarra y sobre todo de la jovialidad de Osorio. Las frecuentes ausencias del rival acabaron por dar el triunfo á mi hijo. En una de tales ausencias circuló la noticia de que habían sido forzadas las puert-

de la catedral de Guanajuato y robado un incensario de oro macizo incrustado de piedras preciosas.

Entretanto los padres de la joven obsequiada por ambos, resolvieron darla en matrimonio á Felipe: el día de los esponsales se reunieron en casa de la novia las dos familias y sus amigos. En medio de la fiesta se presentó Osorio, preocupando su presencia á los convidados, que conocían su carácter violento. Felipe fué el único que con la mayor sangre fría se preparó á recibir á su rival. Pero Osorio, sin llevar la mano al cinto, penetró entre los concurrentes excusándose de presentarse sin haber sido invitado; tomando enseguida la guitarra de uno de los músicos y sentándose sobre un barril de pulque, se puso á entonar una canción de circunstancias. Pasada la sorpresa que causó ese incidente, continuó la fiesta con mayor alegría, y los convidados se separaron, citándose para celebrar la octava de la boda.

Una nueva pausa del narrador me recordó mi situación. Nos acercábamos insensiblemente al término de la ascensión: ya lo indicaba la mayor luminosidad de la niebla, pero así me parecía más espantosa la profundidad del pozo.

—¿Sabe V. á qué altura se encuentra? Cinco veces y media la de las torres de la catedral de Méjico.

Y mi guía, para confirmar la exactitud de sus palabras, arrancó de su cintura un puñado de estopa, que encendió en la antorcha, y la soltó. Seguía con vista azorada; primero bajaba como un globo de fuego y fué reduciéndose su tamaño hasta desaparecer como un punto brillante allá en el fondo. El minero continuó así:

—Desde el día que Osorio se presentara en la fiesta nupcial una mano invisible tendió mil lazos á mi hijo. Al día siguiente estalló junto á él una mina que le cubrió de pedazos de roca y otro día se rompió de repente la cuerda en la cual se hallaba suspendido á gran distancia del suelo.

Habiendo fracasado esas tentativas, dirigiéronse contra su honra las añagazas que se hubieran tendido á su vida. Se propalaron insinuaciones haciendo pasar á Felipe como autor del robo en la catedral. No podía creer mi hijo que fuese su antiguo compañero el autor de todo eso; pero un joven minero llegado poco después que Osorio, cuyos pasos espíaba constantemente, le informó de la repugnante verdad.

Felipe juró vengarse. La víspera de la octava de la boda se encontró con Osorio en una de las galerías subterráneas de Rayas, y le echó en cara sus perfidias: sacaron los cuchillos; ambos estaban desnudos, sin más defensa que sus mantas. Osorio era más fuerte, Felipe más ágil. El combate seguía con suerte indecisa. De repente el joven minero que le he citado á V., se interpuso entre los dos, diciendo á mi hijo:

—Si V. me lo permite, yo me encargo de castigar á ese ladrón de alhajas sagradas, pues tengo sobre él derechos más antiguos que los de V.

Osorio se arrojó sobre el nuevo campeón y se batieron á la luz de la antorcha de Felipe. Tal vez hubiera durado el combate mucho tiempo sin una estratagema del joven minero; agachóse de modo que la manta que pendía de su brazo barría el suelo; después detrás de ese velo que ocultaba sus movimientos cambió de mano su arma y descargó á su sorprendido adversario una terrible cuchillada, y Osorio cayó.

Subiéronle metido en un saco por el pozo grande: en aquellos momentos pasaba un fraile por las inmediaciones de la mina; suplicáronle que fuese á confesar al herido, y al verle el padre lanzó un grito de espanto; había reconocido en él al que había tratado de ahogarle en el río Atotonilco, de lo cual milagrosamente se librara. Así la justicia aclaró muchos misterios: eran un mismo individuo el vadeador de aquel río, el minero de Zacatecas y el ladrón sacrilego de

la catedral. Este miserable expió sus crímenes en el cadalso.

—¿Y Felipe?

—No sé por qué mala inteligencia se le había designado como el que hirió tan gravemente á Osorio. El minero vencedor se había fugado, y ya comprendería V. quién era ese joven.

—El que había presenciado oculto el crimen de Osorio en el río.

—Sí, señor. Los agentes de la autoridad se presentaron á prender á mi hijo, y hallándole en uno de los patios se pusieron á perseguirle. Felipe, cegado por una obcecación que le hacía creerse deshonrado, si le tocaba la mano de un polizone, no pensó que le hubiera sido fácil probar su inculpabilidad, y corriendo á este pozo se arrojó al abismo que se abre á nuestros pies.

El minero calló, la antorcha apenas alumbraba ya y yo descubría sobre mi los primeros fulgores del crepúsculo.

—¡Pronto hará diez años, prosiguió el anciano con voz sorda, que Felipe se precipitó al fondo de este abismo, por el cual he subido tantas veces desde aquel día fatal, y ni una sola he dejado de sentir vehementemente deseos de cortar este cable!

Y blandía un cuchillo en su mano, cual si se dispusiese á realizar su terrible amenaza. Quise pedir socorro, pero el espanto embargó mi voz, y hasta mis manos se resistían á apretar el cable. ¿Para qué? ¿No iba á cortarlo él por encima de mi cabeza? Dirigí una triste mirada al débil rayo de luz que bañaba las verdosas paredes del pozo. ¡Me parecía tan hermosa aquella luz descolorida!

En este instante estalló bajo mis pies un trueno subterráneo; la mina parecía rugir por todas sus bocas, cual si fuese un volcán. El aire repelido se precipitó por aquel inmenso sifón, un viento poderoso

hizo balancear el cable cual si fuese una seda y chocamos varias veces contra la roca, pero al último resplandor de la antorcha pude ver cómo el cuchillo desprendido de manos del minero daba vueltas por el vacío.

—¡Diantrel un cuchillo nuevo de dos duros! exclamó una voz que reconocí por la de Fuentes.

Pronuncié este nombre y resonó sobre mí una espantosa carcajada.

Era, en efecto, Fuentes en persona el que acababa de servirme de guía, representando el papel del anciano minero como un actor consumado. Mi deseo de separarme de él había herido su amor propio y se vengó con esa estratagema tan notablemente realizada.

—¿Sabe V., caballero, que no se le asusta fácilmente?

—Pero la broma ha sido algo pesada, respondí.

La máquina se paró por última vez; había terminado nuestra ascensión. Desiderio fué desatado primero y aguardé mi vez con ansia febril. Cuando soltaron la cuerda que me sujetaba al cable, conocí que mis fuerzas se agotaban; pisé la tierra con infante satisfacción. Nunca el sol me había parecido tan hermoso como este día.

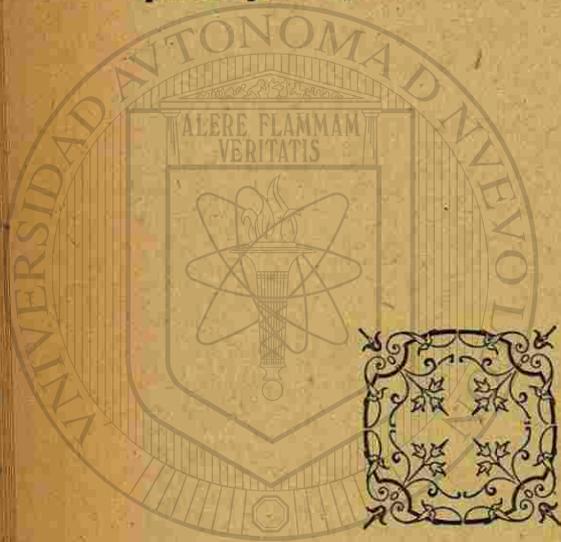
Trajeron los caballos, Fuentes se puso su lujoso traje, y cuando yo tenía el pié en el estribo se llegó á mí un anciano, vestido no menos lujosamente. Yo le conocía, sí, era el mismo minero á quien había visto desnudo y arrodillado ante el altar.

—Perdone V., me dijo, porque el deber me obligó á faltar á la cita; ya habrá oído V. la explosión de la mina...

—Sí, le respondí, y una historia bien triste...

—¡Ahl caballero, mi Felipe hizo perfectamente... Cuando regrese V. á su país, podrá decir que los mineros prefieren la muerte á la deshonra.

A la verdad la inmoralidad de Planillas y el carácter indefinible de Fuentes no podían dejarme buena impresión, pero tipos como el de Felipe y su padre, y rasgos de abnegación cual los que ofrecían, me desquitaban por completo.



IV

Otro encuentro inprevisto

YA me despedía de Fuentes, cuando me dijo:
—Si va V. á la ciudad no le pesará de que le acompañe.

Emprendimos el regreso. Durante el camino él no cesaba de hablarme de las ventajas de su profesión y de rasgos de los mineros; pero yo, resentido por su broma, le respondía con monosílabos. De pronto, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Voto al diablo! Después de dos horas de olvido es capaz de haberse muerto sin aguardarme.

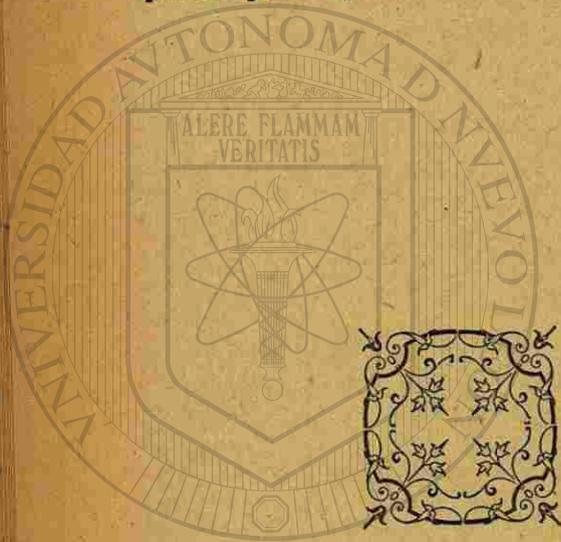
—¿Quién?

—Planillas.

Y Fuentes partió á galope. La ocasión era oportunísima para prescindir de su compañía, pero la curiosidad me hizo seguirle. Al llegar junto al sitio donde por la mañana halláramos á Planillas sentado sobre el cadáver de su mula, Desiderio se detuvo contrariado.

—No veo á nadie, dije.

A la verdad la inmoralidad de Planillas y el carácter indefinible de Fuentes no podían dejarme buena impresión, pero tipos como el de Felipe y su padre, y rasgos de abnegación cual los que ofrecían, me desquitaban por completo.



IV

Otro encuentro inprevisto

YA me despedía de Fuentes, cuando me dijo:
—Si va V. á la ciudad no le pesará de que le acompañe.

Emprendimos el regreso. Durante el camino él no cesaba de hablarme de las ventajas de su profesión y de rasgos de los mineros; pero yo, resentido por su broma, le respondía con monosílabos. De pronto, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Voto al diablo! Después de dos horas de olvido es capaz de haberse muerto sin aguardarme.

—¿Quién?

—Planillas.

Y Fuentes partió á galope. La ocasión era oportu-
nísima para prescindir de su compañía, pero la curiosidad me hizo seguirle. Al llegar junto al sitio donde por la mañana halláramos á Planillas sentado sobre el cadáver de su mula, Desiderio se detuvo contrariado.

—No veo á nadie, dije.

—Ni yo tampoco: eso es precisamente lo que me admira. Se habrá cansado de esperarme, pero tanto peor para él, porque otra vez no le creeré. Sin embargo, lo más probable es que alguna persona caritativa le haya recogido, pues tenía motivos para esperarme aquí hasta el Juicio Final.

—Pero ¿qué le ha sucedido?

—Mire V., dijo Fuentes enseñándome la tierra manchada de sangre y algo más allá la mula muerta, y una bandada de buitres.

Añadió que por la mañana, después de separarse de mí, había vuelto á este sitio con el fin de aclarar ciertas dudas sobre el proceder de Planillas, y le había encontrado, pero bañado en sangre. El herido le contó la verdad: la mula que él y su compañero arrastraban hacia aquel sitio había muerto en efecto en la *hacienda de platas*, pero Florencio no la había visto hasta aquel día. El motivo de su solicitud cariñosa era que el vientre del animal encerraba el producto de un robo, una cantidad considerable de lingotes de plata, que Planillas había metido allí, y que era preciso sacar del establecimiento sin que lo observasen los empleados. La artimaña tuvo éxito, pero en el momento de la partición riñeron los dos cómplices, Planillas se vió despojado de su parte y recibió dos cuchilladas que pusieron su vida en grave riesgo.

—Ya adivinará V. lo demás, continuó Fuentes. Me compadecí de él y le socorrí, ofreciéndole que volvería, pero después no me acordé más de ese pobre diablo.

Llegué triste á Guanajuato en compañía de Fuentes, el cual me hizo reparar de nuevo en la mano del ladrón sacrilego.

—A propósito de esta historia: le dije, de los tres que fueron actores y testigos en la lucha de Osorio con el joven minero; murieron dos, y el tercero se

¿fugó. ¿Cómo, pues, ha sabido V. pormenores que nadie pudo referir?

—De un modo bien sencillo: yo fuí el que hirió á Osorio; yo el testigo de la escena del Atotonilco. Supongo que por eso no verá V. en mí á un matachín de oficio, como Verduzco; si durante mi vida me he visto obligado á dar más de un navajazo, en Méjico, por desgacia, con harta frecuencia es preciso tomarse la justicia por propia mano. Usted mismo ¿no ha estado hoy á punto de matar á un hombre? ¿Podrá usted asegurar que no se repita este caso, si vuelve á encontrarse con él?

Este rudo apóstrofe me hizo estremecer, al recordarme el peligro que corría, permaneciendo más tiempo en Guanajuato. El lector comprenderá mi satisfacción cuando llegué á la posada.

—Me alegro de saber que para V. aquí, dijo Fuentes estrechándome la mano. Mañana vendré á buscarle, y aún pasaremos un buen día juntos.

—Como quiera V., le dije, hasta mañana.

Pero así que entré, dí orden á Cecilio de ensillar los caballos á media noche; y que de allí en adelante solo viajaríamos de noche, durmiendo de día, porque es mucho mejor para la salud: me pareció que de esa manera podría burlar todas las pequisas de don Tomás.

Sin embargo, el tiempo me tranquilizó y poco después volví á mis costumbres ordinarias; de manera que cuando llegué de regreso á la hacienda de Arroyo Zarco era ya más de mediodía; es decir, que había dormido toda la noche en San Juan del Río y había caminado casi todo el día. En esta última parte del viaje mil recuerdos tristes se agolparon á mí mente. En la llanura, en la hacienda todo me recordaba á don Santiago. Llegué al sitio donde le encontrara, sentado tristemente junto al fuego. ¿Qué quedaba después de tantos sueños de amor y de fortuna?

Un cadaver muy lejos de allí, y ante mis ojos algunos tizones esparcidos y una ceniza fría.

Llegada la hora de la cena fui á buscar alguna distracción, no en la mesa redonda, sinó en la pieza donde numerosos viajeros tomaban un refrigerio. Había allí, como la vez pasada una reunión heterogénea de todas las clases de la sociedad mejicana. De pronto la posadera, con su voz de tonos duros, prorrumpió:

—Señor don Tomás: he aquí al extranjero que hace días le buscaba á V.

Levantéme con presteza y reconocí al asesino de don Santiago. Sentí escalofríos de repulsión más que de temor, dirigí una mirada en torno, y en los circunstancias encontré solo esa curiosidad indiferente que igual acogería un desenlace cómico que uno trágico. En seguida, sin poder evitarle, me sentí cogido por dos brazos vigorosos: sufría el abrazo odioso del matachín. Me desasí bruscamente de él y no parecía reparar en mi repulsión.

—¡Ahl clamó con impudencia, ¡que fortuna la mía hallar aquí á un caballero que se ha conquistado toda mi simpatía! ¿Con qué me buscaba V.? ¿En que puedo serle útil?

—Una equivocación, por lo que veo, me hizo desear ver á V. Si no ha olvidado su visita á la calle de la Segunda Monterilla, debe V. recordar el objeto que allí le llevó.

—Según eso ¿es V. el que vivía en aquella casa? Puedo V. vanagloriarse de haberme hecho andar más de diez leguas en su busca.

—Yo he andado más de doscientas cuarenta para encontrar á V., le repliqué.

Con aquella misma risita que le noté la primera vez, dijo:

—Buscaba un extranjero con el cual tenía que arreglar ciertos asuntos, y una equivocación, en efecto, me condujo á casa de V. Pero ahora le conozco á us-

ted ya, caballero, y no es fácil que vuelva á equivocarme. No necesito ver las personas más que una vez para recordar su fisonomía, aunque pasen veinte años.

Estas últimas palabras las acentuó de modo que no me quedaba la menor duda acerca de la amenaza que contentan. Callé y el criminal pareció arrepentirse de haber dejado traslucir de aquel modo su rencor. Entonces, volviéndose á la posadera, continuó alegremente:

—Patrona: espero que sirva V. de los mejores platos á este caballero, á quien aprecio de un modo singular.

—He cenado perfectamente, dije.

—Pues entonces beberemos para celebrar nuestro encuentro inexperado. Patrona: tráiga V. una botella de anisado de España.

No sabía como excusar esta desagradable invitación cuando puso término á mis vacilaciones una intervención amistosa que estaba muy lejos de esperar.

Era el capitán, ó mejor dicho el teniente don Blas P... á quien por deferencia daban aquel ascenso los que le conocían. El militar vino á darme la bienvenida.

—Espero que nos acompañe V., capitán, dijo el matachín.

Don Blas aceptó, pero yo, animado por su presencia, rehusé resueltamente diciendo:

—Estoy fatigado y me retiro á mi cuarto. Capitán don Blas: si el itinerario de V. es igual al mío, tendré muchísimo gusto en aprovecharme de su compañía, y al amanecer tomaremos el camino de Méjico.

El militar se excusó manifestando que le retendrían por aquellas inmediateces todo el siguiente día algunos asuntos de importancia. Euseguida se sentó frente á Verduzco.

—Buenas noches, les dije; deseo que duerman us-

tedes tan tranquilamente como yo espero hacerlo muy pronto.

Satisface mi cuenta y salí de allí á paso lento, sin que don Tomás me quitase ojo. Llegué á mi cuarto más preocupado por las atenciones de aquel asesino que lo hubiese estado por su cólera, y encontré á Cecilio roncando. Le desperté.

— Ensilla los caballos ahora mismo y llévalos sin meter ruido detrás de la posada. Al momento estaré yo allí.

En mi fuga el lector comprenderá que aún iba más aprisa que cuando acompañara al infeliz don Santiago. Regresar á Méjico de ese modo no tenía nada de airoso. Huía de un hombre á quien con frenético afán había seguido tantos días. Gracias á Dios el desenlace de la aventura no fué trágico para mí.



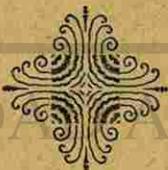
EL CAPITÁN DON BLAS y la conducta de platas

I

Los conspiradores

SE acercaba el día de mi despedida de Méjico para Veracruz, de regreso á Europa. Solo me faltaba elegir la manera de realizar el viaje. Hacía algunos años que una empresa había establecido un servicio de diligencias en varias direcciones, y había también carros para el transporte de equipajes que competían con las pintorescas caravanas de arrieros.

¿Debía sacrificar mis placeres de peregrino solitario á la comodidad de recorrer más rápidamente el trayecto de Veracruz á Méjico? Partidas de audaces bandoleros explotaban la innovación y apenas pasaba diligencia que no fuera saqueada por ellos. Una casualidad puso fin á mi irresolución; el Comercio de



tedes tan tranquilamente como yo espero hacerlo muy pronto.

Satisface mi cuenta y salí de allí á paso lento, sin que don Tomás me quitase ojo. Llegué á mi cuarto más preocupado por las atenciones de aquel asesino que lo hubiese estado por su cólera, y encontré á Cecilio roncando. Le desperté.

— Ensilla los caballos ahora mismo y llévalos sin meter ruido detrás de la posada. Al momento estaré yo allí.

En mi fuga el lector comprenderá que aún iba más aprisa que cuando acompañara al infeliz don Santiago. Regresar á Méjico de ese modo no tenía nada de airoso. Huía de un hombre á quien con frenético afán había seguido tantos días. Gracias á Dios el desenlace de la aventura no fué trágico para mí.



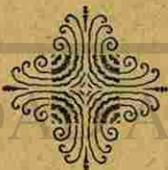
EL CAPITÁN DON BLAS y la conducta de platas

I

Los conspiradores

SE acercaba el día de mi despedida de Méjico para Veracruz, de regreso á Europa. Solo me faltaba elegir la manera de realizar el viaje. Hacía algunos años que una empresa había establecido un servicio de diligencias en varias direcciones, y había también carros para el transporte de equipajes que competían con las pintorescas caravanas de arrieros.

¿Debía sacrificar mis placeres de peregrino solitario á la comodidad de recorrer más rápidamente el trayecto de Veracruz á Méjico? Partidas de audaces bandoleros explotaban la innovación y apenas pasaba diligencia que no fuera saqueada por ellos. Una casualidad puso fin á mi irresolución; el Comercio de



Méjico, aprovechando uno de esos momentos de tranquilidad, tan raros entonces en aquel país, enviaba á Veracruz un cuantioso convoy de plata «conducta de platas.»

En un espacioso patio de una casa de la calle de la Monterilla (en cuya calle vivía), cargaban los arrieros los sacos de pesos, metidos en cajas de madera: me uní á los curiosos para presenciar los preparativos. Conforme iban recibiendo las mulas su preciosa carga se agrupaban en el fondo del patio. Unos veinte mozos juraban á la vez, y en todos los tonos, desempeñando esa tarea. En el vestíbulo de la puerta cochera el arriero jefe firmaba los recibos, invocando á la Virgen y á los Santos para el mejor éxito de su viaje, pero interrumpiéndose á cada momento para regañar á sus auxiliares. En la calle el populacho contemplaba con ojos ávidos los dos millones de duros expuestos á todos los percances de un viaje largo y peligroso, y la mayor parte de los espectadores no disimulaban su ardiente codicia.

—¡Diantrel, decía un haraposo lepero, si yo tuviese un animal como el que monta ese caballero!

Y señalaba con la vista un rancho de rostro moreno, que montaba un caballo negro como el azabache. El animal reprimido por el jinete, arrojaba á derecha é izquierda copos de espuma al tascar su freno.

No pude menos de admirar la belleza del caballo, observando á la vez la tranquilidad de su dueño que parecía contenerle únicamente por la inflexible fuerza de voluntad que es característica en el jinete mejicano.

—Y que harías con ese caballo, Gregorito, le preguntó otro lepero.

—Acompañaría la conducta hasta un punto del camino que conozco bien, y muy desgraciado había de ser para que no se viniesen conmigo una ó dos cargas.

—¡Una ó dos cargas!

—O tres á lo más. No tengo demasiada codicia, pero me parece que ese lobo tiene todavía menos que yo.

El rancho miraba con cierto desdén el convoy, y cualesquiera que fuesen sus pensamientos habría sido difícil descubrir en su fisonomía otra cosa que la indiferencia.

Un destacamento de lanceros destinado á escoltar aquel tesoro apenas bastaba para guardar la entrada del patio á donde se aglomeraban los espectadores. Las banderolas encarnadas de las lanzas se agitaban entre la muchedumbre.

Acababa la faena, el destacamento se puso en marcha con el convoy.

Poco á poco se dispersó la multitud y no quedó allí más que el rancho, que parecía contar las mulas á medida que pasaban, y que miraba también con atención á cada uno de los mozos. Iba á retirarse igualmente este jinete cuando se le acercó Gregorito, pidiendo que le permitiera encender el cigarro.

Entre los dos medió una conversación muy animada en voz baja, y yo sin hacer caso alguno de ese incidente, me fuí á mi casa, con la idea de agregarme al convoy: así mi viaje sería más seguro y podría satisfacer mi curiosidad explorando á cortas jornadas el camino de Méjico á Veracruz. Las mulas de carga andan muy despacio, y por consiguiente, gracias á la ligereza de mi caballo, me sería fácil alcanzarlas á pocas leguas de Méjico, aunque me entretuviese un par de días en despedirme de los amigos. Lo que me urjía era hallar un caballo para mi criado, puesto que el suyo no había podido resistir las fatigas del seguimiento y de la huída de don Tomás. En cuanto al mío era propio por su resistencia para cruzar los desiertos y merecía el nombre de *Huracán* que le había puesto.

Ya estaban hechos mis preparativos cuando un incidente revolucionario me obligó á suspender el viaje. Al día siguiente de haber salido de Méjico la conducta, las personas de orden lamentaban que en tales circunstancias se expusieran diez millones de pesetas á las contingencias peligrosas de un camino tan largo.

El lector recordará al capitán don Blas á quien dejé sentado en Arroyo Zarco en compañía de Verduzco. Las relaciones superficiales que yo tuviera con aquel oficial no habrían bastado para que yo lo tuviese presente, á no ser por la inteligencia que al parecer mediaba entre él y dicho criminal.

Pues bien: un día al oscurecer, cuando entraba en mi casa el portero me señaló un individuo que me aguardaba en uno de los bancos del vestíbulo, y que se levantó apresuradamente al acercarme.

Un schakó sin visera y excesivamente pequeño para su cabeza parecía bailar sobre una cabellera larga y enredada; una casaca de paño basto y un pantalón que llamaba la atención por lo ancho, como el schakó por lo estrecho; unos zapatos cuya punta asomaban los dedos, y una cara de color rojo cobrizo, indicaban que este hombre era un lepero arrancado por la leva á la ociosidad de la calle. Pero á juzgar por su aire picaresco y resuelto no debía pesarle por ello.

Me entregó una carta diciendo que era asistente de don Blas y que venía de parte de su amo. Reconocí, en efecto, la letra: decía así:

«Mi estimado amigo: he leído con emoción, en la novela que V. me prestó, aquello de dos amigos que solían prestarse mútuo auxilio con la espada y con el bolsillo, cuando llegaba la ocasión. Hoy tengo necesidad del bolsillo de V., y suplico que le entregue al dador una onza de oro que le devolveré cuando me sea posible. Aseguro á V. que me prestará un

servicio que el país le ha de agradecer como su adicto servidor

Q. B. S. M.

Blas P...»

«P. D.—Después de meditarlo mejor creo que si usted mismo pudiera traerme la onza sería mucho más seguro el recibirla. Excuso decir á V. que puede contar con mi espada.»

Opiné como don Blas que la onza llegaría con más seguridad á sus manos, si se la llevaba yo mismo.

—¿En dónde está tu amo? pregunté al soldado.

—En la barrera de Guadalupe.

—Siento que haya sonado ya la oración porque después de esa hora no se puede ir á caballo por las calles.

—Si Su Señoría quiere venir conmigo, obedeciendo las órdenes de mi amo, debo suplicarle que venga á pie.

A pesar del honor que se me hacía afirmando que prestaba un servicio á la nación mejicana, no podía menos de reparar en que me cabía la peor parte en este cambio caballeresco de bolsillo y de espada. Lo acepté cediendo al deseo de saber por boca de don Blas algo concreto sobre Verduzco y si debía temer sus acechanzas. Me eché la capa sobre los hombros, escondiendo debajo mis armas, y seguí al soldado.

Al atravesar la ciudad tomé la precaución de ir por medio de las calles, para evitar cualquiera emboscada que pudiera ocultarme la desigualdad de las paredes. La noche era oscurísima y las lluvias de Julio se anunciaban ya por una niebla espesa que ponía resbaladizas las calles.

Llegamos sin tropiezo á la barrera de Guadalupe.

—¿Falta todavía mucho?

—Muy poco, me respondió el soldado.

La niebla se iba convirtiendo en lluvia menuda. Habíamos llegado á la carretera que pasa por entre las lagunas sin que el soldado se detuviera.

Por fin ví brillar débilmente una luz en la ventana de un piso bajo y llegó á mis oídos un rumor confuso de voces.

El soldado llamó con la bayoneta, y abierta la puerta, se coló adentro haciéndome seña para que le siguiera. Sin la idea de una emboscada, que hacía un mes venía preocupándome, acaso le hubiera seguido sin vacilar; pero entonces aquéllo, por el mal aspecto de la casa, parecía una madriguera de asesinos.

Una voz conocida puso fin á esta situación; era la de don Blas, que preguntaba á su asistente el resultado de su comisión. Desvaneciéronse mis temores y entré. D. Blas acudió á mi encuentro y me estrechó en sus brazos con la efusión de un verdadero mejicano. Me hizo atravesar una sala llena de gente extraña, para llegar á una pieza más grande, en la cual se veían algunas mesas rodeadas de bebedores y jugadores. En esta sala había menos gente, pero su exterior era mucho más distinguido. Por los bigotes y por su aire marcial todos aquellos hombres parecían militares, aunque vestidos de paisano.

D. Blas y yo nos sentamos en un sitio aparte. Volviéronse los bebedores hacia mí y me miraron de un modo poco tranquilizador.

—Señores: es un amigo, se apresuró á decir, y no nos hará traición.

Tenía muchísimos motivos para ser prudente en aquel momento. Sirviéronnos una infusión de tamarindo muy cargada de licor y dije á don Blas:

—¿Por qué no ha venido V. mismo á casa? Me habría evitado V. una larga caminata que luego tendré que repetir solo en medio de una noche tenebrosa.

—Diré á V., respondió tomando la onza y metiéndosela en el bolsillo. El motivo de esa molestia es que no puedo salir de aquí sin pagar el gasto que he hecho. En cuanto á V. no podrá volver á su casa hasta el amanecer, y yo le acompañaré.

—¿Es decir que va V. á tenerme también preso?

—¡Ah! no, pero dentro de un par de horas verá usted ciertas cosas que le quitarán las ganas de marcharse. Por ahora no puedo decirle nada más.

Tal confianza abría un vasto campo á mis conjeturas, pero nada le repliqué; limitándome á decir:

—Hablando de lo que más me importa, capitán, quizás llegue el caso de que acepte el ofrecimiento de su valiosa espada.

La fisonomía del militar, risueña hasta entonces, se nubló. Sin embargo, volvió al tono amable:

—¡Caramba! está V. de desgracia. Mi espada se halla comprometida, lo mismo que el resto de mi equipaje. ¿Acaso no tiene V. espada, para pedir que le preste la mía?

—Es el brazo de V. lo que importa, respondí riendo. Ni aun la espada del Cid me serviría de nada contra un enemigo tan temible como...

—Hable V. más bajo, dijo don Blas retorciéndose el bigote, aquí saben que el peligro me electriza, y podrían temer que prestare á otra causa el apoyo de un brazo que pertenece exclusivamente á mi patria.

No quise llevar más lejos la prueba de lo que podía esperar del ofrecimiento. Le pregunté lo que más me importaba y mi aprensión desapareció al enterarme de que don Tomás no había hablado una palabra de mí después que salí de Arroyo Zarco.

Se oyó el galope de un caballo en la carretera y penetró corriendo en la sala un muchacho de unos quince años. Su gorrita militar galoneada de oro y su uniforme anunciaban un cadete.

—Todo va bien, señores, dijo; el coronel acaba de recibir un pliego del general; sus fuerzas han llegado á Córdoba esta noche; Valencia se acerca también por su parte; dentro de tres días seremos dueños de Méjico y yo seré alférez.

Todos los concurrentes se levantaron.

Era evidente que asistía al prólogo de una nueva revolución.

La noticia produjo gran algazara en la sala inmediata, dominándolo todo los gritos de «¡Viva Santa Ana! ¡Muera Bustamantel! ¡Abajo el Congreso!»

Interrogué á don Blas, y me dijo:

—¡Chitón! V. debe aparentar que no ignora nada. Más tarde le pondré al corriente de todo. ¡Hola, Juanito! añadió llamando á su asistente.

Este compareció enseguida con un traje más pintoresco que el que llevaba una hora antes. El schakó sin visera continuaba bailando en su cabeza, pero había sustituido la casaca militar con un frac de paisano, y como era corto de talle para él quedaba al descubierto hasta la línea del pantalón cerca de medio palmo de carne de un color rojo cobrizo. Juanito parecía de mal humor.

—¿Qué tienes muchacho? le preguntó don Blas.

—¡Voto al diablo! ¡Interrumpe V. mi suerte en el instante en que iba á ganar un casco de dragón que jugaba contra mi schakó, y quiere V. que esté contento!

—Dí al señor patrón que tenga la bondad de venir.

Juanito dió media vuelta y salió sin proferir una palabra.

—Es un mozo leal, y esto hace que le tolere algunas libertades, observó el capitán. ¡Es tan rara la lealtad en este mundo!

Se presentó el posadero y al verle me expliqué la docilidad del capitán. Era un hombre de talla atléticas, de anchos hombros, rostro encarnado, con bigotes formidables, de puntas muy retorcidas: el aspecto de un valentón.

—¿Cuánto debo?

—Me debe V. quince pesos y medio.

—¡Quince pesos y medio! ¡Demonio!

Y entregando don Blas á aquel hombre la onza de

oro que había pasado de mi bolsillo al suyo, recibió el medio peso que le sobraba, y añadió:

—¡Canario, coronel, supongo que me dará V. un real más por el cambio!

Grande fué mi asombro al ver un coronel posadero. Hizo oídos de mercader al ruego del capitán y sacando de un armario contiguo una espada y una gorra, se las entregó diciendo:

—No olvide V. que no le cobro nada por el disgusto de verme obligado á tenerle en rehenes dos días.

Terminado este incidente no pude menos de comunicar á don Blas mi extrañeza, y me contestó:

—Ya vé V. cómo tenía empeñada mi toledana. No debe V. asombrarse de ver á un coronel convertido en posadero, conociendo, como V. conoce, este país. Desde que vivimos en un estado revolucionario intermitente andamos tan mal de pagas que no podríamos mantenernos con ellas, y es preciso que cada cual se ingenie y acuda á otros recursos. Ahora que he recobrado mi libertad, gracias á V., necesito salir para bien de la patria. Venga V. conmigo.

Don Blas cambió en seguida algunas palabras en voz baja con los demás oficiales reunidos allí, y les ofreció volver para darles cuenta de lo que ocurriera.

Le seguí con tanto más gusto cuanto comprendía que un extranjero no debía permanecer dentro de un foco de conspiración.

Había cesado de llover y una niebla densa cubría las lagunas de ambos lados del camino. Reinaba silencio profundo que solo interrumpía un rumor vago y confuso parecido al estremecimiento de las cañas de los lagos.

—Avancemos, dijo don Blas, se acerca la hora y me sorprende no ver nada todavía.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha aquel rumor se hizo más distinto, convirtiéndose en ruido de

pisadas de caballos, amortiguado por el barro del camino: procedía indudablemente de un cuerpo de caballería en marcha. Luego ví adelantar una masa negra.

—¿Quién vive? gritó uno de los que marchaban á la cabeza.

—Amigos, respondió el capitán.

—¿Qué gente?

—Méjico.

Y al dar esta contestación don Blas preguntó á su vez dónde estaba la división del general.

—En Córdoba, dijo su interlocutor.

Pasó la tropa y nosotros permanecemos en el mismo sitio. Poco después apareció otra fuerza, y luego otra, y todas contestaron como la primera, y continuaron su marcha á la ciudad.

Sin embargo, aquellos hombres no vestían uniforme de cuerpos regulares. Observando esto ví brillar algo en medio de la niebla y oí «vivas» repetidos. Era otra fuerza que se adelantaba por el camino. En el centro, y vivamente iluminados por antorchas de resina, venían montados dos jefes en hermosos caballos y en traje de campaña, es decir, medio militar y medio paisano. El que iba delante era de elevada estatura, de rostro amarillento y de unos cuarenta y cinco años. Una frente abultada, cuya prominencia apenas disimulaba el sombrero, la nariz un poco aguilena, los ojos grandes y expresivos y su boca movable le daban aire de nobleza. Largos cabellos, formando bucles en sus sienes, ocultaban en parte sus pómulos algo salientes.

Don Blas hizo un gesto de sorpresa y se lanzó hacia el caballo de este personaje, descubriéndose respetuosamente.

—Su Excelencia, le dijo, no debe olvidar que estamos á dos pasos de Méjico, y la prudencia exige que no pase adelante.

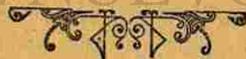
—¡Ahl es V., capitán don Blas, respondió el desconocido, deteniéndose. Me alegro mucho de verle entre los nuestros.

En seguida, volviéndose á los que le seguían, añadió:

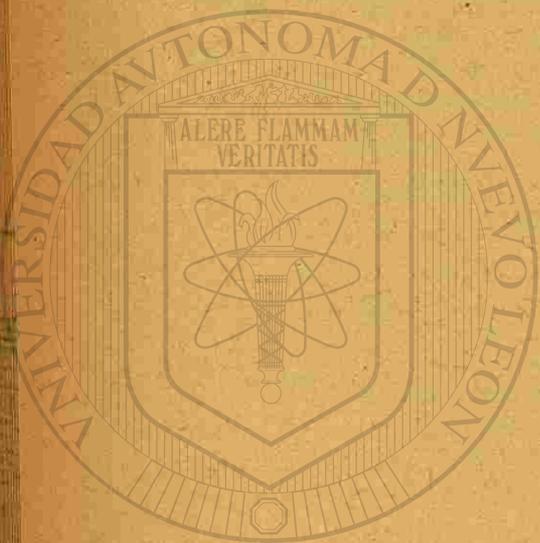
—Ya lo oís, señores: el placer de verme otra vez entre vosotros me hacía olvidar mi propia seguridad. Pero no está lejos el día en que volveré y en que solo encontraré allí, añadió señalando á la ciudad, amigos y hermanos.

Dió media vuelta aquel personaje y advertí que la pierna derecha, que apoyaba levemente en el estribo, era de palo.

Un hurra general ahogó sus últimas palabras, las antorchas, arrojadas al aire, se apagaron silbando en las aguas de la laguna y todo volvió á quedar en la oscuridad. Pero ya había reconocido yo en aquel ginepe al que años hacía era el genio maléfico de la nación mejicana el pretexto ó la causa de todas sus revoluciones, el general don Antonio López de Santa Ana.



UNIVERSIDAD ALFONSO XIII
 DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL



II

En plena revolución--Cómo se ganó un empleo de capitán

Don Blas y yo volvimos á quedarnos solos. Me dió algunas explicaciones sobre las causas de aquello y regresamos á la posada, donde él contó á sus compañeros lo bien que iba la cosa. Los oficiales se dispusieron á introducirse aisladamente en la ciudad, mientras los soldados recibían orden de diseminarse por los arrabales.

En cuanto á nosotros tornamos á pie á Méjico. Por el camino expuse á mi acompañante mis recelos acerca de la suerte del convoy de plata.

—¿Tiene V. parte en él? me preguntó con viveza.

—Ninguna, pero el saqueo del convoy causaríá pérdidas á no pocos compatriotas míos.

—No tema V., dijo don Blas, un protector oculto, pero poderoso, garantiza la seguridad de esta conducta: ha salido un correo de gabinete que lo ha hecho detenerse en lugar seguro. No queremos que un ataque á la propiedad manche la gloriosa revolución que

inauguramos. Yo estoy designado para tomar el mando de la escolta á la hora de continuar su marcha.

Otra sorpresa me causó el calor con que don Blas tomaba aquella misión; por cierto que con ese calor hubo de contrastar la frialdad que me mostró al comunicarle mi empeño decidido de acompañarle á Veracruz.

—Bueno, murmuró, pero por desgracia no podemos fijar todavía el día de la partida.

Al día siguiente se supo que los generales Santa Ana y Valencia venían al frente de dos divisiones para reparar los males que se atribuían al gobierno de Bustamante. Poco después se oyó el estampido del cañón. Hubo combates de importancia entre las tropas del gobierno y los sublevados, cuyo proyecto era cercar la Plaza Mayor, habiéndose apoderado ya de una batería establecida en el ángulo de las calles de San Agustín y Segunda Monterilla. La guarnición del palacio, vendida á los insurrectos, se apoderó en la plaza misma de la persona del Presidente. Sin embargo siguió corriendo la sangre.

A todo esto yo me preguntaba que habría sido de don Blas, y á la siguiente madrugada despertaronme con sobresalto recios golpes dados en la puerta de la calle. Poco después entraba en mi cuarto de uniforme mi hombre: la cara sin afeitar y ennegrecida por la pólvora y los cabellos en desorden probaban ó parecían probar, al menos, que había tomado parte en los combates anteriores.

Felicitéle por su aspecto belicoso, y me dijo con aire resuelto que venía á apoderarse del terrado de mi casa, que dominaba la plaza del Palacio.

—Me llaman capitán, sin ser más que teniente, y he elegido la azotea de esta casa por estar cerca de la Presidencia y por que V. pueda ver como gano la efectividad de capitán. Ya está arriba mi compañía, y espero que V. nos acompañará.

—Asistiré con mucho gusto al triunfo de V., pero me pondré á cubierto de las balas, puesto que no tengo que ganar ningún grado.

En esto apareció el asistente Juanito.

—Mi capitán: sino viene V. á ponerse al frente de la compañía va á ocurrir alguna desgracia.

—¿Es que están esos pícaros impacientes por empezar la broma?

—No, mi capitán, no tienen ninguna prisa; al contrario: pero en la azotea del Ayuntamiento, frente á esta casa, se halla ese bribón de coronel, el dueño de la posada que tuvo á usía en rehenes.

—¿Y qué?

—Que nos hace proposiciones para venderle los cartuchos.

—Y seguro estoy de que mis valientes las habrán rechazado con indignación.

—¡Ya lo creo! Quiere comprarlos á mitad de precio.

—¿Nos ha vendido ese condenado de coronel?

Bien puede ser, mi capitán, pero no acostumbro á meterme en lo que no me importa.

—Durante este diálogo yo me vestía á toda prisa, y enseguida los seguí á la azotea, con vivísimos deseos de ver cómo don Blas ganaba su empleo de capitán. Aun no había salvado yo los últimos escalones cuando le oí mandar «¡fuego!» con voz atronadora. Me detuve, pero con gran sorpresa mía no sonó ni un tiro. Una segunda voz de mando tuvo igual resultado que la primera, y solo á la tercera se oyó una que otra detonación, como indicando la repugnancia de los soldados á malgastar sus cartuchos.

Entreabrí la puerta de la azotea con las precauciones que el caso requería, y protegido por la barandilla fui á situarme detrás de uno de los pilares que se elevaban en forma almenada, indicio de haber pertenecido la casa á un noble en tiempo de la dominación española.

CAPILLA AERONAUTA

D. Blas parecía mirar con ojos de envidia el sitio seguro que yo ocupaba. He aquí lo que vi: la bandera nacional no flotaba ya en lo alto del Palacio, dentro del cual el Presidente se encontraba preso por su misma guarnición.

En las claraboyas enrejadas de la cárcel, que formaba parte del Palacio, se agitaban furiosamente algunas caras siniestras. Las tropas fieles al preso continuaban en la Plaza Mayor; los oficiales iban y venían comunicando órdenes; la artillería rodaba con estrépito por el empedrado, y algunas descargas lejanas y la humareda blanca que se alzaba detrás de las casas indicaban que se batían de firme allá donde no alcanzaba mi vista. Según la costumbre de Méjico, se batían también en las azoteas. Era como una segunda batalla en una región superior.

Las azoteas del Palacio estaban llenas de soldados que componían una parte de la guarnición vendida á Santa Ana. Estos soldados sostenían un fuego bastante nutrido contra las tropas del coronel, que de este modo se hallaban entre dos fuegos; la proximidad de la gente de don Blas era lo que debía darle más cuidado. Este había mandado nuevamente hacer fuego, pero esta vez con mejor éxito, puesto que el gigantesco coronel se adelantó como parlamentario á la baranda de la azotea que ocupaba, y colocando sus manos en forma de bocina, gritó:

—¡Sabéis que es irritante, muchachos, que hagais fuego contra nosotros de esa manera? ¡Diantre! Debíais tener más miramiento. No está bien reunirse dos contra uno.

—¡Traidor! gritó don Blas furioso.

—¡Qué es eso de traidor? Está V. chistoso, amigo don Blas. Nadie es traidor por su gusto; está V. muy atrasado en política.

—Ha hecho usted proposiciones ofensivas á mis soldados, añadió don Blas.

—Es verdad; he faltado en no ofrecerles un precio razonable por sus cartuchos, pero estoy pronto á reparar el agravio.

Un hurra de alegría lanzado por los de don Blas indicaba que el orador empezaba á convencerles.

—Quedamos, pues, convenidos en que no volveréis á hacerme fuego. ¿Qué provecho sacaría vuestro capitán con matarme? No me debe ni un real.

Este argumento fué contraproducente para don Blas, y blandiendo airado su espada, gritó:

—¡Mueran los enemigos de la patria! ¡Fuego á los traidores!

Y obligó á sus soldados á obedecerle, y los dos partidos empezaron á hacerse fuego con tanto encarnizamiento como escaso resultado. Cubierto con el ángulo de la pared observé el comportamiento de don Blas, y debo declarar que me pareció bastante satisfactorio. Las balas silbaban.

Sonó una nueva descarga y don Blas cayó. Iba á acudir á él, pero el asistente me detuvo. Su jefe permanecía en el suelo sin dar señales de vida. Observé que Juanito mandaba alejarse imperiosamente á algunos soldados que también trataban de auxiliarle, y pensaba que sería por efectuarlo él únicamente, cuando con gran sorpresa vi que le registraba los bolsillos. Retirando al fin sus manos vacías, dijo con el acento del desengaño:

—¡Nada! ¡ni un real!

Después el leal asistente cogió la charretera de oro de su amo y se la guardó para consolarse del disgusto.

D. Blas suspiraba débilmente, abrió los ojos y pidió que lo sacasen de allí. Así lo hicieron cuatro soldados. Quise acompañarle para que le pusiesen en mi cama, y se le curase, pero se opuso tenazmente. A pesar de ésto insistí y se le condujo á mi cuarto.

—Esto no será nada, me dijo él; las balas no ma-

tan á un veterano como yo. Vuelva V. á la azotea y continúe observando la acción; la noticia de la victoria me curará. Necesito quedarme solo.

Cedí á sus ruegos y volví á la azotea. Durante mi ausencia el coronel había propuesto una tregua que fué aceptada, y yo, tranquilizado por esta circunstancia, pude observar mejor la marcha de los sucesos. La batería establecida en el ángulo de las calles de San Agustín y Monterilla vomitaba incesantemente metralla; la calle estaba llena de muertos y de heridos; los unos caían con el frío estoicismo de los indios; otros lanzando gemidos penetrantes. Estos pertenecían en gran número á la clase de los curiosos que se habían aventurado en medio del fuego. Más allá, por la parte del barrio de San Lázaro, el cañón tronaba también sin cesar. Por último, en la calle de Tacuba, que mira al Palacio, una batería de los sublevados barria la plaza y abría espaciosa brechas en el recinto del mismo Palacio. Los escombros se acumulaban con rapidez, las barandas de los balcones colgaban destrozadas y torcidas, y á poco rato se vino abajo un lienzo de la pared.

Entonces se vió aparecer en una ventana á un hombre vestido con lujoso uniforme. En su franca fisonomía y en su robusta constitución distinguí los rasgos característicos de una naturaleza propia para la vida militar. Era quizás el mejor ciudadano de Méjico, el general Bustamante. Mas afligido por las escenas que ensangrentaban la ciudad que preocupado por la suerte de su persona, dirigió á los sublevados palabras que sentí no poder oír, á la distancia á que me hallaba. Pero no cesó el estampido del cañón, volaban las piedras arrancadas por los proyectiles muy cerca de él, y sin embargo, permanecía indiferente al peligro. Al fin le hicieron retirarse.

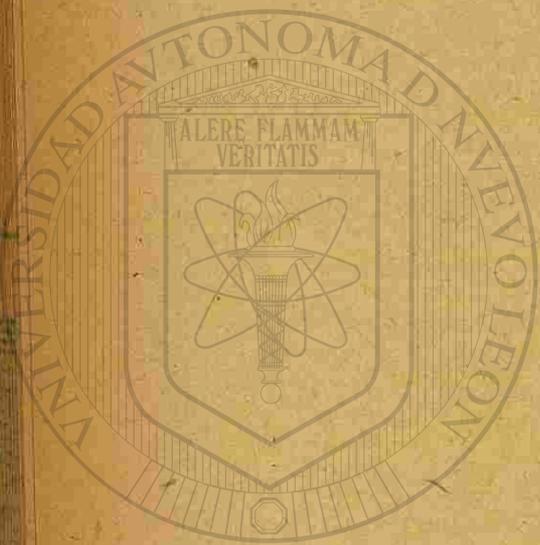
Casi á la vez por las grandes grietas abiertas en las paredes de la cárcel empezaron á salir los presos,

uno tras otro, á pesar de la metralla que barría la plaza. Al recobrar su libertad aquellos hombres, en su mayoría grandes criminales, dispersábanse por las calles contiguas con salvajes gritos de alegría. Era el complemento de la anarquía imperante.

Empezaban á fatigarme esas terribles escenas cuando se estableció entre los combatientes una tregua tácita: un silencio profundo sucedió á las descargas de artillería: había llegado el momento de que cada partido curase sus heridos y contara sus muertos. Bajé á mi cuarto á ver á don Blas y... ¡había desaparecido, dejando la cama casi intacta!

Pregunté á los de casa, y me dijeron que al declararse la tregua le vieron bajar la escalera con paso firme y lanzarse fuera. El drama parecía terminado. En la calle se recojían los heridos y las gentes abrían las puertas para recibirlos. En cuanto á los muertos generalmente se pasaba junto á ellos con la mayor indiferencia.

ANL
 MA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS



III

El asalto al convoy

A PENAS se restableció el orden resolví salir de Méjico. Supe que el convoy de plata continuaba su marcha escoltado por don Blas. Era la mejor ocasión para que yo le acompañase.

Partí de Méjico al salir el sol con mi criado Cecilio. Así que me encontré en el campo empezó á desvanecerse el placer que experimentaba á la idea de mi próximo regreso á Francia, alternando la tristeza con la satisfacción. Méjico se encuentra todavía rodeado de lagunas como en tiempo de la conquista, pero el aspecto de esas lagunas ha cambiado completamente, cruzadas por una espaciosa carretera. Al llegar á Buena Vista, desde donde se domina el valle de Méjico, me detuve para mirar por la postrera vez aquellos hermosos llanos.

Después de pasar la noche en la venta de Córdoba, atravesé sucesivamente los bosques de Río-Frío, famosos por los robos que en ellos se cometen diariamente, y los risueños valles de San Martín, que traen á la memoria los del Bajío.

CAPILLA ALFONSO

La nevada cima de los volcanes vecinos de Méjico brillaba á los últimos rayos del sol cuando yo llegaba á Puebla. La conducta había pasado por esta ciudad el día precedente.

Con sus iglesias, sus altos campanarios y sus cúpulas pintorescas, Puebla parece á lo lejos una población oriental. No me detuve en ella sinó el tiempo preciso para descansar, y al tercer día de mi salida de Méjico divisé en el camino de Puebla á Veracruz las banderolas rojas de los lanceros que escoltaban el convoy.

Y el primer soldado á quien me dirigí era Juanito, que había pasado, como su amo, de infantería á caballería, ascendiendo á cabo.

—¿Está V. todavía al servicio de don Blas? le pregunté.

—Ya no, señor, desde que á él le hicieron capitán, y yo gané también estos galones en la azotea de la casa de V.

Enseguida alcancé al capitán. Marchaba meditando á la cabeza del destacamento. Felicítelo por su ascenso y le pregunté por su herida. Sonrojóse un poco y me preguntó si pensaba acompañarle.

—Hasta Veracruz, respondí.

Me habló de los peligros del camino y le dije que los evitaría yendo con él.

—¡Ay! amigo, repuso, los últimos sucesos han lanzado algunas gavillas en campaña, y he oído que acaso tengamos que habérmolas con los bandidos en los desfiladeros de Amosoque. Pasó aquel tiempo en que bastaba que la bandera española flotase sobre un convoy de dinero para que no le amenazase ningún peligro en todo el camino.

—¿Y un escuadrón de lanceros, mandados por usted, no ha de servir para el caso lo mismo que la bandera española?

—¡Dios lo quiera! Por mi parte cumpliré con mi deber.

El camino era tan accidentado como pintoresco, y los espesos bosques, los barrancos profundos y los desfiladeros que atraviesa resultan harto propicios á emboscadas. A las pocas horas de hallarme entre mis nuevos compañeros de viaje empecé á sentir la necesidad de una distracción para evitar el fastidio de aquella marcha lenta. Los cuentos y las canciones de un acemilero que desempeñaba las funciones de mayordomo de la conducta llegaron á atraer mi atención. Se llamaba Victoriano, representaba unos treinta años, hacía mucho tiempo que viajaba por aquellos caminos, y en cada punto de parada tenía asunto para una historia. Por la noche, bajo un cielo estrellado, cuando las mulas, libres de su carga, comían sus raciones de maíz sobre las mantas; cuando alrededor de las hogueras del campamento los centinelas vigilaban el tesoro puesto á su cuidado, y los demás soldados dormían tendidos cerca de sus armas, el capitán y yo disfrutábamos oyendo á Victoriano.

Habíamos dejado atrás la población y el fuerte de Perote.

—Caballero, me dijo Victoriano, debe visitar usted ese fuerte: puedo acompañarle hasta la entrada, y con mi recomendación le dejarán á V. penetrar en él sin dificultad. Luego podrá V. alcanzarnos en Cruz Blanca, un pueblecillo á dos leguas de aquí, en el cual pasaremos la noche. Cuando V. regrese le contaré, acerca de ese fuerte, una aventura que dió mucho que hablar hace algunos años.

Acepté la proposición y Victoriano me hizo introducir en la fortaleza que recorrí con entera libertad, sirviéndome de *cicerone* un atento oficial. Mi visita duró cosa de una hora, y como el sol se aproximaba á su ocaso, me apresuré á volver en busca del convoy, dando las gracias á aquel militar. Atravesé una de esas llanuras áridas y tristes cubiertas de escorias volcánicas, sobre las cuales hay una capa de tierra

tan ligera que solo en ella brotan plantas raquílicas. El viento parecía murmurar gemidos ahogados entre las hojas de los enebros, y la niebla era tan densa y húmeda que deseaba llegar cuanto antes al lado de la hoguera que debía haber encendido Victoriano. Sin embargo, tenía que ir despacio, ya por temor de perder el camino entre la oscuridad, ya por lo áspero que era en algunos sitios.

Ya era bien entrada la noche cuando llegué á Cruz Blanca. En el reducido número de edificios de aquel pueblo no me costó trabajo dar con el que servía de alojamiento á la conducta. Gran sorpresa me causó el saber que no había comparecido Victoriano. Solo algún accidente grave podía retener fuera de su puesto á un hombre cuya puntualidad habitual conocían todos, y así la inquietud era general. En esto se presentó un individuo preguntando por el capataz; vestía el traje propio de los mozos de mulas y dijo que Victoriano, cuya caballo había caído, se hallaba herido gravemente, y que le habían llevado á Perote para hacerle la primera cura. El mensajero añadió que, á ruego de Victoriano, venía á ofrecerse para ocupar su puesto, hasta que el herido pudiera incorporarse al convoy. El capataz, que tenía el número de hombres indispensable; aceptó la oferta, acaso con demasiada ligereza. El desconocido era mozo robusto, pero cuya cara siniestra distaba mucho de inspirar la confianza que Victoriano.

Al día siguiente emprendimos la marcha para ir á pernoctar en Hoya, otro pueblecillo distante cinco leguas de Cruz Blanca. La marcha lenta, como de costumbre, resultaba más pesada que los demás días, por vernos privados de los cuentos de Victoriano.

Todo andaba mal desde su desaparición. Al llegar á Barranca Honda, á una legua de Cruz Blanca, se desherró una mula, poco después otra y luego otra. Fué preciso detenerse largo rato para reparar esas

faltas. El sustituto de Victoriano desempeñaba las funciones de herrador con un celo que merecía los aplausos del capataz, pero ello no obstaba para que á la vez jurase como un energúmeno por la pérdida de tiempo. Yo le dije á don Blas:

—¿No le parece á V. que ese belitre que hierra las mulas es muy capaz de haberlas desherrado antes?

El capitán no hizo caso de mi observación.

El convoy se puso otra vez en marcha, pero por más esfuerzos que se hicieron para acelerar el paso parecía que las mulas habían perdido su vigor habitual, como si se les hubiese mezclado en el pienso alguna sustancia enervante. Al pasar por Las Vigas el capataz tuvo una entrevista con el jefe de la escolta. Era de parecer aquél que debía pernoctarse en Las Vigas, pero don Blas opinaba por seguir á La Hoya, alegando que cualquier retardo en el convoy produciría una grande alarma.

Por desgracia para el capataz prevaleció el parecer del jefe. Quizás en ningún punto de Méjico se deja sentir con tanta fuerza como en las cercanías de Las Vigas la brusca transición de la temperatura entre el llano y las regiones montañosas. Momentos antes de llegar á dicho pueblecillo se encuentra uno ya entre la vegetación de los países fríos. Una vez allí hay que despedirse de la brisa templada y del cielo azul, á los que reemplazan un viento que sopla á través de vapores helados, un celaje cubierto, un terreno árido, cortado y como trastornado por una lucha de titanes.

Reinaba completa oscuridad, cuando pasábamos por las inmediaciones de Las Vigas. La niebla, que al principio se arrastraba por el suelo y formaba torbellinos como el polvo bajo los pies de las cabalgaduras, se alzó al poco rato, llegando á ocultarnos las puntas de los abetos más altos. Apenas nos distinguíamos los unos á los otros en medio de la niebla

que el helado viento nos arrojaba al rostro. Había varios barrancos paralelos al camino que atravesaba por encima de corrientes de lava enfriada, y debía tenerse muchísimo cuidado de que no se extraviase por ellos alguna de las mulas cargadas de dinero, saliendo de la senda que seguían.

Confieso que admiraba la calma de don Blas sobre quien pesaba una responsabilidad muy grande, que me hacía compadecerle. El capataz recorría incesantemente todo lo largo del convoy, y al dirigirse de un punto al otro brotaban chispas de los cascos de su cabalgadura. Este hombre sí que me inspiraba un vivo interés, pues su fortuna y su porvenir estaban comprometidos en este negocio. Su responsabilidad era mucho más grave que la del capitán, y el infeliz contaba y recontaba sus mulas con una ansiedad que causaba pena.

Así que estuvo bien cerrada la noche don Blas dividió su fuerza en dos partes: con la primera se puso él mismo á la cabeza del convoy, dejando la otra al mando del cabo Juanito, su ex-asistente. Hacía ya bastante tiempo que marchábamos así, en profundo silencio, que interrumpía únicamente el esquilón de la mula delantera, el canto de algún soldado y el choque de las herraduras. Yendo á uno de los flancos de la conducta, repasaba en mi mente los extraños accidentes de aquel día; la desaparición del mayordomo, las mulas deherradas y el decaimiento de sus fuerzas me parecían síntomas alarmantes.

En esto se reunió conmigo Cecilio.

—Mi amo, me dijo en voz baja, si quiere V. seguir mi consejo no estaríamos un minuto más aquí; van á ocurrir cosas terribles.

—¿Y á dónde iremos, observé, cuando no se ve á dos pasos, en medio de esas rocas y entre barrancos? ¿Qué es lo que hay?

—Lo que hay, mi amo, es que Victoriano, se ha

mezclado entre nosotros, y tal vez soy yo el único que lo ha observado. Su caída es, pues, una mentira, y esto no indica nada bueno.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Le he visto; pero aun hay más: hace un rato que me hallaba detrás del convoy, como me ocurre cada día con este maldito penco, y han pasado junto á mí dos jinetes sin verme, porque en aquel momento me tapaba una roca. Uno de ellos montaba un caballo negro, demasiado soberbio para que pertenezca á un viajero pacífico.

—¡Un soberbio caballo negro! murmuré acordándome del ranchero que contemplaba con tanta flemma la salida del convoy en Méjico.

—El otro, continuó Cecilio, iba sobre una mula en traje de acemilero, y si no he comprendido mal lo que decían, el mayordomo debe ser cómplice de ellos.

—¿Y qué han hecho esos hombres?

—Me parece que, gracias á la oscuridad, se han mezclado con la escolta, y es fácil adivinar el objeto; y no estarán solos, porque cualquiera de estos barrancos puede ocultar una cuadrilla. Lo mejor, mi amo, será quedarnos atrás y dejar que la conducta pase adelante.

—De ningún modo, respondí, corro á avisar al capitán.

—¿Y si el capitán fuese cómplice también?

No respondí ha esa observación. Era hora de obrar, y sin darme cuenta de las sospechas de mi criado, traté de alcanzar, al menos, al capataz, y enterarle del caso. Pronto marché al lado de algunas mulas, mientras las otras formaban una larga fila delante. En estos momentos reconocí en un jinete que iba á mi lado la facha siniestra del sustituto de Victoriano. Luego oí la voz de uno de los conductores, que gritaba:

—¿Qué significa esto? ¡Eh! Victoriano ¿eres tú?... ¡Ah! sí, por vida de... ¿y por qué milagro?

Nadie respondió á esa pregunta: la voz calló enseguida. Me estremecí, creyendo haber oído un grito ahogado y la caída de un cuerpo: después nada, solo el ruido de las pisadas de las mulas. A los pocos momentos mi caballo dió una sacudida violenta, cual si en la oscuridad distinguiera algún objeto que le espantara. Ansioso de aclarar mis dudas saqué el yesquero del bolsillo, cual para encender el cigarro, y me creí juguete de un sueño: ví algunos hombres que iban mezclados con la escolta y con los muleros.

De repente dejó de sonar la esquila de la mula delantera; pasados unos instantes la oí de nuevo, pero en una dirección opuesta, saliendo sonidos iguales de los barrancos de la izquierda. La traición nos cercaba por todas partes. ¿A quién dirigirse en medio de una niebla densa, en un camino tan cortado? ¿A quién confiarse en las tinieblas que confundían á unos y á otros? A riesgo de desnucarme corrí hacia la cabeza de la conducta. ¡Era demasiado tarde! Silbó un objeto que vino á caer sobre mí, y mi caballo dió un salto hacia adelante, pero en vez de verme arrancado de la silla me sentí fuertemente sujeto. Un lazo escurridizo, destinado seguramente para mí solo, había hecho presa también en mi caballo; mi brazo derecho, reciamente sujeto contra mi cuerpo, carecía de movimiento, así es que no podía sacar mi cuchillo para cortar el lazo. Entonces clavé las espuelas en los ijares: el noble animal relinchó, haciendo grande esfuerzo sobre sus remos, y yo sentí más fuerte la presión del lazo, pero no más que un momento; la cuerda se aflojó enseguida. Estuvo en muy poco que un segundo bote del caballo no me sacase de la silla; resonó una detonación y un grito de rabia; la bala pasó silbando junto á mi cabeza; pero quedé libre, sin darme apenas cuenta del peligro que acababa de correr.

A la detonación sucedió un grito de alarma, al que respondieron muchos tiros: luego una confusión inexplicable. Engañadas las mulas por la esquila, que sonaba en distintas direcciones, se dispersaban empujándose las unas á las otras. Rasgaban la niebla los fogonazos, y el eco se repetía mil veces por las hondonadas, descubriéndose á su resplandor las casacas encarnadas de los lanceros que disparaban á bulto, sin saber á quien ni á donde. Las balas silbaban en todas direcciones y los gritos de desesperación del capataz eran lo único que dominaba alguna vez el espantoso desorden.

Mi asustado caballo me había llevado fuera, y cuando después de muchos esfuerzos logré hacerle retroceder la lucha había cesado, y los bandoleros habían desaparecido. Don Blas, con una serenidad chocante, me estrechó la mano en silencio. No tuve tiempo de preguntarle nada, porque se interpuso entre ambos un hombre con una antorcha, suplicándole que le auxiliase. Al fulgor de la llama pude reconocer las facciones desencajadas del pobre capataz. Los mozos, entre los cuales no estaba el sustituto de Victoriano, vigilaban las mulas agrupadas en torno de la delantera, cuya esquila había desaparecido, pero varios de esos animales tenían grandes heridas, por las cuales se desangraban. Dos soldados curábanse haciendo trizas sus pañuelos: seguramente los habrían herido sus mismos compañeros. Por último en un barranco poco profundo se veía á uno de los mozos en las ansias de la muerte: era el mismo que había reconocido á Victoriano.

El capataz, mientras pasaba con mano térmula su antorcha por junto á las mulas, se arrancaba con la otra los cabellos ó se enjugaba el sudor que corría por su semblante cadavérico. Don Blas, cuyo rostro aparecía también muy pálido, á pesar de la luz rojiza de las antorchas, no revelaba el amargo pesar de

quien, por impericia ó desgracia, ha faltado á su deber.

—¿No le parece á V., le dije, que debiéramos perseguir á los bandidos? Cargados con su presa no estarán muy lejos.

—Ciertamente, pero ¿qué es lo que falta del convoy?

En este momento el capataz acababa de contar sus mulas y exclamó:

—¡Cinco, señor capitán! ¡cinco me faltan! ¡He perdido en esta noche el fruto del trabajo de toda mi vida! ¡Por qué me aconsejó V. que viniéramos á estas horas aquí! ¡Por Dios! hágame V. hallarlas... yo recompensaré este servicio.

Y el infeliz, soltando su antorcha, se dejó caer en el suelo.

El capitán, cual queriendo reparar el mal que un consejo imprudente ó culpable hubiera ocasionado, eligió doce de los soldados mejor montados, les mandó proveerse de ramas de abeto que les sirvieran de antorchas, y poniéndose al frente de ellos se dispusieron á emprender la persecución. Aunque yo no esperaba resultado de esta pesquisa tardía solicité un puesto en la expedición que no ofrecía peligro y don Blas me admitió sin dificultad.



IV

El que la hace la paga

A pesar de las antorchas era casi imposible descubrir la pista de los raptos sobre un terreno canchizado: más que los ojos debía guiarnos el raciocinio en nuestras pesquisas. Desde donde estábamos se descubrían las luces del pueblo de La Hoya: no habrían tomado aquella dirección. El costado izquierdo, lleno de derrumbaderos no era practicable en la oscuridad. Lo más seguro era que hubiesen ganado las montañas cubiertas de bosque, que dominaban la derecha; por consiguiente, debíamos explorar aquella parte.

Un soldado hizo observar que las antorchas delatarían nuestra presencia; pero antes de apagarlas echamos una ojeada por el terreno: había un sendero escarpado que terminaba en el camino. En este sitio nos colocamos tres, mientras los demás exploraban si había otras comunicaciones por allí. Al cabo de media hora volvieron: nada habían visto, pero se habían asegurado de que no había más sendero que el



quien, por impericia ó desgracia, ha faltado á su deber.

—¿No le parece á V., le dije, que debiéramos perseguir á los bandidos? Cargados con su presa no estarán muy lejos.

—Ciertamente, pero ¿qué es lo que falta del convoy?

En este momento el capataz acababa de contar sus mulas y exclamó:

—¡Cinco, señor capitán! ¡cinco me faltan! ¡He perdido en esta noche el fruto del trabajo de toda mi vida! ¡Por qué me aconsejó V. que viniéramos á estas horas aquí? ¡Por Dios! hágame V. hallarlas... yo recompensaré este servicio.

Y el infeliz, soltando su antorcha, se dejó caer en el suelo.

El capitán, cual queriendo reparar el mal que un consejo imprudente ó culpable hubiera ocasionado, eligió doce de los soldados mejor montados, les mandó proveerse de ramas de abeto que les sirvieran de antorchas, y poniéndose al frente de ellos se dispusieron á emprender la persecución. Aunque yo no esperaba resultado de esta pesquisa tardía solicité un puesto en la expedición que no ofrecía peligro y don Blas me admitió sin dificultad.



IV

El que la hace la paga

A pesar de las antorchas era casi imposible descubrir la pista de los raptos sobre un terreno canchizado: más que los ojos debía guiarnos el raciocinio en nuestras pesquisas. Desde donde estábamos se descubrían las luces del pueblo de La Hoya: no habrían tomado aquella dirección. El costado izquierdo, lleno de derrumbaderos no era practicable en la oscuridad. Lo más seguro era que hubiesen ganado las montañas cubiertas de bosque, que dominaban la derecha; por consiguiente, debíamos explorar aquella parte.

Un soldado hizo observar que las antorchas delatarían nuestra presencia; pero antes de apagarlas echamos una ojeada por el terreno: había un sendero escarpado que terminaba en el camino. En este sitio nos colocamos tres, mientras los demás exploraban si había otras comunicaciones por allí. Al cabo de media hora volvieron: nada habían visto, pero se habían asegurado de que no había más sendero que el



que guardábamos. Era, pues, muy probable que, siguiéndole, diéramos con la huella de los fugitivos.

Los soldados, con la promesa de una recompensa, trabajaban con el ardor de una trailla lanzada á la pista de un ciervo. Unicamente el capitán aparecía inquieto y disgustado. De vez en cuando se apeaba un ginete y pegaba el oído al suelo. Solo se oían los silbidos del viento.

A pesar de la falta de indicios, los soldados, por el admirable instinto mejicano, parecían seguros de que iban con acierto por allí.

Acabado el terreno pedregoso y metidos en otro más blando, no tan difícil de explorar, pronto uno de los soldados, á la débil luz de una yesca, descubrió la huella diferente de dos pies de mula: debía ser una de las del convoy que se habían herrado por la mañana.

Estas huellas repetidas nos condujeron á un raso espacioso al cual aflúan varios senderos. Allí desapareció toda pista, y como, según don Blas, no podían examinarse aquellos senderos sinó á la luz del sol, dió la orden de alto; orden que fué acogida con murmullos de disgusto.

Echamos todos pie á tierra, se encendió una hoguera para librarnos del frío, y se colocaron dos centinelas que paseaban á alguna distancia. Cerca del amanecer oímos el ruido de ramas que se rompen. Un centinela avanzó en aquella dirección con la carabina en una mano y un tizón en la otra; poco después volvió trayendo una mula sin su preciosa carga. La habían atado en medio de la espesura.

Explorado el bósque en todas direcciones no encontramos otra huella de los bandidos y esta mula abandonada hacía temer que, después de repartirse el botín hubiesen tomado distintas direcciones.

Esta idea, que nos descorazonó, produjo muy diferente efecto en el capitán. Parecía que hasta enton-

ces no tomara interés alguno en la persecución; pero en aquellos momentos se enfureció, profiriendo terribles amenazas contra aquellos criminales.

—¡Ah! exclamó, si alguno cae en mis manos le mando fusilar sin formación de causa.

Y esto diciendo, se paseaba don Blas arriba y abajo, abriendo brechas con su sable en los matorrales. En seguida montamos á caballo. Uno de los tres senderos que daban al raso era tan estrecho y poco accesible que no debía conducir á ningún sitio habitado. Los otros dos conservaban numerosas huellas de hombres y de animales. El instinto de los soldados señaló la primera senda como la que más probablemente habrían tomado los ladrones. Sin embargo, don Blas dispuso la exploración de las otras dos, dividiéndonos al efecto en dos grupos, y concluida la exploración deberíamos volver á reunirnos al mismo raso dos horas después de salir el sol. Don Blas se colocó á la cabeza del uno y Juanito á la del otro.

Yo seguí al capitán, á pesar de sus esfuerzos por disuadirme; adivinaba que no escogía el camino más peligroso. El sendero que seguíamos nos condujo hacia la llanura, y pronto allí nos encontramos con varios caminos. Esta contrariedad nos obligó á dividirnos en fracciones de á dos para recorrer esas diversas ramificaciones.

—Si esto continúa, dije á don Blas, nos diseminaremos de tal modo que es posible que, en vez de cazar, seamos nosotros los cazados. Pero al capitán, por lo visto, maldito el cuidado que le daba ese peligro. Penetró sin vacilar por uno de los caminos, y le seguí solo. En cuanto estuvo fuera del alcance de la vista de sus compañeros su ardor se entivió de repente; paró su caballo y se puso á alabar la belleza del paisaje.

—Suceda lo que quiera, me dijo luego el capitán, quiero tener la conciencia limpia en todo esto, y ver

¿dónde llega la audacia de un bandido. Encontramos en el camino un pedazo de madera: don Blas lo examinó, conociendo que era de una de las cajas que contenían los sacos de monedas. Nos hallábamos, pues, otra vez sobre la pista de los que buscábamos.

Entonces se alejó él solo á todo escape, habiéndome rogado con insistencia que le aguardase donde me hallaba; y ya la sospecha se trocó en certidumbre á mis ojos: don Blas se hallaba en connivencia con ellos y quería encontrarlos sin testigos.

Una detonación lejana vino á sacarme de mis amargas reflexiones, y también creí oír como el eco de un grito de alarma. Acaso el capitán habría sido muerto ó herido. Retrocedí para buscar refuerzo y llegado al sitio donde nos habíamos separado disparé sucesivamente mis dos pistolas, y á esta llamada acudieron los soldados.

—¡Canallas! clamó Juanito, son capaces de haber matado al capitán solo por quitarle sus charreteras de oro.

Y para evitar una desgracia tan contraria á sus intereses, el cabo puso su caballo al galope; los lanceros le siguieron, y yo les acompañé impaciente de encontrar á don Blas. En efecto le hallamos, tendido en el suelo, con el pecho atravesado por una bala. Aunque la herida era grave y perdía mucha sangre, aun vivía. Uno de los soldados le vendó la herida con bastante habilidad, con los pañuelos que le dimos. Mientras otro soldado iba en busca del caballo y á él se le recostaba contra un árbol, examiné el terreno.

El capitán debió sorprender á los bandidos cuando se repartían lo robado, puesto que se veían esparcidos por el suelo los sacos vacíos y los cajones hechos pedazos. No obstante, don Blas me dijo que no había visto á nadie y que al llegar allí le derribó del caballo un tiro de carabina, añadiendo que conocía al que lo había disparado. Esta contradicción era de-

masiado evidente para que no se le invitase á explicarla: pero el capitán guardó silencio.

Trajerón el caballo, y el herido declaró que se hallaba en estado de ir á reunirse con el convoy; pero fué preciso colocarle en la silla y que un soldado subiese á la grupa para sostenerle y coger las riendas. Llegamos á La Hoya á medio día, y no bien habíamos acomodado á don Blas en una de las casas del pueblo cuando una patrulla de soldados que saliera á explorar aquella campiña volvió trayendo á un hombre atado. La cara ennegrecida del preso estaba medio tapada con un pañuelo, que es el disfraz que emplean los salteadores cuando no quieren ser reconocidos.

Creí reconocer en él á don Tomás Verduzco, aunque procuraba ocultarse á mis ojos. Pidió que le condujesen á presencia del capitán: la voz, aunque alterada, era la del matón. Tomando la delantera á los que le conducían, entré en la casa donde estaba don Blas. A la vista del prisionero tornóse lívido el rostro del capitán, y brilló en sus ojos la ira, más guardó silencio.

En cuanto al preso revelaba una impudente confianza, y dijo:

—¿Qué es lo que acabo de saber, don Blas? ¿Usted herido gravemente! ¿Han asaltado la conducta y se me acusa de haber tomado parte en ese crimen? Páreceme que sufro una horrible pesadilla.

—Temo, don Tomás, que no sea algo peor que un sueño, respondió con frialdad el herido.

—¿Qué significa esa acojida glacial? continuó el bravucón, ¿acaso V. estará menos satisfecho de verme que lo estoy yo de haberle hallado?

—Al contrario: dudo de que V. se halle tan contento de verme como yo lo estoy de tenerle en mi poder.

—No lo comprendo á V., capitán, repuso Verduzco con el mayor descaro.

—Pues bien fácil es: si estoy satisfecho es porque podré tratarle á V. como un ladrón de camino real, como á un asesino, y fusilarle sin formación de causa.

El valiente de oficio se turbó, pero luego se repuso, diciendo:

—¡Fusílar! No estoy tan falto de protectores como V. cree, y si es necesario, señor capitán, hablaré, diré...

Le llegó la vez de turbarse al capitán; impuso silencio al criminal con gesto imperioso y haciendo señas á Juanito para que mandase desocupar el cuarto, se quedó solo con Verduzco.

No he podido saber lo que pasó entre aquellos dos hombres. Después de una hora de conversación el bandido salió del cuarto escoltado por Juanito, el cual desde entonces pareció tratar al preso con las mayores atenciones. El herido no se había agravado; más bien se le notaba mejoría. Después de dos días, pasados en un casucho de la Hoya, don Blas se disponía á acompañarnos hasta Jalapa en una litera que el capataz dispuso con este objeto.

Faltaban cinco leguas para llegar allá; apresurando el paso podríamos entrar en Jalapa á la puesta del sol. Juanito llevaba á la grupa al preso atado cuidadosamente, y por el camino charlaban como dos amigos que van á una fiesta. Habíamos andado ya dos leguas y nos faltaba poco para llegar á San Miguel Soldado. Entonces observé que insensiblemente, quizás á causa del doble peso que llevaba, el caballo del cabo se iba quedando atrás. Yo moderé el paso del mío de modo que los siguiese á cierta distancia. A poco Juanito prorrumpió así:

—¡Diantre! lleva V. unas botas magníficas, don Tomás.

Entonces reparé que el cabo calzaba un borceguí y un zapato.

—Celebro que sean de tu gusto mis botas, y ten-

dria mucho gusto en ponerlas á tu disposición; pero esto cuando me las pueda quitar.

—Mil gracias don Tomás; no pretendo poseerlas hasta que ya no le sirvan á V. Este es mi modo de obrar con los amigos y V. lo es mío. Por consiguiente aguardaré.

Ambos bajaron la voz y no pude oír más de su conversación. Además reclamaba mi atención la belleza soberana del paisaje. Al pie del pico de Macuiltepetl, sobre el tapiz de verdura que cubre el valle, y en medio de naranjos floridos, de elegantes palmeras y de bananeros cargados de fruto, se destaca la ciudad de Jalapa como en el seno de un gran canastillo de flores. Después de un buen rato de contemplación puse mi caballo al galope y alcancé los últimos rezagados: Juanito y el preso. Observé que el cinturón del cabo no ceñía tan estrechamente como antes el cuerpo de aquel, y sospeché una tentativa de evasión favorecida por Juanito. De pronto el cinturón se hizo dos pedazos cortado por el cuchillo de Verduzco, y este, desliziéndose al suelo, echó á correr. Pero Juanito espoleó su caballo, le alcanzó y apoyando el cañón de su carabina en la cabeza del asesino le destrozó el cráneo.

—A fé mía que no podrá quejarse de que no le he guardado toda clase de consideraciones, dijo el cabo, colgándose la carabina todavía humeante, puesto que hace ya dos horas que podía tener sus botas.

Y echó pié á tierra, despojo de las botas codiciadas el cadaver de Verduzco, y se las cambió en el acto por el desigual calzado que llevara hasta entonces murmurando:

—Ya sabía yo que acabaría por equiparme completamente.

—Escuche V., amigo Juanito, dije acercándome, hay en lo que acabo de presenciar un misterio que no comprendo, y le daría á V. de buena gana un peso, si quisiera explicármelo.

—Con mucho gusto, respondió embolsándose el duro, que creo no encontraría un confesor tan generoso como Su Señoría. He obrado de este modo por orden de mi capitán. Hacer fusilar á ese pícaro hubiera sido, á los ojos de la justicia, un caso que nos hubiera costado muy caro; ponerle en manos de los jueces era ofrecerle una ocasión magnífica para hacerse absolver. Por el contrario, matarle cuando estaba de fugarse, era un caso legítimo de represalia. Esta tentativa de evasión, en la cual yo parecía convenir, no era sinó un lazo concertado entre el capitán y yo.

—Pero ¿cómo es que el capitán tenía tanto rencor á un hombre con el cual estaba en íntimas relaciones.

—¡Ah! eso es otra cosa. Antes de mandar á Verduzco á un mundo mejor, mi capitán me encargó que le confesase: es lo que he hecho. He aquí, pues, lo que he sabido y que á nadie diré más que á V. Contando don Tomás con protectores que tenía en elevados círculos se había comprometido á lograr para el capitán la comisión de escoltar la primera conducta que saldría, con tal que consintiese, mediante participación, en el robo de una parte de ella.

D. Blas aceptó el negocio, pero en honor suyo debo decir que pensaba restituir después, de sus economías, la parte que se adjudicara en el botín. Usted sabe lo ocurrido al convoy; pero lo más gracioso del caso es que el golpe lo ha dado una partida que no era la de Verduzco; y mientras él esperaba á la conducta al lado de allá de La Hoya otros con mayor acierto la espíaban del lado de acá, y estos son los que han herido al capitán. D. Blas, creyendo que Verduzco le ha hecho traición, me ha dado orden de levantarle la tapa de los sesos; y de seguro respirará más tranquilamente cuando le dé cuenta de la confesión y de la muerte de su cómplice.

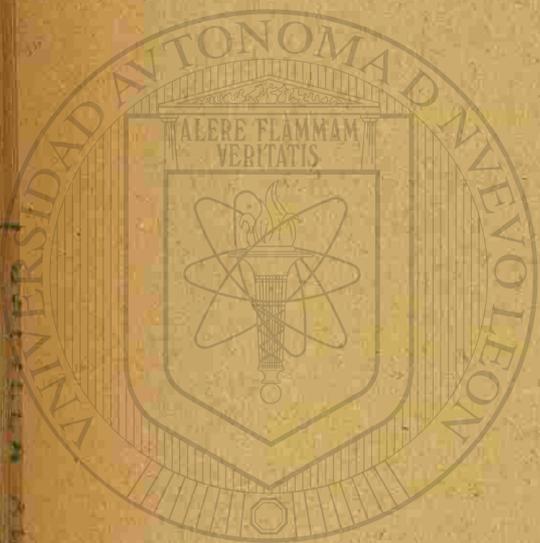
Avivamos el paso para alcanzar el convoy. Así que Juanito alcanzó la litera del capitán, fué á colocarse á la portezuela.

Momentos después hizo detener las mulas, apiñóse la gente en torno de la litera y corrí allá para saber lo que ocurría. La emoción causada por el relato del cabo había sido funesta al herido, produciéndole una hemorragia interior, cuando llegué se hallaba en la agonía.

La muerte de don Blas rompía el último lazo que me retenía cerca del convoy. Resolví separarme de él. Las escenas que acababa de presenciar me habían afectado hondamente. Hice alto y al poco rato ví desaparecer entre la niebla la litera que llevaba el cadáver del capitán: la escoltaban algunos ginetes con sus lanzas bajas en señal de luto.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL



LOS JAROCHOS

I

Una calaverada

POR fin salí de Veracruz, llevando conmigo á Cecilio y á una inteligente perra española de nombre inglés, Love. Esta me seguía á todas partes, y mi caballo galopaba más contento cuando la sentía brincar á su lado.

Pronto dejamos atrás los bosques de naranjos y los campos de bananos y de guayaberos: llegamos á Lencero. El nombre de este pueblecillo es el de un soldado de Cortés que estableció aquí una venta; aun se conservan algunas de las viviendas de aquel tiempo, llamadas *jacales*.

A corta distancia de Lencero atravesamos los desfiladeros de Cerro Gordo, y un murmullo parecido al del mar cuando se estrella contra las rocas nos anunció la proximidad del río de la Antigua. Siete arcos echados atrevidamente sobre un ancho precipicio, en

cuyo fondo brama el río, atestiguan la grandeza de los antiguos mejicanos. Desde este sitio, llamado Puente Nacional, hasta Veracruz, hay cuarenta y ocho kilómetros.

Aunque fatigado de la marcha, á causa del calor, tenía proyectado continuar pronto mi camino para llegar á Veracruz en una sola jornada, dejando que Cecilio se reuniese conmigo al día siguiente, si su caballo no podía seguir al mío. No creía que mi criado me abandonase. Me alcanzó jadeante y se puso á mi lado. En su fisonomía, generalmente plácida, se revelaba grande inquietud, y bañaba el sudor su rostro amoratado.

—Señor, dijo, si son ciertos los informes que me han dado en el camino, entramos aquí en la región de las calenturas y de la fiebre amarilla. Le confieso á V. ingénuamente que temo por una vida, á la cual quizás tengo más apego del regular. Con el permiso de su señoría, no pienso pasar de aquí.

—En efecto, la fiebre amarilla empieza en este sitio y debo decirte que ataca á los gordinflones como tú. Te regalo el caballo que montas, en premio de tus servicios, y deseo que llegues á Méjico sin novedad.

Por desgracia mediaba entre amo y criado una cuestión de salarios atrasados, que no saldaba el regalo de un caballo viejo. Cecilio me lo insinuó con mucha finura.

—Tengo una letra sobre Veracruz, le dije, por consiguiente debes seguirme allá si quieres cobrar.

—No, señor; de ningún modo, porque tengo mucho miedo á la fiebre amarilla. Si V. quiere hay un medio de que me cobre, y lo decidirá la suerte.

—¿Cómo?

—Jugando el hermoso caballo de su señoría contra mis salarios.

—Déjate de señorías, tunante...

—Señor, perdóneme V., es un recurso que me ocurre, porque no pasaré de aquí: si V. gana quedamos en paz y me contentaré con mi jamelgo; pero si gano yo...

—Bueno, juguemos.

Cecilio sacó su baraja, y nos sentamos á un lado del camino, á la sombra de unos árboles.

—Haga V. el obsequio de tallar, señor.

Tomé las cartas con mano temblorosa y para no prolongar demasiado una situación tan extraña, fijé la partida en tres albures: bastaba, pues, unos cinco minutos para decidir la cuestión.

Gané el primer albur. Cecilio no pestañeó: por mi parte confíe por un instante en que la suerte me favorecería; pero perdí el segundo. Quedaba el tercero, el decisivo. Tan fija en el juego estaba nuestra atención que no habíamos reparado en dos jinetes que venían hacia nosotros. Al sentirlos cerca levanté la cabeza y me bastó una ojeada para reconocer en uno de ellos el tipo perfecto del jarocho, ó habitante de Tierra Caliente.

Llevaba un sombrero de paja de anchas alas, levantadas por detrás, un pañuelo de cuadros amarillos y encarnados, que asomaba por debajo del sombrero como una redecilla, y cuyas puntas quedaban flotantes para poner el cuello á cubierto de los rayos del sol; una camisa de tela fina con pechera de batista, un pantalón de pana azul abierto por más arriba de la rodilla, y que le llegaba sólo hasta la mitad de la pierna. Debajo de una faja escarlata de crespón de China, que le ceñía la cintura, pendía un machete con puño de asta, sin guarda mano. Sus pies descalzos se apoyaban ligeramente en los estribos de madera con la punta del dedo pulgar. Con la cabeza negligentemente inclinada sobre un hombro, la sedosa y poblada barba ofrecía los rasgos y el aspecto caballeresco de los de su raza. Su cutis era de un moreno tan subido.

que resultaba un término medio entre el del negro y el del indio.

La condición del otro jinete era más difícil de precisar llevaba chaqueta de indiana, pantalón blanco, borceguíes de becerro de Córdoba y un soberbio jipijapa que preservaba su cabeza de los rayos del sol. Su fisonomía era indefinible; lo mismo podía adaptarse á un negociante que á un salteador, y esto parecía confirmarlo el caballo de lujo que montaba.

Una escena de juego es siempre interesante para mejicanos: detuviéronse á mirarnos, y aunque yo traté de dar á nuestra ocupación las apariencias de puro pasatiempo, tenía que habérmelas con jueces muy expertos en materia de debilidades humanas. Después de saludarnos, dijo el del jipijapa.

—¿Se juega tal vez ese hermoso bayo obscuro?

—Adivina V., respondí.

—La puesta es de valor, y si es el de V. ese caballo, le deseo buena suerte.

—Gracias.

—¿Sería indiscreto presenciar la partida?

—Preferiría acabarla como la he empezado. Con testigos me distraigo y no suelo tener buena suerte.

El del jipijapa encontró justificado mi deseo, y volviéndose á su compañero, le dijo:

—Así como así tenemos prisa y debemos separarnos aquí; pero crea V. que, si mañana estoy desocupado, nos veremos en el fandango de Manantial. Lo malo es que, si no mienten ciertos indicios, no tardará en reinar el Norte.

—Pues hasta mañana, sino hay estorbo, contestó el jarocho.

Este, al separarse, siguió el camino recto, y el otro por una senda de la izquierda.

—¿Qué diablos tendrá que ver el viento del Norte con el fandango ó la fiesta de un pueblecillo? pregunté á Cecilio.

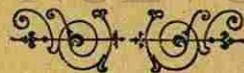
—Será quizás que el caballero del jipijapa teme constiparse.

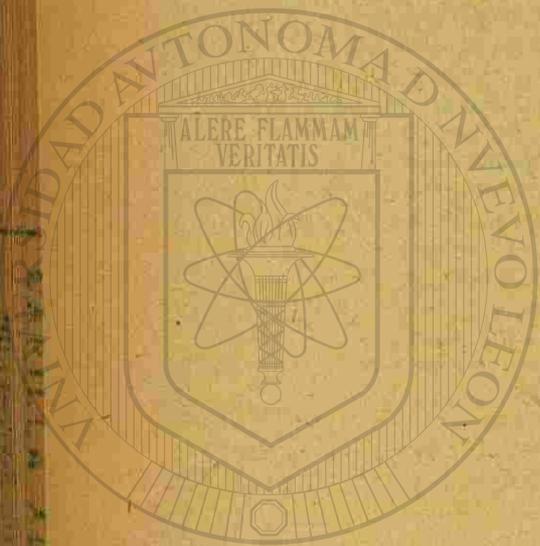
Continuamos la partida: volví otras dos cartas: una era la sota de bastos; fué la que eligió Cecilio. Con mano temblorosa fuí echando cartas, una tras otra: quizás iba á perder un compañero de cinco años. De repente asomó la sota y Cecilio me anunció su triunfo en mi idioma.

—En seguida quitó la silla de mi hermoso caballo y se la puso al mal penco que me tocaba en suerte, mientras yo maldecía tardíamente mi necia complacencia con aquel desagradecido.

Al despedirse Cecilio de mí, además del caballo perdí la perra: se había encariñado mucho con él y le siguió. Tan desazonado quedé que sentía no haber obligado á aquel ingrato á que me devolviese el caballo. No obstante me calmé pronto: había adquirido la virtud de la resignación en medio de las contrariedades de una vida azarosa.

Mi calaverada modificaba mi itinerario: con la calgadura que me quedaba no había que pensar en llegar aquel día á Veracruz.





II

Carlos

ME resolví, pues, á pasar la noche en Manantial, pueblecillo que suponía á lo más á una legua de allí. Quedándome, en consecuencia, tiempo sobrado, en nada podía emplearlo mejor que en echar una siesta bajo los árboles, en medio de la verde campiña.

El sitio en que me hallaba era uno de los más pintorescos en los bosques que se extienden desde el Puente Nacional hasta Vergara. En estas espesuras vense estrechos senderos abiertos por el hacha, y se prolongan en diversas direcciones bajo una bóveda de ramaje casi impenetrable. Junto á estos senderos una vegetación lozana se opone á los pasos del hombre. Largas enredaderas trepan y se lían por los árboles. Entre las palmeras, cuyas ramas lucientes y gigantescas se encorvan hasta el suelo, el cocotero cubre con sus anchas hojas en forma de abanico sus sartas de frutos.

Sufí la enervante influencia del calor y me dormí

sin cuidado alguno por mi caballo. Además de que era una presa nada codiciable, en aquella parte del suelo mejicano es proverbial la honradez de los habitantes. Estaba ya algo adelantada la tarde cuando desperté y la brisa empezaba á moderar el ardor de la atmósfera. Encima de los árboles que me habían protegido con su sombra, los papagayos, más numerosos que un enjambre, acentuaban su ruidosa y discordante algarabía, capaz de crispar los nervios de la persona menos delicada. Montando el triste rocín que la suerte me deparaba, penetré en la senda trillada que debía conducirme á Manantial.

Al cabo de media hora de una marcha penosa, perseguido siempre por la irritante algarabía de los papagayos, distinguí á un jinete que iba delante. Este hombre, un jarocho, por su traje, parecía aun más mal humorado que yo. Inclinado á la derecha adelantaba muy poco camino, gesticulaba y levantaba los puños con todas las señales de una rabia concentrada.

Satisfecho de la casualidad que me proporcionaba un compañero de infortunio, creí un deber ofrecerle mis consuelos y ¡pardiez! que lo conseguí demasiado bien. Apenas, á fuerza de espolazos, puse mi caballo junto al suyo, una carcajada repentina dió término á su desesperación.

—¿Acaso se ríe V. de mí? le pregunté con aspereza.

—De V. no, caballero, más perdone V. que, al aspecto de su cabalgadura haya olvidado mi urbanidad habitual.

—Sin embargo, me parece que mi caballo no es mucho más feo que el que V. monta, repuse sorprendido.

—Precisamente celebro el haber hallado uno todavía más feo que el mío.

Y el hombre volvió á reírse con tanta naturalidad

que llegó á contagiarme y uní mis carcajadas á las suyas. Sin embargo, pasada esta primera expansión de risa, continuamos nuestro camino, el uno junto al otro, sin pronunciar una palabra más. Los papagayos aumentaban su algarabía infernal, y como yo estaba picado del silencio de mi compañero, por distracción y por desahogo resolví pegarles un tiro á las malditas aves: disparé á la ventura á través de las ramas entrelazadas sobre nuestras cabezas, y tuve la inesperada satisfacción de que cayese aleteando á nuestros pies uno de los infernales papagayos. El jarocho me miró con aire intranquilo de admiración.

—¿Le había apuntado V.? me preguntó.

—Sin duda, respondí en tono brusco. Y esto le probará á V. que es peligroso á veces burlarse de una persona sin conocerla.

A estas palabras, el jarocho paró su caballo, y en actitud altiva, con una mano en la cintura, mientras con la otra se calaba su sombrero de paja hasta las cejas exclamó:

—*Oigasté, zeño desconostó*, soy de una raza y de un país en que se habla poco y se obra mucho. No ha sido mi ánimo ofender á V., pero si busca camorra tropezará con la horma de su zapato, pues á pesar de la desigualdad de nuestras armas haré con la mía todo cuanto pueda.

Y, fiel á la costumbre de los suyos, que no dejan nunca de llamar la poesía al auxilio de su valor, cantó, con voz más fuerte que armoniosa, lo siguiente:

«A ese mi competidor
dile que llevo cortante;
si tiene *jiervo* y valor
que se me ponga delante.»

Al concluir sacó su afilado machete y empezó hacer el molinete con él. Imitando su ejemplo, desenvainé mi sable. Un combate en este sitio solitario, sin más testigos que las aves, tenía algo de caballeresco;

pero los caballos que montábamos correspondían tan poco á nuestras disposiciones belicosas, y era su aspecto tan grotesco y pacífico que en el momento mismo de cruzar las armas y al mirarnos cara á cara, no pudimos mantener nuestra formalidad. La pasión de risa que antes nos diera renovóse ahora con mayor estrépito. Recobré el primero la calma, y dije á mi adversario que habiéndome dicho que no era su intención ofenderme, había terminado nuestra querrela, y que toda pretensión belicosa hubiera sido incompatible con nuestras humildes cabalgaduras. El jarocho me tendió la mano y al renovar su satisfacción añadió:

—Además de no haber motivo para batirnos tengo otro desafío pendiente, y hubiera faltado á un grave deber metiéndome en esto antes de haber arreglado lo otro.

Seguimos nuestra marcha, y para dar otro giro á la conversación, recordando lo que había oído horas antes á los dos jinetes, dije:

—Creo que mañana tienen ustedes fandango en Manantial.

—¡Sí, voto al chápirol! Ofrecí á doña Sacramento un lazo de cintas encarnadas y vengo sin haberlo encontrado. Cuando se ha reunido V. conmigo maldecía mi mala estrella. ¿Acaso va V. también á Manantial para asistir á la fiesta?

—Ha acertado V., pero únicamente á la casualidad se debe que haya tomado este camino, pues á no haberme ocurrido cierto percance, pensaba dormir en Veracruz esta noche.

—Me parece que no se arrepentirá V. de ese contratiempo. Habrá mucha animación, y una mesa de monte á cada paso. Pero, ¿Dónde parará V. en Manantial, si no hay posada?

—¡Qué diantrel! en casa de V., puesto que gusta de que concurra á la fiesta.

El jarocho se inclinó en señal de asentimiento y principió á enumerarme las diversiones de que iba á disfrutar al día siguiente. Estábamos cerca del pueblo y mi compañero no cesaba de hablar. Había llegado la noche y caminábamos bajo un cielo sembrado de chispeantes estrellas.

Llegamos á un llano: aquí y allá había diseminadas cabañas de bambú con el techo de hojas de palmera: tal era Manantial.

Al son de la guitarra algunas mujeres vestidas de blanco y hombres con trajes pintorescos se anticipaban con el baile á las diversiones del día siguiente, mientras que algunas madres muy jóvenes trataban de hacer dormir cantando á sus niños suspendidos en hamacas. Entramos en el círculo de los que bailaban y una aclamación general me hizo saber el nombre de mi compañero.

—¡Aquí está Carlos!

Algunos de los hombres que no tomaban parte en el baile se acercaron amistosamente al jarocho, que los acogió de una manera distraída. Sus fruncidas cejas indicaban una emoción penosamente reprimida. La dirección de sus miradas me hizo conocer enseguida el objeto de su preocupación. Era una joven graciosísima, cuyos pies se movían con ligereza sobre la yerba. Adornaba sus cabellos negrísimos una diadema de flores mezcladas de *cucuyos*, cuyo brillante matiz ceñía su frente de una fantástica y misteriosa aureola. Vestida con un traje cuyos pliegues parecían platear los rayos de la luna, Sacramento con sus hombros desnudos semejaba á una de esas hadas que cuando todo duerme en los bosques bailan en medio de los rasos.

La mirada casi desdenosa y de soslayo que dirigió al jarocho, y la expresión de éste, de enojo y de celos, me revelaron uno de esos dramas penosos, de esas luchas de la coquetería y del amor que se ven en todos los países del mundo.

Pero Carlos no parecía acostumbrado al desdén á sus obsequios, pues á la varonil belleza de sus facciones unía un aire notable de distinción. Aguardó que el baile hubiese terminado, y abriéndose paso por entre los grupos que había delante de nosotros se acercó á la joven, echando pie á tierra. Me hallaba demasiado lejos para oír sus palabras; sin embargo, gracias al fulgor que salía de una casa vecina y que les iluminaba completamente á los dos, pude observar una pantomima muy significativa.

Me convencí de que Carlos se excusaba respecto á la cinta encarnada que no pudo hallar y que defendía su causa sin éxito. Por los labios de la joven vagaba una sonrisa burlona, mientras sus rasgados ojos negros revelaban una ironía tan cruel que el jarocho parecía completamente desalentado: éste, nublada la frente escuchó acariciando el puño de su machete; luego dió dos pasos atrás y puso el pie en el estribo para alejarse; dirigió una última mirada á la joven antes de montar, pero mirada de ira, á la que respondió Sacramento con un movimiento de cabeza provocativo: desprendiéndose una flor de su cabellos, cayendo al suelo y el jarocho la miró con indecisión. Al principio ella no parecía observar esa indecisión; después, mientras sus manos afirmaban nuevamente su diadema de flores, con un gesto de coquetería que la hubiese envidiado una mujer de salón, señaló con la punta de su piesecito, calzado con zapato de raso azul, la que había caído sobre la yerba.

Viva alegría iluminó el semblante del jarocho; saltó del caballo, y después de recojer esa débil prenda de esperanza, volvió á montar, retirándose por la oscuridad.

Era evidente que en el exceso de su ventura se había olvidado de mí, y era natural, pero yo no podía pasar la noche al sereno. Salí, pues, en seguimiento de mi huesped.

—¡Eh! don Carlos, que olvida V. sin duda lo que me ha ofrecido.

—Perdone V., caballero, me dijo deteniéndose, á veces me distraigo. En nuestro país el extranjero está donde quiera en su casa. Con tanto mayor gusto le daré á V. hospitalidad cuanto que necesito que usted me corresponda con un consejo ó un servicio.

—Con muchísimo gusto.

Nos encaminamos á la cabaña del jarocho, situada al extremo del pueblecillo. Era un *jacal* como casi todas las viviendas allí. Junto á la cabaña había un cercado, en el cual andaban algunas cabras. Bananos cargados de sabrosos frutos extendían sus anchas hojas mecidas por la brisa.

La cabaña se dividía en tres piezas separadas por esteras de junco. En una de ellas una anciana preparaba la cena ante una hoguerita cuya llama rojiza era la única luz de aquel hogar. Era la madre de Carlos. Mientras desensillábamos los caballos mi compañero la explicó las circunstancias de nuestro encuentro. Ella en seguida nos sirvió la frugal cena, compuesta de habichuelas encarnadas de Tierra Caliente, muy celebradas en Méjico, bananas fritas y arroz con leche.

Acabada la cena la buena mujer se retiró, deseandome un sueño tranquilo. Carlos y yo permanecemos medio tumbados en nuestras mantas junto á la puerta abierta, y dejamos vagar las miradas por las llanuras que se extendían ante nosotros. El calor y los mosquitos obligan á recogerse tarde en los países cálidos.

Cerca de nosotros no se oía otro ruido que el viento de la noche que agitaba la yerba y el murmullo de un arroyo contiguo; pero más lejos los sonos agudos de las vihuelas mezclados á carcajadas femeninas anunciaban que también por aquella parte se prolongaba la velada. El jarocho guardaba silencio y yo me

entregaba á esa contemplación indolente tan propia de la vida tropical. Carlos me dijo:

—¿Ve V. esa niebla blanca, que amortigua la luz de las estrellas? La producen los vapores que se levantan de los lagos, de los ríos y de las cascadas. ¿Cree V. posible que, á la voz de ciertas criaturas, mortales como nosotros, esa niebla impalpable, extendida cual transparente velo, se condense, se transforme y nos ofrezca las imágenes de los amigos que se han perdido, ó de los enemigos que uno ha matado?

—Lo dudo, respondí sorprendido. Creía que esas supersticiones pertenecían solo á nuestros tristes países septentrionales, donde seguramente no deberían desear volver las almas de los que murieron.

—Aquí, continuó Carlos en tono solemne, los espíritus no temen la mansión de los vivos; les gusta vagar por los bosques y mecerse en las guirnaldas que forman las enredaderas. Pero veo que V. se sonríe: hablemos de otra cosa. ¿Ha visto V. á doña Sacramento?

—¿Aquella linda joven de la diadema de cucuyos?

—La misma. ¿Verdad que es bella? Hará unos seis meses que en un fandango á que no asistí por casualidad se armó una pendencia por causa de ella; pendencia que terminó con la muerte de un hombre: el matador metió espuelas á su caballo y se fugó: el muerto era pariente mío. Según costumbre del país, fui designado para vengar su muerte; lo cual, á la verdad, no me afligió gran cosa, porque amaba á doña Sacramento, y los que la aman son enemigos míos: sin embargo, acepté lo que exigía el honor. Sino se hubiese tratado más que de pedir cuenta de la sangre vertida con el arma en la mano, hubiera hecho todo lo posible por cumplir cuanto antes ese deber; pero era preciso descubrir la huella del asesino, cuidadosamente ocultada, y visitar los pueblos del litoral.

Entonces comprendí que amaba á Sacramento más que á mi vida, tal vez más que á mi honor, y aplazaba de día en día el instante de entrar en campaña. Hay indicios seguros para adivinar el huracán, puede seguirse paso á paso la pista invisible de un jaguar, la huella del hombre que se oculta, pero nadie puede leer en el corazón de la mujer. Veinte veces he creído ser amado de Sacramento y otras tantas sus desdenes han filtrado la duda en mi corazón, y no me atrevía á separarme de ella sin saber si se alegraría de mi ausencia ó haría votos por mi regreso. Aun hoy la incertidumbre tortura mi alma, y no obstante una voz vaga me dice que espere. Esta mañana hubiera podido marchar seguro de ver mi afecto desdeñado: esta noche vuelvo á sentirme halagado por una loca esperanza.

—A lo que veo, le dije, hay flores que obran prodigios.

—¡Cómo! exclamó el jarocho. ¿Ha visto V. lo que no vió nadie?

—He visto lo que ha podido ver todo el mundo; cuando una mujer da al hombre que la ama una flor que ella ha llevado, sabe que esa flor quiere decir á su amante que espere.

—¡Dios lo quiera! Sin embargo, no es la primera prenda que he recibido y ¿quién me dice que el día de mañana no desvanezca la ilusión de hoy? Desde que doña Sacramento vino á establecerse en Manantial, hace un año, mi vida se ha deslizado en estas alternativas de alegría y de tristeza, y el muerto aun no ha sido vengado. Traté de olvidarlo, pero otros lo han recordado por mí. La madre de él es una anciana: hará ocho días que la encontré, y quise evitar su presencia pues pasa por algo hechicera, pero me saludó diciendo: ¡los muertos tienen más memoria que los vivos! Preguntéla que quería decir con eso, aunque demasiado lo sabía: «¡esta noche lo vereis!»

respondió. En efecto por la noche, continuó Carlos con voz alterada, estaba sentado como hoy en el umbral de esta puerta, formando proyectos insensatos: una neblina blanca velaba el cielo como ahora: de repente se interpuso una nube entre mis ojos y las estrellas, y esa nube tomó una forma humana: ¡era la sombra del difunto! Le ví distintamente de pie delante de mí; cerré los ojos, y cuando volví á abrirlos la sombra había desaparecido. Ahora comprenderá usted, caballero, puesto que tiene V. más instrucción que yo, por qué le he preguntado si las criaturas humanas pueden evocar los muertos.

Los hechiceros, los aparecidos y los maleficios representan un papel importante en las creencias de los jarochos. No me fué posible vencer á mi huésped de que en la soledad las imaginaciones ardientes se forjan mil quimeras que toman por realidades. Carlos movía la cabeza con aire incrédulo

—Concedo á V., dijo, que la sombra de mi pariente no haya sido evocada por un poder humano; pero se me habrá presentado por alguna influencia sobrenatural. Por consiguiente, ya he tomado mi resolución: no permaneceré en Manantial un día más, después de haberse puesto el sol de mañana; y, sin embargo, me cuesta un esfuerzo supremo el marcharme; ahora más que nunca hubiera deseado permanecer en este pueblo, que no quiero tanto por haber nacido en él como porque lo habita mi amada.

—¿No habría un medio de conciliar vuestro deber con vuestro amor?

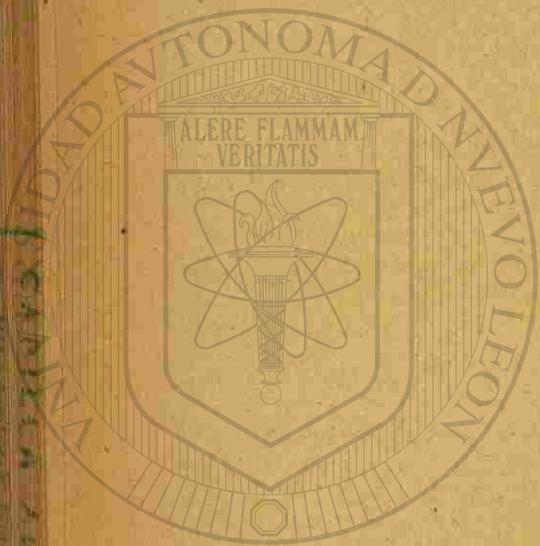
—Uno, que consistiría en encontrar un amigo adicto, á quien delegar mi representación; un huésped constituye parte de la familia, y en este concepto, caballero, podría reemplazarme V. é ir en busca del matador, á quien persigo, el cual no le negaría á usted la revancha que le exigiría con las armas en la mano.

—Sería, en efecto, una misión honrosa para mí; pero no me creo capaz de llevar á cabo semejante tarea: lo único que puedo ofrecer á V. es acompañarle y ayudarle en sus pesquisas.

—Acepto la oferta, dijo el jarocho; saldremos pasado mañana.

Arreglado este asunto procuramos el modo de pasar la noche cómodamente. Tendímonos bajo el cobertizo que servía de vestíbulo á la cabaña. Una agradable brisa reinaba, disipando el calor, y las cigarras enmudecían. Soñé con los incidentes del día, y acabaron mis sueños trayendo á doña Sacramento la cabeza del matador á quien se proponía buscar mi huésped.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



III

El fandango—Duelo caballeresco

De todas las razas de la familia mejicana no hay una que ofrezca un estudio tan curioso como la de los jarochos. Su traje en nada se parece al de los demás habitantes de la campiña y tiene analogía con el del andaluz. Su dialecto es tan particular como su traje: una mezcla de palabras escogidas del castellano puro y de las locuciones familiares más triviales desfiguradas por viciosa pronunciación: de modo que los mismos que saben el español han de estudiarlo especialmente para entenderlo. Muchos opinan que provienen de los jitanos andaluces, pero yo no lo creo porque los jarochos aborrecen el robo; debe ser más pura la sangre española que llevan en sus venas. Tienen instintos crueles; son vengativos pero sobrios, francos, leales y hospitalarios, sobre todo con los blancos. Es notoria su afición á los bosques y sitios desiertos y es tan vivo y predominante su espíritu de independencia, que les hace desdeñar la existencia normal del labrador.

Prefieren la vida errante del pastor y del chalán, y el machete representa un gran papel en su existencia. Antes se privaría el jarocho de las prendas más necesarias de su vestido que de ese sable recto, afilado y reluciente que pende de su cinturón, siempre sin vaina, y del cual cuida más que de su persona.

Por una apuesta, por un puntillo de amor propio, por cualquier motivo empuñan el machete, y si alguno de los que rifien, en vez de contentarse con la primera sangre descarga á su adversario un golpe mortal, esto trae aparejados una serie de combates á muerte para satisfacer su insaciable espíritu de venganza. Pero ama con idolatría al suelo en que ha nacido, y ajeno á la avaricia, vive contento con poco en un país fértil en el cual tres ó cuatro cosechas anuales cubren los campos que ha sembrado sin cultivarlos. El juego, la música, el baile, la poesía, pues todos los jarochos improvisan poco ó mucho, comparten con el amor su singular existencia. Poseen el tipo delgado y nervudo de las razas privilegiadas, y la naturaleza les ha dotado de un aspecto airoso y elegante, en armonía con sus tres predilectas aficiones: la novia, el machete y el caballo.

Al despertarme á la mañana siguiente cuando el sol ya picaba, ví á mi huésped en pie, y vestido de fiesta: una sarta de perlas de Venecia, con espejitos de trecho en trecho, rodeaba la copa de su sombrero; su camisa era de fina batista, ricamente bordada; la botanadura de sus calzones de terciopelo se componía de pesos duros en la parte alta de adelante, y de reales y medios reales en las piernas. Calzaba borcegueses de cordobán, y cuyas cañas formaban encima del tobillo una especie de abanico bordado. Por último su machete, recién bruñido, brillaba suspendido de su cinturón de seda escarlata, con borlas en el puño. En este elegante traje, llevado con orgullo, el jarocho había desplegado un gusto que me pareció de feliz augurio para sus amores.

Pero, á pesar de su aparente satisfacción, echábase de ver la intranquilidad del jarocho en la nerviosa viveza con que retorció sus bigotes. Algún pensamiento desagradable debía acibarar su alegría. Se lo pregunté, y me respondió:

—¡Ah! me dijo suspirando, mi compromiso de venganza me impedirá batirme, y como no puede haber fandangos sin pendencias, vea V. en qué situación puedo hallarme. En fin, procuraré distraerme cantando más fuerte y jugando y bebiendo más.

Manantial ofrecía también su aspecto de gala y reinaba en todo el pueblo una animación desusada. De vez en cuando aparecían en los umbrales de las viviendas muy atractivas mujeres que mostraban con coquetería, á los rayos del sol, entre encajes y muselina, el oro y el coral. En la plaza se disponía un estrado para las que debían tomar parte en el baile; se se animaban los puestos de agua fresca y de licores, entre estos el *tepache*, que se hace de las ananás, y por donde quiera se establecían mesas de juego.

Fueron llegando los jarochos de los lugares vecinos, y el sol arrojaba un torrente de luz deslumbradora. Cuando la sombra de las palmeras, marcaba las dos de la tarde la vida y el movimiento parecían llegar á su apogéo. Entre los grupos de jinetes que se desmontaban y los que ataban sus cabalgaduras inundadas de sudor á los árboles y á los postes de las viviendas no cesaban los gritos y las carcajadas. La gente se repartía entre los puestos de venta, las mesas de juego y en torno del estrado de las bailarinas. Y aquí hay que consignar una circunstancia sorprendente: los hombres no bailan y son meros espectadores de las proezas coreográficas de las mujeres.

Yo me situé junto al estrado, que se alzaba poco del suelo, y arrimado al cual estaba el tocador de guitarra. Acudieron primero ocho ó diez muchachas y rompieron el baile después de dar una vuelta por el

estrado. Monótono el baile al principio, fué animándose poco á poco. Admiraba la agilidad y la gracia con que muchas de esas mujeres llevaban vasos de agua, mientras bailaban, y sin derramar una gota; ó bien deshacían, sin hacer uso de las manos, los nudos complicados de un cinta de seda ceñida alrededor de sus pies. Este baile se llama *bamba*. Aunque muy aplaudido, las pasiones de los espectadores parecían dormidas aún; risas, votos y chistes maliciosos acompañaban las libaciones de licores fortalecidos con cortezas de naranja.

La guitarra preludió una petenera. El estrado volvió á llenarse y entre ellas se distinguía doña Sacramento por su gracia y por su seductora belleza. Ceñía su cuerpo un justillo de transparente muselina, y sus torneados brazos, dorados por el sol, salían por debajo de los encajes y de los bordados de su camisa de batista; cubría sus hombros, sin ocultarlos completamente, una gorguerita parecida á las que usan las mujeres de Arlés. Llevaba medias de seda y zapatos de raso y una trenza de sus negros cabellos daba vuelta en torno de una peineta de concha y de oro macizo.

Sus párpados, caídos ante las miradas de tuego que se la dirigían de todas partes, dejaban ver las largas pestañas que le servían de adorno.

No era la belleza apacible que admiré la víspera á los rayos de la luna, sino la belleza ardiente de la hija de los Trópicos en toda su esplendor, contemplada á la luz del sol.

—¡Ah! decía cerca de mí un jarocho, cuya cabeza empezaba á encanecer; en el último fandango de Malibrán (1) Quilímaco perdió una oreja y Juan de Dios la punto de la nariz por una hermosa que no valía lo que uno de los negros bucles que lleva esa.

(1) Pueblecillo á tres leguas de Veracruz.

—Paciencia tío, le contestó otro, la linda Sacramento debe tener más de un pretendiente en este pueblo, y de fijo que, antes de ponerse el sol, habrá hecho danzar los machetes de dos, al menos, de los que estamos aquí.

Alrededor del estrado se habían formado espontáneamente dos partidos, representados por otros tantos grupos. En el primero un jarocho vestido tan elegantemente como Carlos, á juzgar por su actitud arrogante ejercía sobre los que le rodeaban marcado ascendiente. En el campo opuesto mi huésped se encontraba también rodeado de partidarios.

Las guitarras sonaban con doble ardor, cual si los músicos presintiesen una danza sangrienta. Cuando después de la vuelta de costumbre empezaron á moverse las bailarinas, algunos cantores entonaron con voz nasal unas coplas que maldita la relación que tenían con las circunstancias: eran proverbios vulgares puestos en verso.

Fué entonces á colocarme cerca de mi huésped que seguía con ojos celosos todos los movimientos de Sacramento, y noté que ella no correspondía lo más mínimo á sus miradas.

—Ya lo ve V., me dijo en voz baja, esperar ayer, desesperar hoy; tal es mi suerte; por consiguiente nos marchamos mañana. ¡Ah! Sacramento no me ha perdonado el maldito lazo de cintas encarnadas que no he podido encontrar.

En este momento su rival se dirigió al estrado y, descubriéndose, presentó su sombrero á la joven con galantería. Ella lo recibió con la sonrisa en los labios, sin interrumpir en nada las evoluciones del baile. El rostro de Carlos permaneció impassible, limitándose á hacer un gesto á uno de los suyos, se adelantó, á su vez, y presentó también su sombrero á Sacramento.

En semejante caso la mujer no debía mostrar pre-

ferencia, y por ello continuó bailando con los dos sombreros en las manos. La ventaja de ver el suyo colocado en la cabeza de la bailarina debía pertenecer al tercer aspirante que aprovechase la ocasión: cual me lo presumí, fué Carlos quién la aprovechó.

Los dos rivales cambiaron enseguida una mirada provocadora. Entonces el otro quitándose una faja de crespón de china, color escarlata, que ceñía su cintura, hizo de ella un lazo que colocó en el hombro casi desnudo de Sacramento.

Las guitarras parecían sonar como clarines y las voces subían al mismo diapasón. Mientras el concurso de hombres cambiaban miradas de satisfacción, las mujeres cuchicheaban cual envidiando los homenajes que aquélla recibía. La frente de la preciosa bailarina había enrojecido, resaltando doblemente el brillo de sus negros ojos. Sin embargo, revelaba alguna zozobra; dichosa y temblando, no se atrevía á mirar á aquél por quien su corazón experimentaba viva inquietud. Por otra parte, á pesar de la aparente calma de Carlos la agitación repentina de sus músculos revelaba la tortura de los celos.

—¡Animo! le dije en voz baja; ¿no lleva V. su flor sobre el corazón?

Carlos irguió la cabeza, cual si este recuerdo le restituyese la confianza. En seguida se quitó el machete y fué á suspenderlo del hombro de Sacramento. Producía un efecto singularísimo ver á aquella joven bailando con la faja y el machete de sus pretendientes, reflejarse el sol en la hoja acerada cerca de su seno palpitante, que á poco rato fué cubierto por sus cabellos desatados por el peso del sombrero.

La muchedumbre permanecía silenciosa; reinaba ansiedad parecida á la que se observa en una plaza de toros cuando la sangre ha regado la arena. De repente una voz varonil, imponente, exclamó cerca de la orquesta:

—¡Bomba!

Los cantos cesaron enseguida. Era la voz del rival de Carlos, que cantó los versos siguientes:

«De tu voluntad confío,
pero fiel te he de advertir,
ya que eres la vida mía.
que no me des que sentir,
si me quieres, alma mía.»

Y sus partidarios repitieron á coro el último verso. Golpeando con fuerza la madera de la guitarra de uno de los músicos Carlos exclamó con voz tonante:

—¡Letral

Y tomó como pie de lo que iba á cantar el verso del coro:

«Si me quieres, alma mía,
no quieras otro conmigo,
que si compartes tu amor
no quiero amor compartido,
hay en campaña un traidor.»

Llegó la vez á los amigos de Carlos de repetir en coro:

«Hay en campaña un traidor.»

A medida que se acercaba el momento de estallar las comprimidas pasiones de ambos rivales, sus semblantes, afectando una cortesía caballeresca, mostraban forzada calma.

Vuelto al grupo de sus amigos, mientras Carlos cantaba, el otro volvió á salir del círculo y continuó:

«Le dirás á ese tu amante,
á ese mi competidor,
que se me ponga delante,
si trae jierro y valor.»

Carlos, con sonrisa al parecer tranquila, respondió á la anterior con la que sigue:

«Que se me ponga delante
ese traidor, falso amigo,
dile, mi vida, al tunante,
que el valor anda conmigo.»

Sacramento, ya cediendo á la fatiga, ya á la emoción general que se manifestó á la última copla de su adorador, dejó de bailar y las demás jóvenes la imitaron. Apartáronse los músicos porque sabían por experiencia cuan expuesto era aguardar el principio del combate.

Faltaba llenar algunas prescripciones propias de aquellas circunstancias: los pretendientes debían rescatar las prendas con que adornaran á la bailadora. La costumbre fija este rescate en la cantidad de un real: los rivales, uno después de otro, llenaron de monedas de plata las manos de Sacramento. Mientras ella recibía, en medio de un murmullo lisonjero, la ofrenda de ambos, á lo cual no podía sustraerse sin faltar á las reglas de la urbanidad, sus manecitas temblaban y sus descoloridos labios no acertaban á sonreír. Carlos buscaba inútilmente en sus ojos una mirada de esperanza. Pálida y muda, y embellecida aún más por la emoción, la joven miraba fijamente al suelo y continuaba ocultando bajo sus largas pestañas la preferencia secreta que sin duda sentía por uno de los rivales.

El machete iba á decidir la cuestión cuando una mujer, abriéndose paso entre la gente, vino á recordar á mi huésped el solemne compromiso que iba á violar. Era la madre del pariente que debía vengar.

—Es una vergüenza, don Carlos, prorrumpió aquella anciana, que acepte V. una pendencia injustificada, faltando á su palabra, mientras un pariente de usted, villanamente asesinado, está todavía sin vengar.

Mi compañero hizo cuanto le fué posible para librarse de aquella prohibición, que sellaba el machete en su anilla, pero la ofendida madre no cedía.

—¡Válgame Dios, doña Josefita! dijo al fin Carlos con acento sincero, mete V. mucha bulla para nada y desconoce mis intenciones. Si obro así es por interés del difunto. ¿Pues que? ¿no conviene que ejercite

mi mano para descargar después al asesino golpes más seguros?

—Y si un tajo le priva á V. de la mano, ¿quién vengará á mi hijo?

—No se que contestar á eso, pero no importa: las mujeres lo enredan siempre todo. Si no hay otro medio, que me reemplazen, continuó con mal humor, si mi adversario no tiene inconveniente en ello.

Su antagonista se inclinó y con el sombrero echado sobre la oreja, la mano en el puño del machete y la pierna derecha adelante, respondió con majestuosa condescendencia:

—¿Qué es lo que yo pretendo? Que no se diga que en Manantial ha habido un fandango que no ha terminado de una manera conveniente; que no hemos obsequiado á los forasteros como se merecen y como se acostumbra. Si no puedo batirme por los lindos ojos de doña Sacramento, añadí haciendo un guiño lleno de fatuidad, aceptaré de parte de cualquiera que sea la proposición de jugar una botella de anisado de España á primera sangre.

Aplausos calurosos interrumpieron al orador, el cual, contoneándose, con altiva jactancia, tan pronto sobre una cadera como sobre otra, prosiguió:

—Solo me falta añadir que, habiendo perdido hace una hora mi último real, al as de copas, me encuentro en la imposibilidad de pagar y en la obligación de vencer. Que se me designe la víctima.

Esta peroración fanfarrona, digna de un verdadero jarocho, llevó á su colmo el entusiasmo de los concurrentes. El orador, dirigiendo una mirada impertinente á Carlos, que se mordía los puños parecía gozarse en su triunfo y, le dijo:

—Vamos, don Carlos, que no faltará un amigo que quiera reemplazarle á V.

Un profundo silencio siguió al entusiasmo anterior. La perspectiva de exponer al mismo tiempo la

persona y el bolsillo no parecía muy seductora á ninguno de los presentes, y por mi parte temía que mi huésped no cediese otra vez á su idea de empeñarse en que le supliera. Por suerte un incidente imprevisto vino á salvar el honor de la población de Manantial.

Por el mismo camino por donde yo viniera el día anterior avanzaba un ginete á todo el andar de su caballo, que, como los de Tierra Caliente, estaba dotado de un cuello muy largo y no se excedía en la rapidez. Fijáronse todas las miradas en el recién venido, que parecía forastero, y en el cual reconocí al jarocho que había interrumpido mi partida con Cecilio. Satisfecho de haber logrado algunas corbetas de su prudente cabalgadura, echó pie á tierra, y sin proferir palabra, ató al animal á un poste; después, guardando el mismo silencio, se acercó al estrado, sacó su machete, en cuyo puño flotaba un lazo de cintas encarnadas, trazó con él un círculo en la arena y lo clavó en el centro.

Un profundo silencio acogió esta extraña visita. A mí, al contemplar estas costumbres caballerescas, me parecía asistir á algún episodio de los cantos de Tasso. Este machete clavado en el suelo era un desafío arrogante á una población entera por un solo hombre. El antagonista reclamado por el rival de Carlos se presentaba oportunísimamente.

Todos los ojos buscaron al valiente que tantas fanfarronadas soltara, pero él, encontrando sin duda muy terrible al nuevo adversario, se había eclipsado, aprovechándose de aquellos momentos de atención concentrada en el forastero. Este, cual los paladines que hacen voto de no hablar, se dirigió con igual altivez á uno de los ventorrillos, y golpeando fuertemente con un peso duro sobre las tablas, se hizo servir por señas un vaso grande de anisado, entregó el duro y llevó el vaso á la boca. Sin embargo, como hombre que desdeña estimular su valor por medio de

licores, se limitó á humedecer sus labios y lanzó el resto. Atendidas las costumbres de los jarochos, no podían hacerse las cosas con más guapeza. Seguro entonces de haberse presentado en regla, el forastero paseó por todos los concurrentes una mirada de orgullosa tranquilidad: esperaba.

Todos los vecinos de Manantial miraban al desconocido con admiración, pero ninguno parecía más impaciente por medirse con él que mi amigo Carlos. Se recordará que el día antes había incurrido en el desagrado de Sacramento por no haber podido ofrecerle un lazo encarnado; precisamente en el puño del machete del forastero flotaban cintas encarnadas.

Después de cortos instantes de lucha consigo mismo, Carlos me dijo en voz baja:

—¡Vive Dios! ¡Que se aguante la vieja! ¡Sacramento tendrá aquellas cintas!

Y, levantándose con viveza, fué á plantar su machete junto al del forastero. El desafío quedaba aceptado. El desconocido llevó cortésmente la mano á su sombrero, y después de contemplar un momento al adversario que respondía á su provocación, dirigió una rápida mirada al grupo de las mujeres, como buscando á quien ofrecer el homenaje de su valor.

Pronto descubrió á la hermosa Sacramento, y adelantándose hacia ella con noble desembarazo la dijo:

—¡Los fandangos de Medellín han perdido todo su atractivo desde que doña Sacramento no está allí para embellecerlos. ¿Puedo envanecerme de pensar que no los ha olvidado, y mucho menos á sus apasionados?

Cuando la joven iba á responder, Carlos, aguijoneado por los celos, se acercó á él y le dijo:

—Dispense V., caballero; tengo un particular antojo por las cintas encarnadas. ¿Quiere V. que las que adornan su machete sean el premio de la primera sangre?

—Acepto la idea con muchísimo gusto: iba á tener el atrevimiento de ofrecerlas á doña Sacramento como un regalo humilde, pero que desde ahora adquirirá cierto valor, á causa de la sangre que se derramará por ellas.

Después de esta respuesta, que acompañó de graciosa sonrisa, se quitó el sombrero, que mantuvo en la mano, y fué á arrancar su machete de la arena. Carlos igualmente se descubrió, cogiendo el suyo. Siguió á ésto una pugna de cortesía entre ambos campeones, pues ninguno de los dos quería ser el primero en cubrirse: por fin terminaron esa competencia, cubriéndose los dos á un tiempo.

Entonces el más anciano de los concurrentes se encargó de elegir el terreno de combate y de dividirlo. Enseguida se colocaron frente á frente los adversarios: los hombres formaron círculo en torno de ellos: solo faltaba la señal. Si el forastero era tan hábil como valiente debía ser un enemigo temible. Yo estaba inquieto por Carlos, porque el resultado del duelo podía ser tan fatal á su reputación como á su amor.

Dióse la señal en medio de un silencio tan profundo que, á pesar de la mucha gente que allí había, sentíase el rumor de las hojas movidas por la brisa suave que reinaba en aquellos instantes. Los dos empezaron á batirse descargándose mutuamente golpes tan terribles que parecía que se trataba más bien de un duelo á muerte que de una lucha á primera sangre; pero cada vez un salto repentino prevenía, con aplausos de todos, el desenlace temido. Y es que en el arte de la esgrima de los jarochos para parar y tirar los golpes les sirve más la agilidad del cuerpo que la ciencia del ataque y de la defensa.

Las hojas de los machetes cortaban el aire con silbido lúgubre ó bien chocaban el uno contra el otro con ruido vibrante. Sin embargo, se conocía evidentemente que el forastero procuraba más bien herir la

honra de su antagonista que quitarle la vida, pues en estos combates de gladiadores el mérito principal estriba en garantizar la mano: una mano herida es una mancha indeleble para la reputación del mejor tirador. Por desgracia para Carlos el lazo de cintas encarnadas que flotaban en el puño del machete de su adversario le guardaba á éste la mano mucho mejor que una guarnición de acero.

Carlos exponía su vida para poder adornar con aquellas cintas los cabellos de Sacramento, y su contrario para no mancharlas. Saliéndose alternativamente del círculo trazado, los combatientes habían recorrido un espacio de terreno considerable; y siguiendo sus movimientos la muchedumbre tumultuosa de los espectadores ondulaba en todas direcciones.

Ninguno de los dos se había tocado todavía, cuando el machete del forastero se deslizó silbando á lo largo de la hoja del de Carlos, levantándola al mismo tiempo. Un instante faltaba para que los dedos de mi amigo, alcanzados, tuviesen que dejar caer el machete, pero una vigorosa parada desvió el golpe: solamente el brazo de Carlos, herido por encima de la muñeca, dejó escapar un chorro de sangre en el instante mismo en que una mancha roja teñía en el hombro la camisa del forastero.

Ambos machetes se bajaron á la vez. El combate había terminado. A mí me hubiera sido muy difícil decidir cual de los dos había sido herido primeramente; pero el ojo experto de los testigos había resuelto ya la cuestión, y tan convencido quedó el forastero de la justicia del fallo, que en el acto desató las cintas de seda encarnada que hasta entonces adornaban el puño de su machete y se las presentó á su adversario colocadas en la punta de su arma: era declararse vencido. Su cortesía fué simpática á todos y compartió con Carlos los honores del triunfo, á pesar de su derrota: solamente le faltó uno, acaso el que anhelaba más.

Una palidez mortal había cubierto las mejillas de Sacramento, durante la lucha; pero cuando Carlos se adelantó hacia ella un vivo encarnado sustituyó á la palidez. Al recibir de sus manos las preciosas cintas que tan valerosamente había ganado, los movimientos de su seno, una dulce y alegre sonrisa y francas miradas que no se dirigían ya al suelo, decían con bastante elocuencia á mi dichoso amigo que su adorada daba tanto valor al lazo de cintas como él á la flor desprendida el día antes de su caballera.

Los hombres rodearon al desconocido, que les invitó á pasar al ventorillo con él, no tardó en reunirse Carlos, y los dos rivales lucharon ahora en prodigalidad, con gran satisfacción de los convidados, que saboreaban el anisado á grandes tragos, felicitándose de tener que hablar para muchos días de aquel magnífico fandango. Yo me acerqué también al forastero para darle á conocer, cuando llamó la atención general un jinete que llegaba á escape tendido. Era el que había hablado conmigo, durante el juego, y había citado á su compañero para la fiesta de Manantial.

A la vista de la sangre que manchaba la camisa del rival de Carlos, el recién llegado exclamó:

—Por lo que veo, amigo Julián, ha habido combate.

—Amigo Ventura: es preciso pasar la vida lo menos mal posible, respondió el herido.

—Y bien... ¿no se lo había dicho á V.? continuó Ventura señalando al cielo que, cargado de nubes, estaba anunciando tempestad, tendrémos ocupación en la playa. ¿Quiere V. acompañarme?

—De muy buena gana, contestó el forastero con tristeza, pues creo que nada tengo que esperar ya aquí.

Y, montando á caballo, después de estrechar la mano á todo el mundo, los dos amigos se alejaron á

galope. Fué como una señal de dispersión general. El brillante torneo de Carlos y de Julián había coronado dignamente la fiesta.

¿Quiénes eran Julián y Ventura? Ninguno de los jarocho que me rodeaban parecía conocerlos, pero me reservé preguntar á Carlos sobre el particular. Llegada la noche, y acostado cerca de él junto al vestíbulo de su vivienda, cuando iba á interrogarle acerca de los desconocidos, nos interrumpió el ruido de pasos de una persona que se acercaba hollando la yerba.

Era la anciana Josefa, la madre del muerto aún no vengado.

Cuidadosamente rebozada en un manto que, á pesar del color, no dejaba ver sino dos ojos brillantes, debajo de una doble faja de cabellos canos, me ofrecía un tipo de esas hechiceras que se encuentran en Méjico entre otros muchos restos de la Edad Media.

—Estoy encargada de un recado para V., dijo á Carlos. Venga conmigo y una boca querida le dirá que puede partir cuando quiera, y que será V. bien recibido á su vuelta, si su muerte no deja un corazón inconsolable.

El jarocho se levantó con presteza y la siguió:

Una hora después se hallaba de vuelta; sabía que los votos de su amada le acompañarían en su peligrosa empresa y venía radiante de satisfacción.

—Sin embargo, me dijo, me es muy penoso tener que separarme de doña Sacramento; pero ahora no hay pretexto alguno para que difiera la partida, y nos pondremos en camino mañana.

—Como usted quiera; pero, ¿qué dirección hemos de tomar? ¿Sabe V. dónde se encuentra el hombre á quien vamos á perseguir?

—Nos dirigiremos á la costa: Josefa me ha dicho que Ventura, que es piloto, podrá ponernos en buen

camino. A Ventura le encontraremos en Boca del Río, en la playa.

El nombre de Ventura me dió pretexto para procurar satisfacer mi curiosidad. Pregunté á Carlos si le conocía, y, sobre todo, á su antagonista, cuyo comportamiento caballeresco me había interesado especialmente; pero solo obtuve respuestas vagas, que aumentaron mi deseo de acompañar á Carlos á Boca del Río, donde yo esperaba encontrar á aquellos dos amigos.

Al día siguiente ensillamos los caballos, y algo antes de amanecer salimos del pueblo, todavía envuelto en tinieblas.



EL PILOTO VENTURA

I

Prólogo de un drama

Nuestra salida de Manantial, señales infalibles anunciaban el próximo desencadenamiento de una tormenta producida por el viento Norte, y pesaba sobre los bosques que atravesábamos la calma precursora de la tempestad.

En toda la naturaleza reinaba un malestar extraño, y un calor sofocante abrumaba á los caballos, aunque habíamos acortado el paso. En vano los pulmones buscaban el aire fresco de la mañana.

A las pocas horas de andar bajo la bóveda de los árboles oímos un rumor sordo é imponente. Era el ruido del mar, al cual nos acercábamos sin poder distinguirlo todavía. Poco después desembocamos en la playa, y pude contemplar con mezcla de alegría y admiración el Océano que toca á las costas de Francia. A lo lejos distinguí á Veracruz con sus campana-

camino. A Ventura le encontraremos en Boca del Río, en la playa.

El nombre de Ventura me dió pretexto para procurar satisfacer mi curiosidad. Pregunté á Carlos si le conocía, y, sobre todo, á su antagonista, cuyo comportamiento caballeresco me había interesado especialmente; pero solo obtuve respuestas vagas, que aumentaron mi deseo de acompañar á Carlos á Boca del Río, donde yo esperaba encontrar á aquellos dos amigos.

Al día siguiente ensillamos los caballos, y algo antes de amanecer salimos del pueblo, todavía envuelto en tinieblas.



EL PILOTO VENTURA

I

Prólogo de un drama

Nuestra salida de Manantial, señales infalibles anunciaban el próximo desencadenamiento de una tormenta producida por el viento Norte, y pesaba sobre los bosques que atravesábamos la calma precursora de la tempestad.

En toda la naturaleza reinaba un malestar extraño, y un calor sofocante abrumaba á los caballos, aunque habíamos acortado el paso. En vano los pulmones buscaban el aire fresco de la mañana.

A las pocas horas de andar bajo la bóveda de los árboles oímos un rumor sordo é imponente. Era el ruido del mar, al cual nos acercábamos sin poder distinguirlo todavía. Poco después desembocamos en la playa, y pude contemplar con mezcla de alegría y admiración el Océano que toca á las costas de Francia. A lo lejos distinguí á Veracruz con sus campana-

rios y sus cúpulas, el fuerte de San Juan de Ulúa, que salía de las aguas como una roca, y por encima de la cual se dibujaban, en forma de largas flechas, los mástiles de los buques fondeados en la rada.

Acentuábanse los presagios de una gran tempestad: las olas venían á morir en la playa con harta lentitud, los peces saltaban en la superficie del agua, y las aves marinas volaban atontadas, lanzando agudos chillidos. Más allá de la ciudad densas nubes cubrían el horizonte. De repente esa masa de vapores se abrió como se descorre una cortina, y las montañas de Villa-Rica y la sierra de San Martín, desde Tuxtla hasta la embocadura de Goazacoalco, libres del velo que las ocultaba á nuestra vista, ostentaron las azuladas cúspides sobre el fondo de un cielo azul vivísimo.

—¡Pobres de los buques que se encuentren en el golfo, me dijo Carlos, pues el Norte se adelanta espada en mano, y esta noche será de prueba. Ya lo sabremos en Boca del Río.

Nada respondí: completamente entregado á la contemplación del mar, me hallaba combatido por las más encontradas sensaciones. A la alegría de mi regreso se mezclaba una vaga tristeza: el país que iba á abandonar había satisfecho de tal modo mi sed de aventuras que á mí propio me reprochaba el deseo de ir á buscar á otra parte una existencia más tranquila.

Cuando, después de algunos minutos de silencio, confesé algo confuso al jarocho mi deseo de embarcarme en el primer buque que se hiciese á la vela, Carlos me recordó con pena mi promesa de acompañarle á Boca del Río, y me advirtió que además ningún barco podía levar anclas hasta dentro de cuatro días.

Esto me hizo transigir y convenimos en que por lo menos, de los cuatro días de espera forzosa pasaría

uno con él en Boca del Río para ayudarle en sus pesquisas. Boca del Río dista solo cuatro leguas de Veracruz.

Carlos no tenía que hacer más que atravesar la ciudad para dirigirse enseguida á aquel pueblecillo. Yo tenía que detenerme en Veracruz para disponer mi marcha, después de lo cual iría aquella misma noche á reunirme con él.

Poco después entrábamos en Veracruz. Algunos muleteros habían plantado sus tiendas en la playa arenosa y ardiente que rodea la ciudad, aguardando con impaciencia el momento de huir de la costa mortífera que cada viaje devora á algunos de sus compañeros. Más allá varios mozos de cordel negros, habituados á este clima fatal, jugaban ó retozaban dando tumbos por la arena, sin la menor consideración á sus finas camisas de batista, bordadas. No pude menos de comparar á estos hombres tan lujosamente vestidos con nuestros pobres auverneses que desempeñan en las ciudades de Francia el mismo oficio de faquines.

Despedíme de Carlos repitiéndole la promesa de reunirme con él y me encaminé á casa de mi correspondiente.

Había ya cerrado la noche cuando me puse en camino, renegando de la insistencia del jarocho en que le ayudara en su empresa. El viento empezaba á soplar por el Norte cuando llegué á la playa, salvadas las barreras de la ciudad. Enormes nubes, impetuosamente empujadas, oscurecían el cielo, y un frío glacial, procedente de la bahía de Hudson, venía por intervalos á helar el rostro. Las olas se estrellaban mujiendo y arrastraban hasta los pies del caballo una ancha faja de espuma. La tormenta acrecía su furia, á medida que avanzaba, y la oscuridad se hacía cada vez más densa.

Obligado con frecuencia á volver la espalda para

librarme de la lluvia de arena que el viento me arrojaba á la cara, entonces descubría lejos, detrás de mí, la ciudad, que me arrepentía de haber dejado. La farola de San Juan de Vlúa proyectaba á intervalos iguales la viva luz de su llama giratoria, tan pronto sobre Veracruz, medio oculta en la oscuridad, tan pronto sobre la rada, cubierta por una sábana de blanca espuma. También distinguía entonces por momentos los buques anclados, próximos á estrellarse unos contra otros; y en seguida todo tornaba á sumirse en las tinieblas.

El tiempo, como se vé, era muy poco favorable para una excursión nocturna. Sin embargo, yo seguía adelante con resignación, y estaba ya cerca del bosque en cuyo extremo se hallan las casas de Boca del Río cuando distinguí un jinete delante de mí. A cierta distancia parecía un fraile. Inmediatamente me dirigí hacia él y llegué cerca, sin que lo advirtiera. Entonces reparé que lo que había tomado por un capuchón era una *bayeta*, esto es, una capa de lana con mangas, que usan los jarochos de la costa. Aquel hombre no había sentido mis pasos, á causa del estrépito de la tempestad: con una mano puesta sobre las cejas, para esquivar la luz deslumbradora de los relámpagos, miraba con mucha atención, cual si tratase de rasgar el velo negro que cubría el Océano; pero la inmensidad del mar solo dejaba ver la blanca cresta de las olas, que se rizaban bramando bajo la furia del temporal.

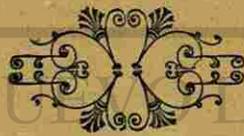
En vano le grité con toda la fuerza de mis pulmones; la violencia del viento no dejaba que mi voz llegase hasta él.

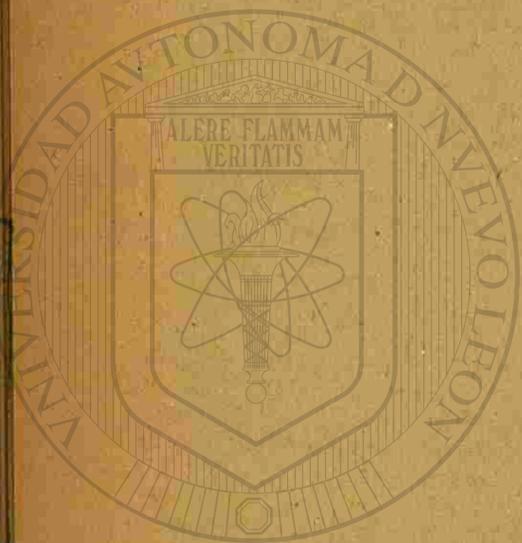
De pronto resonó una detonación lejana, y, cual si hubiera sido una señal aguardada con impaciencia, el jinete metió espuelas y arrancó al galope hacia los bosques de Boca del Río. Los árboles le ocultaron á mi vista, al poco rato, y entonces solo me ocupé en

buscar entre los matorrales el estrecho sendero que conducía al pueblo. Conforme esperaba, una vez al abrigo de los árboles, pude caminar con más desembarazo.

A medida que me internaba en el bosque disminuía el ruido de las olas. Hacía cosa de una hora que andaba por debajo de la bóveda de la arboleda en una completa oscuridad, cuando volví á ver casi con disgusto por un claro la línea de espuma que nuevamente me anunciaba la proximidad del mar.

Iba á llegar á Boca del Río, así llamado á causa de su situación cerca de la desembocadura de un río; pero al salir del bosque me esperaba en la playa un espectáculo cuyo interés extraordinario me obligó á hacer un alto allí.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



II

Trajedia y despojo

A pesar de la violencia de la tempestad la población entera de Boca del Río iba y venía á la orilla del mar: todas las miradas estaban fijas en la sábana movable de espuma, cuya fosforescente brillantez contrastaba con el tinte obscuro del cielo.

Sin embargo, no había ningún buque á la vista: únicamente una detonación lejana había anunciado el inminente peligro en que alguno se hallaba y que pedía un piloto. Era evidente que en noche como aquella, á no ser por un milagro, no podía ningún buque permanecer cerca de la costa sin estrellarse. Pero como no se había repetido el cañonazo, se suponía que aquella embarcación habría podido alejarse mar adentro. Además, debió haber llegado á bordo un piloto que había salido por la mañana antes que arreciase el Norte, y la experiencia de aquel marino consumado tranquilizaba á muchos; á pesar de lo cual no faltaban espectadores que juzgaban perdido el barco.

Hallé á Carlos entre los curiosos.

Oyóse distintamente otra detonación. Una llamada precedió al poco rato á la tercera, y en seguida apareció la mole negra de un buque que se adelantaba con tanta rapidez cual si hubiese contado con su velamen íntegro. Parecía imposible que evitase su pérdida, pero me dijeron que aun le quedaba una esperanza, entrar en un canal que había cerca del sitio donde estábamos con objeto de encallar en la arena con menos violencia. Por desgracia, en medio de las olas que habían borrado completamente los límites de la playa no era fácil acertar con la estrecha entrada del canal.

Todas las maniobras del buque parecían encaminadas á alejar el instante crítico en que debía aventurarse en la dirección del canal oculto por las olas; tan pronto las ofrecía uno de sus costados como huía del huracán para dirigirse á tierra. De repente un grito de alegría dominó el ruido de la tempestad. A un tiro de cañón de donde estábamos apareció un fanal que alumbraba con luz clara y brillante.

¿Había habido algún hombre generoso que expusiera su vida para indicar el paso? A bordo del buque lo creyeron sin duda así é interpretaron la señal como nosotros, pues le vimos adelantarse con espantosa rapidez hacia el fanal, que se movía sin cesar siempre en línea recta. Un foque en el bauprés era la única vela que el buque llevaba para que pudiera ser gobernado por el timón, y solamente un apuro extremo podía motivar esa maniobra.

A veces cuando el viento cedía un poco el buque se detenía un instante, pero otra ráfaga venía á darle nuevo impulso. Por último, se le vió dar un salto repentino, inclinarse, ya sobre una banda, ya sobre la otra, levantarse enseguida otra vez, para caer nuevamente sobre el costado opuesto, y quedarse tendido sobre su banda hecha pedazos.

Un grito desgarrador llegó á nuestros oídos entre

el doble rujir del viento y de la mar; al mismo tiempo el fanal se apagó, como se apaga el fuego fátuo que engaña al viajero, luego de hacerle precipitar en un abismo.

El barco, una goleta, no tenía ya salvación, y había que pensar en los tripulantes. Apareció un hombre en la proa del buque naufrago, y á la luz de la linterna que llevaba reconoció al piloto Ventura. A pesar de que nos habló con la bocina, no pudimos entender sus palabras, bien que la cuerda que tenía en la mano no dejaba duda acerca del objeto que se proponía. Pedía que una lancha fuese á coger la punta del cable. No siendo practicable la empresa quedó sin respuesta la petición del piloto.

Entonces vimos bajar una lancha del costado de la goleta y saltar en ella algunos hombres. Ibamos á asistir á la escena más triste de aquel drama. La lancha no se sostuvo sino algunos momentos sobre las olas; desapareció y de sus tripulantes uno solo consiguió ganar la playa á nado. Este hombre, casi extenuado de frío y de fatiga, era el piloto Ventura.

Sin hacer caso de las preguntas que todo el mundo le dirigía, desenrollando una cuerda que llevaba en torno del cuerpo, dió orden de que atasen fuertemente la punta, para tratar de salvar á los marineros que quedaban á bordo de la goleta. Cien manos cogieron enseguida la cuerda, sugetándola con la fuerza de un cabrestante. Hecho esto, Ventura se repuso un poco y sus primeras palabras me explicaron el enigma más misterioso y más importante de lo que acababa de presenciar. El buque había naufragado por una falsa indicación: el fanal que lo atrajera hacia un banco de rocas había sido un estratagema empleada por alguno de esos pérfidos merodeadores para quienes un naufragio es una ocasión de recojer abundante botín.

Mientras refería el episodio, Ventura examinaba con ojos irritados á cuantos le rodeaban, cual si bus-

rara á aquél cuya odiosa maniobra ocasionara la pérdida del buque. Entonces no pude menos de pensar en el individuo que iba delante de mí antes de llegar á Boca del Río y que al primer cañonazo, se había lanzado al galope, en dirección al mar.

— ¡Malditos sean, clamó Ventura, esos ladrones que el viento Norte atrae á la playa para despojar á los náufragos y apoderarse del cargamento! ¡El infierno confunda al malvado que nos ha hecho naufragar!

Mientras hablaba así, un movimiento de la cuerda, que cedía á una violenta presión, anunció que los marineros de la goleta se aprovechaban de aquel recurso para ganar la tierra. En efecto, no sin gran trabajo y peligro, fue llegando á tierra la tripulación. El barco era norteamericano y llevaba al puerto de Alvarado, distante dieciseis leguas de Veracruz, un cargamento de contrabando que, según todas las apariencias, iba á ser presa de las olas y de los merodeadores: mas, como en virtud de la previsión norteamericana, el cargamento estaba asegurado por una suma igual por lo menos á su valor el capitán se cuidó únicamente de pedir un lecho y un vaso de grog. Tanto él como los marineros encontraron en los vecinos una hospitalidad interesada con la mira secreta de aprovecharse sin el menor escrúpulo, de los objetos que el mar no tardaría en enviarles. Yo hice que llevase mi caballo al pueblo uno de aquellos hombres, colocando en mi cinturón las pistolas que llevaba en las pistoleras. Mi intención era permanecer en la playa á fin de no perder ninguna de las singulares escenas que iba á ofrecerme el saqueo organizado de un buque.

Habíanse retirado las mujeres y los niños y solo quedaban en la playa un corto número de hombres que esperaban con impaciencia el momento en que el mar debía empezar á restituir una parte del cargamento que se había tragado. Ventura hizo apagar los fuegos y la playa volvió á quedar sombría, sino silen-

ciosa, pues las olas rujían con tanta fuerza como los truenos, cuyos ecos repetían las montañas de Tuxtla. De vez en cuando un pálido rayo de luna alumbraba la escena de la destrucción del barco, que las olas desmantelaban haciéndole chocar contra las rocas.

— Allí donde hay cadáveres, nos dijo el piloto señalando la goleta, allí acuden los buitres y los del-fines. Por consiguiente, no tardarán en llegar los causantes de esa catástrofe.

Sin embargo continuaba tranquilo, y mientras aguardaba que apareciesen los merodeadores, pude examinar el terreno. A pocos pasos de nosotros estaba la desembocadura del río, que corría bajo una bóveda de copudos árboles: al lado de acá estaba el pueblo y entre aquél y nosotros se levantaba una línea de mimbreras que podía ocultarnos completamente. Este lugar fué el que elegimos para espiar á los merodeadores.

A poco rato llegaron por la orilla del río un grupo de jinetes que se dirigieron á la playa. Hicieron alto, como para orientarse, no lejos de nosotros y uno de los jinetes se adelantó con mucha precaución.

— El tunante ha ido á buscar refuerzos, murmuró en voz baja.

— Y sin duda también las mulas que han de llevarse el botín, observó un vecino.

En aquel jinete reconocí al que me había llamado la atención con sus maniobras sospechosas. Embozado en su *bayeta* azul, y tal vez asombrado de encontrar la playa tan desierta, después de haberla dejado tan animada, continuó examinando el terreno silenciosamente hasta cerca de las mimbreras: después fué á reunirse con sus compañeros.

Ya se distinguían algunos restos de la goleta arrastrados hacia la playa. Los merodeadores se fueron apostando de trecho en trecho por la orilla. Únicamente el de la *bayeta* penetró con su caballo un poco en el mar; para ver mejor la llegada de los bultos:

—¿Puede alguno de vosotros prestarme una carabina? dijo el piloto.

Uno le alargó un fusil. En este momento la figura sombría del jefe de los merodeadores y de su caballo, destacándose cual estatua sobre la nevada espuma presentaba un blanco magnífico. El tiro salió y vimos doblarse el cuerpo del jinete y desaparecer entre las olas. Los demás bandidos emprendieron la fuga.

Un instante después vióse salir á un hombre del mar y echar á correr: la bala del fusil había herido al caballo. Corrió el piloto á cortar el paso y se entabló una lucha entre los dos en las tinieblas. Cuando llegábamos á ayudar á Ventura le hallamos en tierra derribado por su adversario: éste huía con gran ligereza: no era posible alcanzarle.

Ventura se levantó con mucho trabajo, diciendo:

—Por suerte su puñal no ha atravesado sinó mi ropa: pero ya le conozco: es el tunante de Campos.

—¿Es quizás Tereso Campos? preguntó Carlos.

—Tereso Campos.

—¡Ah! yo le busco.

—¿Y para que? preguntó el piloto.

—Para matarle, respondió mi compañero con sencillez heroica.

—Pues bien: yo me encargo de hacer que le encuentre V. mañana. En la fuga ha montado un caballo, que debe ser robado.

—Será el de V., me dijo á mí Carlos. Por consiguiente se halla V. interesado también en vengarse de Campos.

El lector recordará que había mandado mi caballo al pueblo, pero el conductor, no se porque, lo había atado á un árbol cerca de la playa. Allí le alcanzó el ladrón.

Aunque no daba yo importancia á tal pérdida vi-me condenado á considerar ese robo como una afrenta sangrienta que no podía dejar impune.

Pero antes de emprender la persecución de los fugitivos era preciso proceder al reparto equitativo de los restos del naufragio. Por lo que presencié, la guerra que el honrado Ventura hacía á los merodeadores era porque no dejasen mermada su propia industria. Empezaron á llegar, ya objetos aislados, ya barriles, ya cajones flotantes: todo se fué amontonando en la playa en un sitio seco para repartirlo después. Y la cosa se efectuó con cierta imparcialidad, no adjudicándose Ventura sobre su parte sino cierto número de cajas de tela, á causa de los peligros que había corrido. Arreglado todo á satisfacción de aquellos aprovechados vecinos se llevaron el botín con tanta prisa que muy luego quedó la playa desierta.

Carlos, Ventura y yo pudimos finalmente acordar el modo de emplear el resto de la noche, que llegaba ya á la mitad de su curso, conviniendo en que dentro de una hora nos encontraríamos á orilla del río, en un sitio designado por el piloto, el cual se separó de nosotros para poner su botín á buen recaudo.

Carlos y yo nos encaminamos también al pueblo. El jarocho había asistido con despreciativa indiferencia al saqueo del cargamento del buque naufrago; antes de retirarse de la playa dirigió una mirada al mar, que azotaba con creciente furia el desmantelado casco de la goleta y á los escasos restos que las olas arrojaban todavía sobre la costa.

—Todo esto, dijo con melancólica sonrisa, no vale una mirada de Sacramento ni un fandango bailado á la sombra de las palmeras.

Pronto estuvimos en el pueblo, y después de una cena frugal, nos dirigimos al lugar de la cita con Ventura.

Encontramos al piloto en una ensenadita defendida por grandes sauces, ocupado en arreglar los remos de una lancha amarrada á la orilla. Yo, que había tenido las fatigas de una marcha forzada á través

de los bosques, ví con agradable sorpresa que, en vez de una agradable excursión pedestre, se trataba de hacerla en aquella lancha. Mostré mi satisfacción á Ventura.

—Aquí, me dijo, no viajamos sino de dos maneras: á caballo ó en barca. ¿Sabe V. remar? preguntó á Carlos.

Este hizo una seña afirmativa é inmediatamente nos metimos en la lancha. Las aguas del río, aunque apartadas de su desembocadura, estaban crecidas y agitadas por el temporal. Pronto, á impulso de los dos remos, empezamos á deslizarnos rápidamente por la sombría superficie de las aguas. Reinaba en ambas orillas la soledad imponente de los bosques de América unida al ruido del huracán al chocar contra los árboles. Las márgenes del río eran muy accidentadas. Tan pronto su cauce se ensanchaba como se reducía, corriendo el agua entre dos márgenes escarpadas bajo una espesa bóveda de acayoibas y de cedros inclinados.

Insensiblemente me dejé llevar del encanto de una contemplación seductora, que me hacía olvidar por completo el motivo de nuestro viaje nocturno. Una observación del piloto me hizo volver á la realidad.

—Cada cual, dijo, tiene en este pícaro mundo sus envidiosos y sus enemigos. Por mi parte conozco más de un individuo, incluso Campos, que se alegrarían mucho de saber que á esta hora adelantada de la noche, en medio de estos sitios solitarios que no han visto nunca á un agente de policía, podrían hallar á Sinforoso Ventura indefenso.

—¿Acaso no llevamos armas? objetó Carlos. ¿No cuenta V. para nada su carabina, las pistolas de mi amigo y mi machete?

—Mucho podrían servirnos estas armas en campo raso, pero aquí nos serían del todo inútiles. Un hombre escondido en uno de esos árboles que se inclinan

sobre nuestra cabezass elegiría muy cómodamente entre los tres al que se le antojara meterle una bala en el cráneo; ó bien un tronco de arbol lanzado al río, cuya corriente subimos, podría volcar nuestra lancha, si es que no la hacía pedazos. ¿Qué dice V. á esto?

—Convenido, respondió Carlos, por fortuna nadie sabe que suba V. por el río esta noche.

—¿Quién sabe? En todas partes hay espías y traidores. Si alguno de esos, á quienes hemos puesto en fuga ha sospechado nuestro proyecto, estén Vds. seguros de que sus compañeros serán avisados con tiempo y nos aguardarán esta noche en un sitio que yo conozco. Dos horas hace que remamos, añadió moviendo la cabeza, y no está lejos el sitio. Ya saben ustedes lo que debemos temer; vean si les conviene seguir adelante ó tomar tierra para aguardar el día.

—Quiero perder el menos tiempo que pueda, respondió fríamente el jarocho. Si remamos con fuerza dentro de una hora estaremos en el pueblo donde habita Campos.

—Como quieran Vds., repuso Ventura. ¡Adelante y Dios sobre todo!

Después reinó entre nosotros un profundo silencio. Yo, sabiendo los peligros que nos amenazaban, me senté en la proa, á fin de descubrir, si era posible, las emboscadas que acaso se nos preparaban. Pero la oscuridad de la noche hubiera hecho inútil esa tarea, aun para ojos más ejercitados que los míos. Ni una sola estrella se divisaba por entre los árboles. Había pasado un cuarto de hora sin que el más mínimo incidente justificase los temores del piloto cuando Carlos soltó el remo por algunos instantes para tomar aliento: la lancha, retrocediendo por la fuerza de la corriente, se quedó al través.

—Sostenerla en línea recta, dijo vivamente el piloto, aun suponiendo que no haya que temer de los hombres, el huracán puede haber arrancado algún

arbol, y si recibimos el choque de costado nos volcaría irremisiblemente. Presentando la proa evitamos al menos ese percance; el peligro es aun más temible porque, llegando hasta aquí el agua salada, á causa del temporal, debemos tener cerca más de un tiburón.

Estos nuevos peligros me hicieron echar de menos el descanso y la tranquilidad de la fonda de Veracruz.

Carlos volvió á su remo con más vigor que antes: habíamos llegado á un sitio en que el cauce era sumamente estrecho: se llegó á un punto en que los remos no podían jugar, y el piloto tuvo que valerse de un garfio que iba afirmando en las enredaderas, logrando así dominar la fuerza de la corriente.

Al salir de este estrecho canal volvieron á manejar los remos, pero á medida que el río ensanchaba su cauce se elevaban también sus orillas. Los enormes peñascos que se alzaban á derecha é izquierda ofrecían el aspecto de un puente roto. Bajo esta bóveda cada golpe de remo producía un eco.

—Sería necesaria la vista del gato montés para distinguir el camino, dijo el piloto.

—¿Tenemos todavía para mucho tiempo? preguntó Carlos.

—Unas cuantas remadas fuertes nos sacarán de este sitio; pero lo más difícil es descubrir la entrada del canal que sirve de salida á esta balsa; canal tan estrecho como el que acabamos de pasar. Caballero: tome usted el botador: que no abordemos á las rocas.

Hice lo que me encargara el piloto. La lancha no se había desviado lo más mínimo de la línea recta el botador no tropezó con nada, ni á derecha ni á izquierda.

—Va bien, dije, nos hallamos en medio de la corriente.

Los remeros bogaron otra vez con fuerza. De pronto el botador que llevaba en la mano chocó con violencia contra la roca, y se me escapó: me vi derriba-

do de mi puesto y, oyéndose un fuerte crujido de ramas rotas, la lancha se detuvo.

—¿Qué es eso? exclamó el piloto precipitándose hacia la proa, y pasando sus manos por una espesa red de ramas y enredaderas entrelazadas con fuerza terrible.

—¡Demonio! continuó, los bribones han arrojado al río algún arbol que la corriente ha arrastrado hasta aquí, y que destruye nuestra última salida. ¿Como saldremos de este laberinto? Alguna roca desprendida nos aplastará antes de que podamos abrirnos paso.

La evidencia era para descorazonar al más impávido: me callé. Lo más seguro era retroceder al canal de donde habíamos salido; pero la lancha, fuertemente enredada en las ramas del arbol que nos obstruía el paso, resistía á todos nuestros esfuerzos. Luchamos por algunos momentos con desesperación contra aquel obstáculo que detenía nuestra marcha, cuando una voz robusta gritó sobre nuestras cabezas:

—¿Quién vive?

—Gente de paz, respondí á imitación del piloto.

—Eso no basta: sois tres, y quiero oír tres voces.

—Y bien ¡diantre! Dígale V. á Campos que está aquí Carlos Romero, de Manantial.

—Y pregúntele V. también si se acuerda de Sintoroso Ventura, de Boca del Río, añadió orgullosamente el piloto.

Oyóse un silbido en el bosque; otro silbido detrás de nosotros nos hizo comprender que ambas orillas estaban guardadas. Transcurrieron algunos segundos, que me parecieron siglos. Dibujáronse en la cumbre de las rocas, sobre nuestras cabezas, algunas sombras vagas, y varias luces vacilantes alumbraron las aguas del río. El piloto no aguardó más para hacer fuego sobre los bandidos; pero estos tenían sobre nosotros la ventaja de la posición y armas más eficaces que las nuestras. Nuestros enemigos lanzaron enseguida al

agua un enorme peñasco que cubrió la lancha de agua y espuma. El piloto lanzó un grito de angustia.

Ciegos y sofocados por el agua, que nos había inundado, sentimos saltar la lancha, como si trepase á la cresta de una ola, y arrancada violentamente de las ramas que la sujetaban, seguir rápidamente la corriente del río. Cuando volví de mi primera sorpresa el piloto había desaparecido.

Llamé varias veces, pero solo me respondió la voz de Carlos, que dijo:

—¿No hay remedio para éll? ¿No ha oído V. su último grito? Está en el fondo del río y ahora nos toca á nosotros lo mismo.

Nuestra única salvación era una rápida retirada, si podía nos hacerla Carlos bogó vigorosamente. No se oía otro ruido que el de los remos. ¿Habían perdido nuestra pista los enemigos, ó nos aguardaban en la angostura del canal que dejáramos atrás y hacia la cual nos dirigíamos con esfuerzo desesperado? Cualquiera que fuese la suerte que nos aguardara en aquel sitio, era imposible retroceder.

Pronto nos hallamos en el paso peligroso. El más leve rumor, el murmullo del viento entre las hojas, un lagarto ó una ardilla que huyeran, todo nos encontraba prevenidos y con las armas en la mano: así es que con frecuencia se interrumpía nuestra navegación, obligándonos á frecuentes altos, después de los cuales el jarocho remaba con nuevo ardor.

Al fin llegamos á un sitio en donde la vegetación, menos abundante, dejaba descubierta una de las orillas, y allí desembarcamos. Una rápida exploración nos convenció de que no había ninguna emboscada, por lo cual resolvimos descansar una hora en aquel sitio.

Empezaban á distinguirse los primeros albores del día. Figúrese el lector nuestra sorpresa cuando al establecer nuestro modesto campamento oímos la voz

de Ventura, que pronunciaba el nombre de Carlos! Al principio nos creímos juguetes de una alucinación. Pero pronto vimos que era verdad la resurrección del valiente piloto, que estaba en la otra orilla, pidiéndonos pasaje. Allá acudimos con la barca, y abrazándole, pregunté:

—¿Qué milagro le salvó á V. la vida? Aún su grito de angustia resuena en nuestros oídos.

—Aquel grito les salvó á Vds. la vida. En cuanto al milagro solo puede parecerlo á los que no hayan visto á un mejicano de pura raza luchando con el peligro. Comprendiendo que íbamos á morir sin defensa, de no librar la lancha del obstáculo de las ramas, me lancé al arbol que obstruía nuestro camino, y al caer el peñasco que los miserables precipitaron al río lancé aquel grito de desesperación que tomaron ustedes por un grito de muerte. Los bribones se engañaron lo mismo que Vds., y desaparecieron. Una vez fuera del agua, he continuado andando por la orilla opuesta, seguro de que al cabo encontraría á Vds.

Carlos le estrechó fuertemente la mano, y el piloto continuó:

—Ahora debe V. tener dobles deseos en encontrarse con Campos. Advierto á V. que cuento con amigos en el pueblo donde habita, y que dentro de dos horas puede V. ver cumplidos sus deseos.

Este venturoso accidente le hizo olvidar su fatiga á Carlos. No era ya cosa de retroceder.

Después de una ligera discusión sobre si habíamos de continuar por agua ó por tierra se adoptó el volver á la lancha, á propuesta del piloto, el cual aseguró que la corriente habría arrastrado los obstáculos acumulados por nuestros enemigos en algunos puntos del río.

Volvimos á emprender la navegación, poniéndose uno de ellos á la proa y otro á la popa, mientras yo me colocaba en medio, satisfecho de que me dispen-

saran por mi inexperiencia, de tomar parte en la maniobra, y sobre todo de disfrutar de las magnificencias de la naturaleza á los albores del día.

El río, tan sombrío por la noche, parecía sonreír desde su lecho al sol naciente. Los jazmines silvestres, los laureles, rosas y otra porción de flores y de plantas confundían sus perfumes y sus colores en medio de festones de enredaderas azules ó purpurinas que dejaban colgar sus randas á lo largo de ambas orillas.

Nada en estos sitios solitarios recordaba la huella del hombre, ni se oía más ruido que el que hace el pico-verde, con su acompasado picoteo en el tronco de algún árbol seco. Mis compañeros permanecían indiferentes ante esas pompas, y yo mismo acabé por prestar atención á su animado diálogo. El piloto, al mencionar sus quejas contra Campos, hacía vibrar una cuerda muy sensible en el corazón del amante de doña Sacramento. Carlos oía con dolorosa sorpresa que Julián, su adversario vencido, era también rival suyo. Julián no tenía secretos para su amigo Ventura; su pasión por Sacramento databa de cuando los padres de la joven habitaban en Medellín, pueblo no lejos de la costa. La anciana Josefa iba con frecuencia de Manantial á Medellín para ejercer su equivocada profesión de adivina y hechicera: ésta había ofrecido á Julián predisponer en su favor el corazón de la joven, si la descubría el asesino de su hijo, y como Julián era amigo del piloto y éste conocía, por sus antiguas relaciones con Campos, todos los crímenes del jefe de los merodeadores, pudo servir á la vieja revelándola lo que deseaba.

Según Ventura, la hechicera cumplió su palabra siendo confidente de Sacramento, y favorablemente acogida cuando abogaba por Julián, asegurando con maliciosa sonrisa, que Julián fué invitado por la joven á tomar parte en la fiesta de Manantial y á des-

fiar en honor de ella al campeón más valiente del pueblo.

Unicamente Carlos y yo podíamos completar la relación de Ventura. Sin embargo, ambos guardamos silencio: yo porque no se excitasen los celos de mi amigo y éste por las punzantes emociones que aquel relato le causaba.

—Mas ahora que me acuerdo, continuó Ventura, es V. el retado por Julián, y no debo ocultarle una cosa, que él me ha confesado que, aun después de su derrota, no pierde las esperanzas, y trata de abandonar á Medellín para establecerse en Manantial.

—¿Está V. seguro de lo que dice? preguntó Carlos con alterada voz.

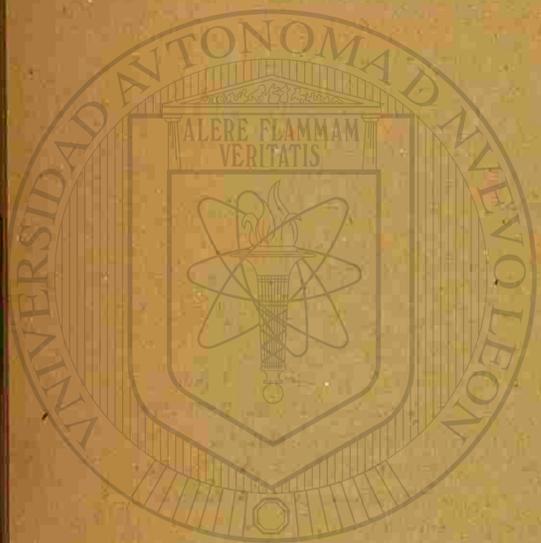
—Mi amigo Julián no me ha engañado nunca, ni es hombre que se alimente de ilusiones. Créame usted: si va á Manantial es que tendrá razones para ello.

Era demasiado: Carlos no le dijo más. Con los ojos fijos en el agua, que huía por ambos lados de la barquilla, el desdichado se inclinaba sobre su remo con energía febril. Unicamente su cuerpo estaba con nosotros, puesto que su alma había volado seguramente á los bosques de Manantial.

Por fin llegamos al término de aquella accidentada navegación. El río, muy ancho en este sitio, corría entre dos orillas tan bajas que estaban casi á flor de agua. Vastos campos de caña dulce poblaban una de las riberas.

—El pueblo está detrás de aquellas colinas, dijo el piloto, designando las que se alzaban á alguna distancia. Desembarquemos aquí.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



III

Frente á frente

DESPUÉS de amarrar la lancha á la orilla Ventura echó á andar delante de nosotros. Al poco rato entramos en el pueblecillo; todo estaba tranquilo. A la entrada de las cabañas, á cuya mayor parte protegían con su sombra elevadas palmeras, veíanse tendidos negligentemente en sus hamacas algunos habitantes que saludaban desde lejos al piloto como á un conocido antiguo. Después de contestar brevemente á las preguntas que le dirigían acerca de los últimos sucesos de la costa, Ventura se apresuró á preguntar en donde estaba Campos. Al mismo tiempo explicó el motivo de que le acompañase Carlos. Esta noticia fué acogida cual una fortuna inesperada por aquel grupo ocioso y batallador. Pero en interés mismo de la *función* que esperaban, el asunto debía tratarse discretamente, y todos rivalizaron en discreción.

Pusímonos en marcha hacia la cabaña de Campos sin meter ningún ruido, y, como se esperaba, le hallamos tendido en su hamaca.

No pude menos de admirar la fuerza de voluntad con que aquel hombre logró ocultar su turbación á la vista del piloto, á quien creía seguramente sepultado en las aguas del río. Se levantó tranquilamente, nos miró con curiosidad desdeñosa y solo pareció causarle alguna emoción la presencia de Carlos.

—¿Quién le envía á V. en mi busca? le preguntó.

—La tía Josefá, respondió Carlos; ella es la que me ha hecho venir de Manantial aquí.

—Al buen entendedor con pocas palabras bastan, prosiguió Campos. Estoy á las órdenes de V.

Arregláronse las condiciones del duelo con una calma y una dignidad que yo no esperaba igualmente de los dos adversarios. Ni el piloto ni Carlos hicieron la menor alusión á los incidentes de la noche. Tratabase de un duelo á muerte, y en este momento solamente toda recriminación era inútil.

Campos se alejó para ir á buscar sus padrinos y nosotros nos dirigimos al sitio convenido. Yo iba triste acompañando á Carlos.

—Suceda lo que quiera me dijo en voz baja, ora sucumba; ora quede con vida, no tendrá V. que llevar ningún mensaje; *ella* no debe oír hablar más de mí.

Después de andar cosa de un cuarto de hora en una dirección opuesta al cauce del río, llegamos á la orilla de un sitio pantanoso. Por un lado había una fila de árboles y por el otro se elevaban grandes montones de arena fina y movediza que probablemente algún día llegarían á cegar la laguna próxima. Aquí aguardamos la llegada de Campos y de sus padrinos. Carlos se paseaba arriba y abajo, con febil impaciencia, pues el jarocho no pertenecía al número de esos amantes románticos prontos á dejarse arrancar la vida para librarse de un amargo desengaño. Pertenecía á una raza terrible, cuyas alegrías, lo mismo que los sufrimientos, se han de excitar ó suavizar por medio de la sangre.

Un ruido de voces y de pasos nos anunció la llegada de los que aguardábamos. Los preparativos del combate fueron cortos. Medido el terreno y dividido el espacio, los adversarios se colocaron frente á frente. Dióse la señal y con el corazón oprimido oí el choque de los machetes. Volví la cabeza por unos momentos, pero un grito de rabia me obligó á tornar la vista á los combatientes. Ví correr á un hombre hacia la cúspide de una de las dunas, blandiendo un pedazo de machete, mientras de su costado salía un chorro de sangre que dejaba su huella roja en la arena. Era Campos. Su fuga había sido tan rápida que su adversario permanecía aún inmóvil en su sitio.

Uno de los padrinos se acercó para prestar á Campos un arma, en substitución de la que se rompiera en sus manos; pero llegó tarde. Rendido por el esfuerzo que acababa de hacer, se bamboleó, y cayó casi en el mismo instante. Por un momento quiso sostenerse en la pendiente, pero el terreno movedizo cedió bajo sus pies y el desgraciado, después de instantes de horrible lucha, fué á sepultarse en el pantano, envuelto en una especie de alud de arena.

No quedaba más que hacer sinó proteger la fuga de Carlos; abandonamos á toda prisa el teatro de la lucha y tuvimos tiempo de llegar á donde estaba la lancha, antes que el alcalde pudiese mandar un alguacil en persecución nuestra.

Ayudada por la rapidez de la corriente la barquilla se deslizaba como una saeta por entre las rocas y los bosques y las colinas parecían huir detrás de nosotros. A las dos horas habíamos llegado á la desembocadura del río y tomamos tierra bajo los cauces que daban sombra á la casa del piloto. Su compañía nos era ya inútil, y por consiguiente nos despedimos de él. Antes de dejarnos marchar trató de decidir á Carlos á quedarse en su compañía, diciéndole:

—Buscaba un hombre valiente y resuelto para aso-

ciarlo á mí, y en V. lo he encontrado. La ribera del mar es preferible á los bosques y el viento Norte sopla tres meses al año para enriquecer á los que habitamos en ella. Quédese V. conmigo, y pronto será rico.

Una postración completa había sucedido al febril ardor del jarocho, y se limitó á mover melancólicamente la cabeza, en señal de negativa. Entonces Ventura continuó:

— Toda mi vida sentiré no tener por compañero á quien maneja el machete tan perfectamente como el remo. Pero serénese V., amigo Carlos, que no quiero pagar á V. con un gran disgusto el favor que me ha hecho librándome de un enemigo como Campos.

— ¿Que quiere V. decir?

— Que no es verdad que mi amigo Julian pueda acariciar esperanzas respecto á Sacramento; ni piensa ni ha pensado en establecerse en Manantial.

— ¿Y como es que V. ha mentido?

— Por escitarle más á V. al combate, porque temí que hubiesen decaído las fuerzas y el ánimo de usted con la fatigosa noche que acabábamos de pasar. Perdónese V., pues, el disgusto y háganme el obsequio de tomar siquiera un refresco en una casa que es tan suya.

Y reanimado Carlos perdonó la superchería del piloto y aceptamos el refrigerio que nos ofrecía.

Después acompañé á Carlos á la cabaña donde dejara su caballo. Durante nuestra ausencia unos leñadores habían encontrado el mío en un bosque poco distante del pueblo.

Llegó el momento doloroso de nuestra separación, muy doloroso, porque en tan breve espacio de tiempo aquel hombre había conquistado mi afecto de un modo imborrable! Yo no hubiera querido más á un hermano, y él me correspondía por su parte.

Nos dimos un estrecho abrazo, me convidó á su

boda, y al decirle que me despedía para Francia, me dijo:

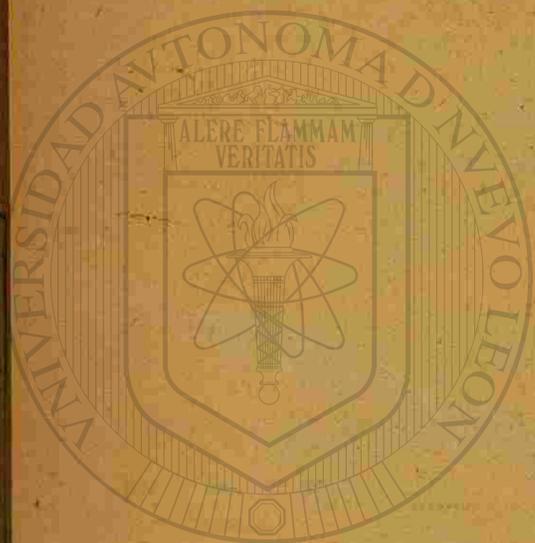
— Pero que no sea para siempre; ¿no volveremos á vernos?

— Eso en V. consistirá, venturoso amante: para pasar la luna de miel llévase V. á Sacramento á París, ya que á mí me es imposible permanecer hasta la boda en esta tierra.

— ¡Ah! no sabría dejar mi cabaña y mis bosques.

Y, repitiendo el abrazo, partió el jarocho contento en busca de aquella taturaleza tan adecuada á su carácter, mientras yo me disponía á volver al seno de la Patria.

FIN



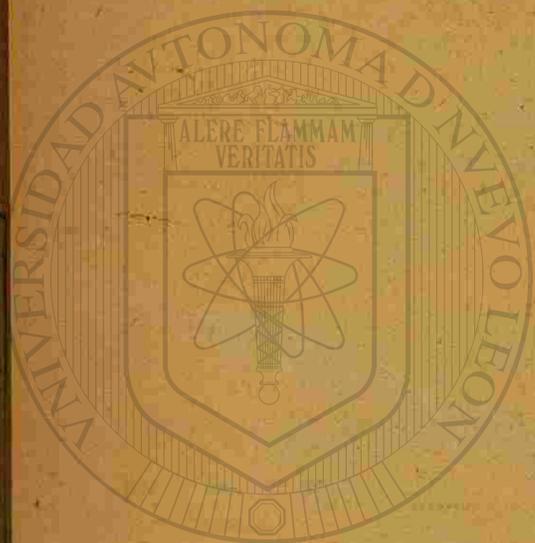
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



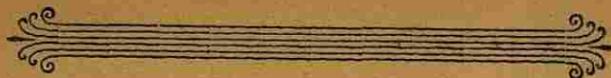
INDICE

	Págs.
PERICO EL ZARAGATA.	
I. La <i>Famaica</i> y el <i>Monte Parnaso</i>	5
II. La Alameda.—El pasco de Bucaseli.	17
III. El velorio	27
EL LICENCIADO D. TADEO CRISTÓBAL.	
I. Conocimiento imprevisto	39
II. El héroe	47
III. El drama del paseo de Bucaseli.	57
IV. Justicia á la fuerza	65
REMIGIO VÁZQUEZ.	
I. El misterioso.—En marcha	71
II. La bella mejicana y el joven de la bandurria	75
III. El rapto	85
IV. Quid pro quo peligroso	93
V. Lo inevitable.	101
LOS MINEROS DE RAYAS.	
I. Extraño caso.—Encuentro desagradable	107
II. Dentro de la mina	115



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

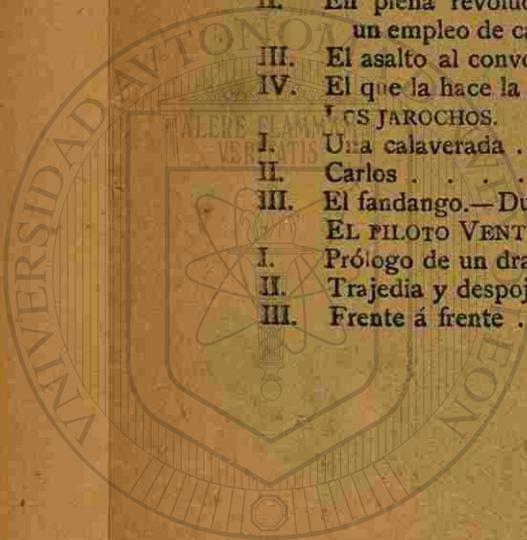
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



INDICE

	Págs.
PERICO EL ZARAGATA.	
I. La <i>Famaica</i> y el <i>Monte Parnaso</i>	5
II. La Alameda.—El pasco de Bucaseli.	17
III. El velorio	27
EL LICENCIADO D. TADEO CRISTÓBAL.	
I. Conocimiento imprevisto	39
II. El héroe	47
III. El drama del paseo de Bucaseli.	57
IV. Justicia á la fuerza	65
REMIGIO VÁZQUEZ.	
I. El misterioso.—En marcha	71
II. La bella mejicana y el joven de la bandurria	75
III. El rapto	85
IV. Quid pro quo peligroso	93
V. Lo inevitable.	101
LOS MINEROS DE RAYAS.	
I. Extraño caso.—Encuentro desagradable	107
II. Dentro de la mina	115

III.	Dramática historia	123
IV.	Otro encuentro imprevisto.	131
	EL CAPITÁN D. BLAS Y LA CONDUCTA DE PLATAS.	
I.	Los conspiradores	137
II.	En plena revolución.— Como se ganó un empleo de capitán	149
III.	El asalto al convoy.	157
IV.	El que la hace la paga.	167
	LOS JAROSCHOS.	
I.	Una calaverada	177
II.	Carlos	183
III.	El fandango.— Duelo caballeresco	195
	EL PILOTO VENTURA.	
I.	Prólogo de un drama	211
II.	Traedia y despojo	217
III.	Frente á frente	233



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



